

The background of the poster features a dark, teal-toned image of a person's face in profile, looking upwards. The face has a cracked, textured appearance, particularly around the eye and cheek. The overall atmosphere is mysterious and horror-themed, with a bright teal light source creating a glow behind the face.

STEPHEN KING

LA EXPEDICIÓN

Bienvenido a bordo. Disfruta el viaje.

Ya nadie disputa a Stephen King el primer puesto en la literatura de terror: sus muchos millones de lectores son prueba fehaciente de ello. Su brillante imaginación revela las sombras que subyacen en lo evidente y hace que todos nos sintamos menos seguros de la realidad.

«La expedición», que da título a este volumen de escalofriantes cuentos, advierte angustiosamente contra los riesgos de la curiosidad; la anciana de la «Abuela» quizá no sea la compañía adecuada para un niño cuando este queda aislado en una casa distante; el protagonista de «Superviviente» no tiene nada que comer, excepto... La locura está agazapada en la máquina de escribir del redactor de «*La balada del proyectil flexible*»...

Una vez más, Stephen King nos ofrece atmósferas sobrecogedoras y emociones incontrolables.

Stephen King

La expedición

Skeleton Crew - 2

ePub r2.2

Titivillus 08.02.15

Título original: *La expedición*

(Colección de 4 cuentos originalmente publicados en *Skeleton Crew*)

Stephen King, 1985

Traducción: Francisco Blanco

Imagen de portada: Darek Kocurek

Diseño de portada: leandro

Editor digital: Titivillus

Primer editor: leandro (1.0)

ePub base r1.2





La expedición^[1]

—ÚLTIMO aviso para la Expedición 701 —anunció una agradable voz femenina en el Vestíbulo Azul de la terminal de Port Authority, Nueva York.

El edificio no había sufrido demasiados cambios en los últimos trescientos años. Seguía dando la impresión, un tanto siniestra, de estar a punto de derrumbarse. Tal vez la anónima voz femenina fuera lo único agradable allí.

—Es la Expedición para Whitehead, Marte —prosiguió la voz—. Todos los pasajeros provistos de billetes deberán reunirse en la sala de embarque del Vestíbulo Azul. Por favor, asegúrense de que todos sus documentos estén en regla. Muchas gracias.

La sala de embarque no tenía nada de tétrico. Una moqueta, color gris perla, cubría enteramente el suelo. De las paredes, de un blanco indescriptible, colgaban grabados más o menos abstractos. En el techo, una gama de colores bastante acertada conformaba un conjunto atractivo a los ojos. Había alrededor de cien tumbonas dispuestas en perfectas filas de a diez. Cinco auxiliares del Servicio de Expediciones ofrecían vasos de leche a los pasajeros, animándoles con comentarios amables, reconfortantes. En uno de los extremos de la sala, dos guardias custodiaban la puerta de entrada. Uno de los empleados de la compañía examinaba atentamente los papeles de un recién llegado, un sujeto con cara de liebre y un ejemplar del *New York World-Times* bajo el brazo. En el lado opuesto del recinto, el suelo iniciaba un suave descenso hasta desembocar en una especie de rampa que conducía a un túnel de unos dos metros de ancho por el doble de

largo, desnudo, sin puertas.

Mark Oates, su mujer Marilys y sus dos hijos esperaban en sus tumbonas, cerca de la salida.

—Papá, ¿por qué no me explicas ahora lo de la Expedición? —preguntó Ricky—. Lo habías prometido.

—Sí, papá, lo habías prometido —añadió Patricia, con una risita estúpida.

Enfrente, un individuo con todo el aspecto de dedicarse a los negocios y la misma constitución que un toro de lidia, los miró de soslayo, sin decir palabra. Tendido en su tumbona, con unos zapatos maravillosamente lustrosos, hojeaba sus papeles.

El rumor de las conversaciones en voz baja y el apagado ajeteo de los que iban llegando acabó por llenar completamente la sala.

Mark guiñó un ojo a Marilys, que le correspondió, aunque parecía tan asustada como Patty. «¿Por qué no?», se preguntó Mark. Era la primera vez que metía a su familia en una aventura semejante. Hacía ya varios meses que la compañía para la que trabajaba, la Texaco Water, le había informado de su próximo traslado a Whitehead City. Pasaron semanas enteras, Marilys y él, discutiendo las ventajas e inconvenientes de que la familia en pleno le siguiera a su nuevo destino. Por fin después de arduas deliberaciones, decidieron que era mejor que todos ellos se trasladaran a Marte durante los dos años que él tendría que pasar allí.

Miró su reloj: todavía faltaba casi media hora para la partida. Tenía tiempo para contar toda la historia. Se dijo que tal vez de esa manera lograra distraer a los niños y evitar que se pusieran nerviosos. Y tal vez hasta Marilys llegara a relajarse un poco.

—De acuerdo —dijo.

Ricky y Pat le miraban atentamente. Ricky tenía doce años y Pat, nueve. Pensó que, para cuando regresaran a la Tierra, el chico estaría ya en plena pubertad, y la niña probablemente tuviese senos. Casi no podía creerlo. Había decidido tras consultar con Marilys, que los niños asistirían a la escuela en Whitehead, con los hijos de los ingenieros y los otros empleados de la compañía. Ricky podría participar en una excursión geológica a Phobos, situado a pocos meses de distancia. Increíble, pero tan cierto como que estaban allí en aquel momento.

«¿Quién sabe? —se dijo—. *Hasta es posible que me calme yo mismo*».

—Por lo que sé, el Método de Expedición, o de Salto, como también se lo conoce, fue inventado por un individuo llamado Víctor Carune, hacia 1987. Carune había recibido una subvención oficial, para realizar investigaciones. Finalmente, el Gobierno —o las compañías petroleras— puso las manos sobre el

asunto. No se conoce la fecha exacta porque Carune era bastante excéntrico.

—¿Quieres decir que estaba loco? —preguntó Ricky.

—Sólo un poco loco —precisó Marilys, sonriendo a Mark.

—¡Ah, ya!

—Bien, el tal Carune trabajó durante un tiempo sin informar de sus hallazgos al Gobierno, y sólo habló de ellos porque se le acababa el dinero y necesitaba una nueva subvención.

—Si no es de su entera satisfacción, le devolvemos el dinero —interrumpió Pat, riendo nuevamente.

—Exacto, cariño —replicó Mark, acariciándole tiernamente el flequillo.

En aquel momento, entraron silenciosamente dos nuevos auxiliares, vistiendo el mono rojo brillante de los empleados de la empresa de viajes espaciales. Llevaban en una mesilla de ruedas un pulverizador de acero inoxidable con un tubo de goma; cuidadosamente ocultos por los faldones del mantel de la mesilla —Mark lo sabía— había dos bombonas de gas; en la bolsa sujeta a uno de los lados se guardaban un centenar de mascarillas desechables. Mark continuó hablando, con la esperanza de que su familia no reparara en los recién llegados. Si alcanzaba a relatar la historia hasta el final, su mujer y sus hijos serían los primeros en acoger el gas con los brazos abiertos. Por otra parte, tampoco tenían otra alternativa.

—Ya sabéis que el Salto no es otra cosa que un proceso de teletransporte. En los ambientes profesionales se lo llama Efecto Carune. El término «salto» fue una invención del mismo Carune, que era un fanático de las novelas de ciencia-ficción. En una de ellas, llamada *Destino a las estrellas*, de Alfred Bester, ya se hablaba de este fenómeno. Aunque en la novela se supone que uno puede someterse a la experiencia sólo con el pensamiento, mientras que, en la práctica, no es posible.

En aquel momento los auxiliares aplicaron la mascarilla a una anciana, ésta aspiró una vez y se quedó tendida, serena y laxa, sobre su tumbona. La falda se había levantado ligeramente, revelando un muslo flácido y surcado por varices. Un auxiliar acomodó la tela con discreción mientras el otro cambiaba la mascarilla usada por una nueva, lo que llevó a Mark a pensar en los vasos de plástico que suelen hallarse en las habitaciones de los moteles.

Miró a Pat, rogando a Dios que se tranquilizara; había visto niños a los que era necesario someter por la fuerza, y algunos seguían chillando hasta que las mascarillas les cubrían el rostro. No es que no encontrara normal una reacción semejante en un niño, pero no deseaba ver a Patty en esas circunstancias. Ricky le inspiraba más confianza.

—Lo que sí se puede afirmar que el nuevo descubrimiento llegó en el

momento oportuno —prosiguió. Se dirigía a Ricky, pero sostenía entre las suyas la mano de su hija. Los dedos de la niña aferraban los de su padre, rígidos por el pánico. Tenía las palmas frías y algo sudadas.

»El mundo estaba a punto de agotar las reservas de petróleo existentes, que, en su mayor parte, seguían perteneciendo a los países del Oriente Medio, los cuales lo utilizaban como arma política. Habían formado un cártel petrolero al que llamaban OPEP.

—¿Qué es un *cártel*? —preguntó Patty.

—Pues... un monopolio —respondió Mark.

—Algo así como un club, cariño —interrumpió Marilys—. Pero sólo puedes pertenecer a ese club si tienes muchísimo, pero muchísimo petróleo.

—No me voy a detener a explicaros ahora cómo estaba el mundo en aquella época. Ya lo estudiaréis en la escuela. Pero era un verdadero caos. Sólo se podía utilizar el automóvil dos veces por semana, y la gasolina costaba quince dólares antiguos el galón...

—¡Diablos! —exclamó Ricky—. Ahora sólo cuesta tres o cuatro centavos, ¿no es así, papá?

Mark sonrió.

—Precisamente por eso vamos a donde vamos. En Marte hay petróleo para ocho mil años más, y en Venus para otros veinte mil... De todos modos, ese combustible ya no es tan importante. Lo que realmente necesitamos ahora es...

—¡Agua! —chilló Patty.

El hombre de negocios alzó la vista de sus papeles y le sonrió durante un instante.

—Exacto —replicó Mark—. Porque entre los años 1960 y 2030 contaminamos casi toda el agua de que disponíamos. El primer envío de agua de las capas de hielo de Marte a la Tierra se conoce como...

—Operación Paja —aclaró Ricky.

—Eso es. En el 2045, más o menos. Aunque mucho antes se había utilizado el mismo procedimiento —el Salto— en la búsqueda de nuevos manantiales en la Tierra. Y ahora el agua representa la mayor parte de las exportaciones marcianas... el petróleo no es más que un negocio secundario. Pero entonces, era vital.

Los chicos asintieron.

—El caso es que estas cosas siempre habían estado allí, pero sólo pudimos conseguirlas cuando se inventó el teletransporte. Cuando Carune descubrió el proceso, el mundo se estaba sumiendo en una nueva Edad Oscura. Hubo un invierno tan frío que más de diez mil personas murieron congeladas en los Estados Unidos por falta de calefacción.

—¡Caramba! —comentó Patty, flemática.

En aquel momento, dos auxiliares hablaban con un hombre de aspecto tímido, con la finalidad de que se atuviera a sus indicaciones. Finalmente aceptó la mascarilla y cayó como muerto sobre su tumbona a los pocos segundos.

«Primerizo —pensó Mark—. Se adivina enseguida».

—Para Carune, todo empezó con un lápiz, unas llaves, un reloj de pulsera y unos cuantos ratones. Los ratones le demostraron que había un problema...

Víctor Carune volvió a su laboratorio borracho de alegría. Creía saber ahora lo que habían sentido Morse, Alexander Graham Bell, Edison..., pero su descubrimiento superaba los de sus predecesores, y en dos ocasiones había estado a punto de estrellar la furgoneta en el camino de regreso de la tienda de animales de New Paltz, donde había gastado sus últimos veinte dólares en nueve ratones blancos. Todo lo que poseía en el mundo eran los dieciocho dólares de su cuenta de ahorros y los noventa y tres centavos de su bolsillo derecho. Pero ni por un momento pensó en ello. Y, de haberlo hecho, seguramente no le hubiese importado.

Había habilitado un viejo granero como laboratorio, al que se llegaba por un camino estrecho y polvoriento. Precisamente en aquel camino había estado a punto de volcar por segunda vez. El depósito de gasolina estaba casi vacío, y no podría llenarlo antes de diez o quince días, pero eso tampoco le importaba. En su cerebro enfebrecido las ideas giraban como un torbellino.

Nada de lo que sucedió a continuación era totalmente inesperado. Una de las razones por las que el Gobierno le había asignado la mísera suma de veinte mil dólares al año era la posibilidad, hasta entonces no satisfecha, de la transmisión de partículas.

Pero que sucediera así..., de pronto... sin previo aviso... y con menos consumo de electricidad que el de un televisor en color... *¡Dios mío!*

Aparcó la furgoneta frente al granero. En el asiento trasero había una caja con la leyenda VENGO DE LA TIENDA DE ANIMALES DE STACKPOLE e imágenes de perros, gatos, cobayas y peces dorados. Carune agarró la caja y *corrió* hacia la doble puerta de entrada al laboratorio.

Intentó abrir uno de los portones. Al comprobar que no podía, recordó que lo había cerrado con llave.

—*¡Demonios!* —aulló, buscándolas en los bolsillos del pantalón.

Siempre olvidaba que una de las condiciones impuestas por el Gobierno al concederle la subvención era la de mantener su centro de investigaciones permanentemente cerrado con llave.

Cuando por fin las encontró, se quedó fascinado ante la que abría el granero.

Así como el teléfono fue empleado por primera vez de una manera totalmente fortuita —Bell, al verter un poco de ácido sobre unos papeles y quemarse, gritó al aparato: «¡Watson, venga enseguida!»—, el primer teletransporte tuvo lugar por casualidad. Sin darse cuenta, Victor Carune teletransportó dos de sus dedos hasta el otro extremo del granero, a unos ciento cincuenta metros.

Carune había instalado dos ventanillas, una a cada extremo del granero. En la de su lado había colocado una pistola iónica, de las que se venden en las tiendas de equipos electrónicos por menos de quinientos dólares. En la de la parte opuesta, de forma y tamaño aproximados a los de un libro, al igual que la primera, había instalado una cámara de gas. Entre ambas había algo parecido a una cortina de baño, suponiendo que una cortina de baño pudiera ser de plomo. La idea consistía en disparar iones a través de la primera ventanilla y observar su curso por la cámara de gas, con la cortina de plomo para demostrar que realmente estaban siendo transmitidos. En dos años, el experimento sólo había resultado en un par de ocasiones. Del porqué, Carune no tenía ni la menor idea.

Estaba instalando la pistola iónica en su correspondiente soporte, cuando pasó dos dedos por la ventanilla, sin darse cuenta. Habitualmente, no había problemas, pero, aquella mañana, Carune había accionado, al rozarlo con la cadera, el interruptor general del panel situado a la izquierda de la ventanilla. No se dio cuenta de lo que había ocurrido —el zumbido de la máquina en funcionamiento era casi inaudible—, hasta que sintió un hormigueo en los dedos.

«No tenía nada que ver con una descarga eléctrica», escribió Carune en el único artículo sobre el tema que pudo publicar antes de que el Gobierno le hiciera callar. El artículo apareció nada menos que en *Mecánica Popular*, y lo vendió por setecientos cincuenta dólares, en su último y desesperado intento de mantener su invento en el ámbito de la empresa privada. «No tenía nada del desagradable estremecimiento que se siente, por ejemplo, al tomar un cable deshilachado. Se parecía más a la sensación que se tiene al tocar una máquina que funciona a toda su velocidad. Las vibraciones son tan rápidas e imperceptibles, que se experimenta, literalmente, un cosquilleo».

«Vi que mi dedo índice había desaparecido, con un corte oblicuo, a la altura del nudillo. El otro, un poco más abajo. Y no quedaba ni rastro de la uña del anular».

Carune, profiriendo un grito, había retirado la mano instintivamente. Como escribió más tarde, creyó incluso haber visto sangre, aunque, obviamente, se trataba sólo de una alucinación. Al moverse, golpeó la pistola, que se estrelló

contra el suelo.

Permaneció inmóvil. Se metió los dedos en la boca para cerciorarse de que sí, de que seguían allí. Se dijo a sí mismo que estaba trabajando demasiado, que estaba agotado. Pero le asaltó otra idea: la de que acababa de descubrir algo... muy importante.

Carune no se atrevió a pasar los dedos por la ventanilla otra vez. De hecho, sólo lo hizo dos veces en su vida.

Al principio, no hizo nada. Durante mucho tiempo, estuvo dando vueltas sin rumbo alrededor del granero, pasándose las manos por el pelo y preguntándose si debía llamar a Carson, de Nueva Jersey, o a Buffington, de Charlotte. Sabía que el tacaño de Carson jamás aceptaba conferencias a cobro revertido, pero quizás Buffington lo hiciera.

De pronto, tuvo una idea: si sus dedos habían cruzado el granero, tal vez encontrara algún indicio en la segunda ventanilla. Naturalmente, no lo había. Carune la había instalado sobre una pila de cajones de embalaje. Parecía una especie de guillotina, sólo que de juguete y sin hoja. A uno de los lados del marco de la ventanilla, de acero inoxidable, había un enchufe con un cable que conectaba con la terminal de transmisiones, que era poco más que un transformador de partículas unido a un ordenador.

Esto le recordó que...

Carune miró su reloj; eran las once y cuarto. Si bien el Gobierno le daba poco dinero, le proporcionaba tiempo de ordenador, algo infinitamente valioso. Aquella tarde, disponía de él hasta las tres; luego debería despedirse hasta el lunes siguiente. Tenía que moverse, hacer algo...

«Volví a contemplar los cajones —escribió Carune en su famoso artículo— y después examiné las puntas de mis dedos. No había duda, la prueba estaba allí. Se me ocurrió que no podría convencer a nadie, a excepción de mí mismo. Pero, en principio, ¿a quién hay que convencer, si no es a uno mismo?».

—¿Y qué era? —preguntó Ricky.

—Sí —añadió Patty—, ¿qué era?

Mark sonrió. Estaban, incluida Marilys, pendientes de un hilo. Casi habían olvidado dónde se hallaban. Mark vio por el rabillo del ojo cómo los auxiliares de la compañía desplazaban silenciosamente el carrito entre los viajeros, sumiéndolos en un sueño profundo. Nunca el proceso era tan rápido en el sector civil como en el militar. Los civiles se ponían nerviosos y discutían. El zumbido y la máscara de goma recordaba demasiado a un quirófano, donde los cirujanos, con sus bisturíes, acechaban tras los anestesiistas y sus bombonas de acero inoxidable.

A veces, había histeria o pánico; y siempre alguno perdía los nervios.

Dos hombres se levantaron de sus tumbonas con absoluta serenidad, se desprendieron de la solapa las etiquetas y se dirigieron hacia la salida en silencio. Tras devolver los papeles a uno de los auxiliares, se marcharon sin volver la cabeza. Los empleados de la compañía tenían instrucciones muy precisas de no discutir con los que desistían de su propósito. Siempre había listas de espera, a veces, de hasta cuarenta o cincuenta personas. Cuando alguien abandonaba, un nuevo viajero entraba con su etiqueta sujeta a la camisa.

—Carune encontró dos astillas en su dedo índice —continuó Mark—. Las extrajo y las guardó. Una de ellas se ha perdido para siempre, pero la otra se conserva en una vitrina herméticamente cerrada del Anexo del Instituto Smithsonian, en Washington, muy cerca de la que contiene las piedras que trajeron de la Luna los primeros viajeros espaciales.

—¿Qué luna, papá, la nuestra o la de Marte? —preguntó Ricky.

—La nuestra —respondió Mark, sonriendo—. En Marte ha aterrizado un solo vuelo tripulado por el hombre, Ricky, una expedición francesa, alrededor del 2030. Bueno, como iba diciendo, así fue cómo una vulgar astilla acabó en el Instituto Smithsonian: el primer objeto teletransportado a través del espacio.

—Y después, ¿qué ocurrió? —preguntó Patty.

—Pues, según cuentan, Carune echó a correr...

Carune echó a correr hacia la primera ventanilla y permaneció junto a ella unos segundos, sin aliento, el corazón saltándole en el pecho con fuertes latidos. «Tengo que serenarme —se dijo—. Concentrarme en esto. Si se actúa con precipitación, no se aprovecha el tiempo».

Desatendiendo deliberadamente lo que ocupaba el primer plano de sus pensamientos, sacó las astillas, guardándolas en un envoltorio de chocolate. Una de las dos se perdió más tarde, la otra es la del Instituto Smithsonian, con su vitrina rodeada de cintas de terciopelo y eternamente vigilada por un circuito interno de televisión.

Extraída la astilla, Carune se sintió un poco más tranquilo. Se le ocurrió repetir la experiencia con un lápiz. Tomó uno y lo introdujo con precaución en la primera ventanilla. El lápiz fue desapareciendo lentamente, centímetro a centímetro, como en el truco de un prestidigitador en una ilusión óptica. Llevaba impresas, sobre el barniz amarillo, unas letras en negro:

EBERHARD FABER, nº 2. Cuando sólo quedaban las letras EBERH, Carune fue a mirar qué pasaba en la segunda ventanilla.

Allí estaba el lápiz, como si un cuchillo lo hubiese seccionado. El corazón le

golpeaba en el pecho incontinentemente cuando lo tomó.

Lo alzó; lo observó. En un arrebato, escribió: ¡FUNCIONA! Apretó con tal fuerza que la mina acabó por quebrarse. Carune se echó a reír como un loco en el granero desierto; rio tanto que una bandada de golondrinas levantó el vuelo, desapareciendo por unos agujeros en el techo.

—¡Funciona! —gritó, corriendo de nuevo hacia la primera ventanilla. Agitaba los brazos como un poseso, blandiendo el lápiz quebrado en una mano—. ¡Funciona! ¡Funciona! *¿Me oyes, Carson, imbécil? ¡FUNCIONA Y ES OBRA MÍA! ¡ES OBRA MÍA!*

—Mark, no hables así a los niños —le reprochó Marilys.

Mark se encogió de hombros.

—Según cuentan, eso fue lo que dijo.

—¿No podrías dar una versión expurgada de los hechos?

—Papá —interrumpió Patty—. ¿El lápiz también está en el Instituto?

—¿No es verdad que los osos cagan en el bosque? —replicó Mark, tapándose la boca, fingiendo sorpresa ante su propia obscenidad.

Los dos chicos se echaron a reír estrepitosamente. Las risas de Patty habían perdido aquel tono nervioso, pensó Mark, aliviado. Marilys frunció el ceño en un gesto de reproche, pero no pudo evitar echarse a reír también.

A continuación, Carune experimentó con las llaves. Empezaba a pensar con claridad. Se preguntó si no habría llegado el momento de averiguar si los objetos teletransportados sufrían algún cambio en el proceso.

Vio pasar las llaves por la ventanilla y, exactamente en el mismo instante las oyó caer en el otro extremo, sobre el cajón de embalaje. Se dirigió hacia la segunda ventanilla sin prisa, aprovechando esta vez para ajustar la posición de la cortina de plomo. De todas formas, ya no la necesitaba, como no necesitaba la pistola. Menos mal, porque la pistola había quedado hecha pedazos.

Probó una de las llaves del candado que el Gobierno le había obligado a colocar en los portones. Funcionaba a la perfección. Después, hizo lo propio con la de su casa. No había problemas. Lo mismo ocurría con las llaves de los archivadores y de la furgoneta.

Carune se guardó las llaves en el bolsillo y se quitó el reloj de pulsera. Era un Seiko de cuarzo con un pequeño ordenador bajo la esfera. Veinticuatro botoncitos permitían efectuar cualquier operación matemática, desde la suma y la resta, hasta la raíz cuadrada. Además de un magnífico cronómetro, un delicado mecanismo de

precisión. Carune colocó el reloj delante de la ventanilla y lo empujó suavemente con un lápiz.

El reloj reapareció instantáneamente al otro extremo. En el momento de introducirlo marcaba las 11.31.37. Cuando Carune lo recogió, las 11.31.49. Perfecto. Aunque hubiese sido mucho mejor disponer de un ayudante junto a los cajones para certificar que no había alteración temporal alguna. Bueno, no importaba tanto. Muy pronto, el Gobierno lo cubriría de ayudantes.

Probó la calculadora del reloj. Dos y dos seguían siendo cuatro. Ocho dividido por cuatro continuaba siendo dos. La raíz cuadrada de once no había variado: 3,3166247..., etcétera.

Había llegado el momento de experimentar con los ratones.

—¿Qué pasó con los ratones, papá? —preguntó Ricky.

Mark dudó un momento. Tendría que andar con cautela si no quería asustar a sus hijos —y a su esposa— cuando faltaba ya tan poco tiempo para su primer salto. Lo más importante era convencerles de que el problema había sido resuelto y ahora todo estaba bien.

—Como iba diciendo, surgió un pequeño problema...

Sí. El horror, la locura y la muerte. ¿Qué os parece, niños?

Carune colocó la caja con los ratones sobre un estante y miró la hora. Eran las tres menos cuarto. Sólo le quedaba una hora y cuarto de ordenador. «Es increíble cómo pasa el tiempo cuando te diviertes», pensó, echándose a reír.

Abrió la caja y sacó un ratón blanco tomándolo por la cola. El animalillo chillaba desesperadamente. Lo situó delante de la ventanilla. «Vamos, ratoncito», dijo. El ratón se escurrió por un lado del cajón sobre el cual estaba instalada la ventanilla. Carune lanzó una maldición, e intentó atraparlo, pero cuando le puso la mano encima, el animal se deslizó por una grieta en el suelo, entre dos tablones.

—¡*Demonios!* —gritó Carune.

Volvió a coger la caja y evitó por los pelos que dos ratones escaparan. Agarró otro ratón, esta vez por el cuerpo. Era físico, y no tenía la menor idea de cómo tratar a un ratón. Cerró la caja cuidadosamente.

El animal se prendió a la mano de Carune, pero fue inútil: éste lo introdujo en la ventanilla. Inmediatamente lo oyó caer sobre el cajón del otro extremo. Esta vez corrió, recordando cómo se le había escapado el primer ratón. No tenía por qué preocuparse. El animal estaba acurrucado sobre el cajón, los ojos apagados, respirando débilmente. Carune se le acercó despacio. No estaba acostumbrado a

bregar con ratones, pero no hacía falta ser un lince para ver que algo había salido terriblemente mal.

(—El ratón no estaba, después de la experiencia, tan bien como al principio —dijo Mark, con una amplia sonrisa, que sólo Marilys percibió forzada).

Carune tocó el ratón. Era algo inerte —como paja o serrín—, salvo por los flancos, que se movían en busca de aire. No miraba a su alrededor ni a Carune; miraba fijamente hacia adelante. Antes, era un animalillo vivaz, nervioso: lo que quedaba no era más que una copia de cera.

Carune chasqueó los dedos ante los ojillos rosados del ratón, que parpadeó varias veces... y cayó muerto.

—Así que Carune decidió probar con otro ratón —continuó Mark.

—Y al primero, ¿qué le había pasado? —preguntó Ricky.

Mark volvió a forzar una sonrisa.

—Se le retiró con todos los honores —dijo.

Carune metió el cuerpo del ratón muerto en una bolsa de papel. Quería llevárselo al veterinario Mosconi aquella misma noche. Mosconi podría hacer una autopsia para averiguar lo ocurrido. El Gobierno desaprobaría la inclusión de un ciudadano particular en un proyecto que había sido calificado como triplemente secreto. Peor para ellos, pensó. Estaba decidido a hacer cuanto estuviese en su mano para que el Gran Padre Blanco de Washington entrara en el juego lo más tarde posible. Vista la magra ayuda que le había prestado, podía esperar.

Entonces, recordó que Mosconi vivía muy lejos, más allá de New Paltz, y que no tenía suficiente gasolina en la furgoneta para ir a verle y regresar.

Pero eran las 2.03. Tenía menos de una hora del ordenador. Se preocuparía más tarde de la maldita autopsia.

Carune construyó una especie de embudo, que fijó delante de la ventanilla de partida.

(—En realidad —explicó Mark—, se trataba de la primera rampa jamás construida para realizar expediciones. —A Patty, la idea de que los ratones entraran en la ventanilla deslizándose por un tobogán le resultaba extraordinariamente divertida).

El investigador dejó caer otro ratón al embudo. Bloqueó la entrada con un libro y, tras olisquear y pasearse durante unos pocos momentos, el ratón pasó por la ventanilla y desapareció.

Carune corrió hacia el otro extremo del granero.

El animal estaba muerto.

No había sangre ni edemas que indicaran que un cambio violento de la presión sanguínea hubiese roto algún órgano interno. Carune se preguntó si tal vez la falta de oxígeno pudiera...

Sacudió la cabeza, irritado. El ratón había tardado una millonésima de segundo en aparecer en la segunda ventanilla. El reloj confirmaba que el tiempo seguía siendo una constante en el proceso. Por lo menos, aparentemente.

El segundo ratón fue a reunirse con el primero en la bolsa de papel. Carune sacó de la caja un tercer ratón (el cuarto, si se cuenta el afortunado que había huido por la grieta), preguntándose qué se acabaría antes, si los ratones o el tiempo de ordenador disponible.

Agarró firmemente el cuerpo del animal y le obligó a pasar las patas traseras por la ventanilla. Al otro lado del granero, vio reaparecer las patas... sólo las patas, que se aferraban desesperadamente al cajón.

Carune retiró el ratón de la ventanilla. Estaba rabiosamente vivo. Tan vivo, que le mordió un dedo, haciéndole sangrar. Devolvió el ratón a la caja y se desinfectó la herida con el agua oxigenada que tenía en el botiquín.

Se cubrió la herida con un apósito. Lo revolvió todo hasta encontrar un par de pesados guantes de trabajo. El tiempo corría cada vez más, cada vez más... Ya eran las 2.11.

Tomó otro ratón y lo hizo pasar por la ventanilla, íntegro. El ratón vivió casi dos minutos. Incluso llegó a corretear un poco por el cajón, aunque tambaleándose, antes de caer de lado, luchando débilmente por volver a incorporarse, sólo para caer otra vez, ahora sobre sus cuatro patas. Carune chasqueó los dedos delante del animal, que dio quizá cuatro pasos y cayó nuevamente de lado. Los flancos se agitaban cada vez más y más débilmente, hasta que quedaron inmóviles. Estaba muerto.

Carune sintió un escalofrío.

Volvió a la primera ventanilla, tomó otro ratón y lo introdujo de cabeza, pero sólo hasta la mitad. Lo vio reaparecer en el otro lado. Primero la cabeza, después el cuello y las patas delanteras. Carune aflojó la presa sobre el ratón, dispuesto, sin embargo, a sujetarlo si se ponía nervioso. No fue necesario: el animal permaneció inmóvil, con medio cuerpo en cada extremo del granero.

Carune corrió a ver el resultado en la segunda ventanilla.

El ratón seguía vivo, pero sus ojillos rosados estaban opacos, velados. Los bigotes no se movían. Al mirar desde detrás, Carune vio algo sorprendente. Como en el caso del lápiz, tenía ante sí la sección transversal del cuerpecillo del animal. Las vértebras de la minúscula espina dorsal con sus anillos concéntricos, la sangre circulando por las venas, los tejidos del esófago en movimiento, llenos de vida.

Pensó que, al menos, como escribiría más tarde en su famoso y único artículo, aquello podría constituir un magnífico instrumento de diagnóstico.

Entonces advirtió que los movimientos del esófago del ratón habían cesado. Estaba muerto.

Carune levantó al ratón por el hocico, venciendo su repugnancia, y lo dejó caer en la bolsa de papel, junto a los anteriores. «Basta ya de ratones —pensó—. Mueren si los introduces íntegros, tanto si los metes de cabeza como si lo haces hacia atrás. Mueren si sólo metes la mitad anterior. Pero, si metes sólo la parte trasera, conservan toda su vitalidad».

¿Qué demonios estaría pasando?

Una cuestión sensorial, pensó, casi por azar. Al hacer el viaje, ven algo, oyen algo, tocan algo. ¡Dios mío!, puede incluso que huelan algo que los fulmina. Pero ¿qué?

No tenía ni idea, pero se propuso descubrirlo.

Le quedaban cuarenta minutos antes de que le desconectarán el ordenador. Descolgó un termómetro que había en la pared, junto a la puerta de la cocina, y lo introdujo en la ventanilla. Al salir, marcaba treinta grados, la misma temperatura que al entrar. Buscó en el trastero, donde tenía juguetes para entretener a sus nietos. Encontró un paquete de globos. Infló uno, lo ató y lo lanzó igualmente a través de la ventanilla. El globo surgió intacto, sin el menor rasguño. Estaba claro que la presión no tenía nada que ver con el asunto.

Aún le restaban cinco minutos para la hora fatídica. Corrió hasta su casa, regresó con una pecera, en cuyo interior nadaban *Percy* y *Patrick*, moviendo aletas y girando agitados. Empujó la pecera hacia el interior de la ventanilla.

La pecera apareció, intacta, sobre el cajón de embalaje. Pero *Patrick* flotaba panza arriba; *Percy* nadaba lentamente cerca del fondo de la pecera, como aturdido. Segundos después flotaba también como su compañero. Carune iba a tomar la pecera cuando *Percy* sacudió débilmente la cola y volvió a nadar con indiferencia. Poco a poco, al parecer, superaba los efectos del proceso, fueran éstos los que fuesen, y aquella noche, a las nueve, cuando Carune regresó de la Clínica Veterinaria de Mosconi, *Percy* parecía más vivo que nunca.

Patrick había muerto.

Carune le dio a *Percy* una ración doble de comida y enterró a *Patrick* en el jardín, con los honores de un héroe.

Cuando por fin le desconectaron el ordenador, Carune decidió llegarse hasta la clínica de Mosconi, haciendo autostop. A las cuatro menos cuarto estaba en la carretera, con tejanos, una camisa a cuadros y bolsa de papel en la mano.

Un coche del tamaño de una lata de sardinas frenó junto a él. Carune se acomodó en el interior.

—¿Qué llevas en la bolsa, amigo? —preguntó el conductor.

—Ratones muertos —replicó Carune.

Pasado un rato, otro coche lo recogió. Esta vez, cuando el conductor le preguntó por la bolsa, Carune dijo que llevaba un par de bocadillos.

Mosconi realizó la disección de uno de los ratones en el acto. Prometió a Carune llamarle aquella misma noche para informarle sobre los resultados. Pero los primeros datos no eran muy alentadores; por lo que Mosconi podía decir, el ratón que había explorado estaba perfectamente sano, salvo por el hecho de que estaba muerto.

Deprimente.

—Victor Carune era un excéntrico, pero no era ningún idiota —prosiguió Mark. Los auxiliares de la compañía de Expediciones se hallaban muy próximos, así que tendría que apresurarse... o acabar su relato en la sala de llegada de Whitehead City—. Carune volvió a su casa aquella misma noche haciendo autostop. Aunque no tuvo más remedio que hacer a pie la mayor parte del trayecto... y mientras caminaba se dio cuenta de que era posible que hubiera compensado en una tercera parte el déficit de energía existente, de un solo golpe. Todas las mercancías que hasta entonces había que transportar por tren, camión, avión o barco, se podrían teletransportar. Se podría escribir una carta, por ejemplo, a un amigo en Londres, Roma o Senegal, y él la recibiría el mismo día, sin necesidad de gastar una sola gota de carburante. Ahora nos parece lo más natural del mundo, pero... fue un descubrimiento de extraordinaria magnitud, no sólo para Carune, sino para todos.

—Pero ¿qué pasó con los ratones? —preguntó Ricky.

—Eso era precisamente lo que Carune no dejaba de preguntarse —replicó Mark—. Porque comprendía también que, *si la gente* podía ser teletransportada, la crisis energética se resolvería en su *totalidad*. Y que podríamos conquistar el espacio. En su célebre artículo decía que aún las estrellas serían finalmente nuestras. Con sentido metafórico, sostenía que se podría cruzar una corriente de agua sin necesidad de mojarse los zapatos. Primero, tomas una piedra y la lanzas a la corriente; después, tomas otra, y, parado sobre la primera, la lanzas a su vez; regresas a buscar una tercera... y así sucesivamente, hasta hacer un sendero de piedras para cruzar el agua... o, en este caso, el sistema solar, o quizás incluso la galaxia.

—No acabo de entenderlo —dijo Patty.

—Porque tienes serrín en la cabeza, en lugar de cerebro —apuntó Ricky, muy pagado de sí mismo.

—¡No es cierto! Papá, Ricky dice que...

—Niños, no empecéis... —intervino Marilys con ternura.

—Carune presentía lo que iba a suceder —continuó Mark—. Naves espaciales para llegar a la Luna primero. Después, tal vez, Marte, luego Venus, y las lunas exteriores de Júpiter... En realidad, todas programadas para hacer una cosa tras su aterrizaje...

—Establecer estaciones de teletransporte para astronautas —dijo Ricky.

Mark asintió.

—Y ahora hay estaciones científicas a lo largo y a lo ancho del sistema solar, y tal vez, algún día, cuando nosotros ya no estemos aquí, se llegue a disponer de otro planeta. En este mismo momento, hay cuatro naves teletransportadas hacia cuatro galaxias diferentes, cada una de ellas con su propio sistema solar. Pero pasará mucho, mucho tiempo, antes de que lleguen a sus destinos.

—Yo quiero saber qué ocurrió con los *ratones* —insistió Patty, impaciente.

—A la larga, el Gobierno tomó en sus manos el asunto —prosiguió Mark—. Carune se mantuvo fuera de su control mientras pudo, pero finalmente cayeron sobre él. Carune fue el jefe nominal del Proyecto de Teletransporte, hasta su muerte, ocurrida diez años más tarde, pero nunca volvió a estar realmente a cargo de ello.

—¡Jo, pobre tío! —exclamó Ricky.

—Pero se convirtió en un héroe nacional —dijo Patricia—. Sale en *todos* los libros de historia, como el presidente Lincoln y el presidente Hart.

«Seguro que es un gran consuelo para Carune», pensó Mark.

El Gobierno, metido en un callejón sin salida por la crisis energética, cada día más grave, se hizo cargo del proceso. Querían comercializarlo lo antes posible, como de costumbre. La situación económica era caótica y los terribles espectros de la anarquía y del hambre se cernían sobre el mundo hacia 1990. El Gobierno y los científicos, que experimentaron con los objetos más dispares antes de certificar que el teletransporte no alteraba la naturaleza de los objetos, estuvieron enfrentados durante mucho tiempo. Finalmente, anunció al mundo, con bombo y platillos, la inauguración del nuevo sistema de teletransporte. El Gobierno, dando pruebas de inteligencia por una vez, puso el tema en manos de una agencia de relaciones públicas.

Así se elaboró el mito de Carune, un anciano bastante peculiar, que se duchaba a lo sumo un par de veces a la semana y se cambiaba de ropa cuando se le ocurría. Aquella empresa de relaciones públicas y las que la siguieron, hicieron de Carune una mezcla de Thomas Edison, Eli Whitney, Pecos Bill y *Flash Gordon*. Lo más macabro y divertido de todo (y Mark lo ocultó a su familia) era

que, para entonces, Carune había muerto o estaba loco de remate. Dicen que el arte imita a la vida y quizás Carune hubiese leído la novela de Robert Heinlein que trata de la suplantación de personajes públicos por sus dobles en la vida real.

Victor Carune se convirtió en un problema. Un problema persistente e irritante que se resistía a cualquier solución. Era un bocazas y un vago, un vestigio del ecologismo de los años sesenta, cuando había la suficiente energía como para permitir que el andar a pie fuese un lujo. Pero se estaba en los terribles años ochenta, con sus nubes de carbón ocultando el cielo y la posibilidad de que gran parte de la costa de California fuese inhabitable durante unos sesenta años debido a una «distracción» nuclear.

Victor Carune siguió siendo un problema hasta 1991. Después, pasó a ser un sello de correos, un benévolo abuelo sonriente, una imagen vista en los noticiarios saludando desde las tribunas con el brazo. En 1993, tres años antes de fallecer oficialmente, paseó en una carroza del Desfile del Torneo de Rosas.

Asombroso. Y un poco siniestro.

El anuncio oficial de la inauguración del sistema de teletransporte, el 19 de octubre de 1988, se tradujo en una explosión de entusiasmo mundial y locura económica. El viejo dólar en decadencia, repentinamente, subió como la espuma en los mercados mundiales de dinero. Gente que había comprado oro a ochocientos seis dólares la onza se encontró de la noche a la mañana con que una libra de oro les representaba algo menos de mil doscientos dólares. En un solo año, entre el anuncio oficial del teletransporte y la inauguración de las primeras estaciones en Nueva York y Los Ángeles, la bolsa subió por encima de los mil puntos. El precio del petróleo bajó sólo siete centavos, pero en 1994, con estaciones de teletransporte en las setenta mayores ciudades de los Estados Unidos, la OPEP había dejado de existir y el precio del petróleo empezó a descender. En 1998, con estaciones de teletransporte en la mayoría de las ciudades del mundo y siendo noticia el teletransporte de mercancías entre Tokio y París, París y Londres, Londres y Nueva York, Nueva York y Berlín, el petróleo había descendido ya a catorce dólares el barril. En 2006, cuando los seres humanos empezaron a ser teletransportados regularmente, la bolsa se había situado cinco mil puntos por encima del nivel de 1987, el petróleo se vendía a seis dólares el barril y las compañías petroleras habían empezado a cambiar sus nombres. Texaco pasó a llamarse Texaco Water/Oil y Mobil cambió su nombre por el Mobil Hidro-2-Ox.

En 2045, la prospección acuífera adquirió prioridad absoluta y el petróleo volvió a ser lo que había sido en 1906: una bagatela.

—¿Qué ocurrió con los *ratones*? —insistió Pat, impaciente—. ¿Qué ocurrió con los *ratones*?

Mark decidió que todo estaba tranquilo y llamó la atención de los niños sobre auxiliares del Salto, que ya se encontraban, con su carrito, sólo tres filas más allá. Ricky se contentó con asentir, pero Patty se sobresaltó al ver que una señora, con la cabeza elegantemente afeitada y pintada a la moda, caía hacia atrás, inconsciente, después de colocarse la mascarilla.

—No se puede saltar estando despierto, ¿verdad, papá? —preguntó Ricky.

Mark asintió, sonriéndole a su hija, alentadoramente.

—Carune comprendió lo que sucedía antes de que el Gobierno interviniera en el asunto —prosiguió.

—¿Y cómo se *enteró* el Gobierno de todo aquello? —intervino Marilys. Mark sonrió.

—A través del servicio de ordenadores. Toda la información básica que Carune manejaba. Era lo único que no podía ocultar ni disimular ni robar. La transmisión de partículas dependía del ordenador, y eso representa miles de millones de datos. Aún hoy, sigue siendo el ordenador el encargado de que no llegues al otro lado con la cabeza en medio del estómago, por ejemplo.

Un escalofrío recorrió la espalda de Marilys.

—No te asustes, Mari. Hasta ahora, nunca ha ocurrido un accidente de ese tipo. *Jamás*.

—Alguna vez tiene que ser la primera —musitó Marilys, sombría.

Mark se dirigió a Ricky:

—¿Cómo se dio cuenta Carune de que para dar el salto había que estar dormido?

—Porque cuando introducía los ratones al revés —repuso lentamente Ricky— no había problema alguno. Siempre y cuando no los introdujera *del todo*. En cambio, cuando los metía de cabeza, salían un poco fastidiados. ¿No es así?

—Exactamente —contestó Mark.

Los auxiliares del Salto se acercaban con su silencioso carro de olvido. No habría tiempo para terminar el relato. Tal vez fuera mejor así.

—Naturalmente, no le fue muy difícil a Carune dar con la causa. El sistema de teletransporte acabó con la correspondiente industria especializada convencional, pero, al menos, los científicos respiraron más tranquilos.

Sí, el andar a pie había vuelto a ser un lujo. Las pruebas de laboratorio continuaron durante veinte años más, aunque las primeras pruebas de Carune con ratones drogados le habían convencido de que ningún animal en estado de

inconsciencia sufría lo que se conoce como Efecto Orgánico, o más sencillamente, Efecto Salto.

Carune y Mosconi habían drogado varios ratones, introduciéndolos en la ventanilla, y recuperándolos al otro extremo. Esperaron pacientemente que volvieran en sí... o muriesen. Volvieron en sí. Después de un breve período de recuperación, reiniciaban sus vidas ratoniles, comiendo, jugando y defecando sin consecuencias ulteriores. Fueron los primeros de una serie de generaciones estudiadas con extraordinario interés. Nunca aparecieron en ellos trastornos a largo plazo; no murieron prematuramente ni tuvieron crías con dos cabezas o pelaje verde, ni nada de nada.

—¿Cuándo empezaron a experimentar con seres humanos, papá? —preguntó Ricky, que conocía perfectamente la respuesta, por haber leído sobre el tema en la escuela—. Cuenta eso.

—Yo quiero saber qué ocurrió con los ratones —repitió Patty.

Aunque los auxiliares habían llegado al principio de su fila, Mark hizo una pausa para reflexionar. Su hija, a pesar de saber menos, era la que hacía la pregunta clave. Precisamente por ello, decidió contestar a su hijo.

Los primeros seres humanos teletransportados no habían sido astronautas, ni pilotos de pruebas, sino condenados a muerte que ni siquiera estaban protegidos por una preocupación por su estabilidad psicológica. De hecho, en opinión de los estudiosos del caso (Carune era tan sólo el titular del proyecto), cuanto más desequilibrados, mejor. Si un perturbado podía salir indemne de la experiencia o, al menos, no peor que antes, el proceso probablemente fuese seguro para políticos, ejecutivos y modelos.

Seis de esos voluntarios fueron trasladados a Province, Vermont, lugar que llegó a ser tan famoso a raíz de aquellos acontecimientos como antes lo había sido Kitty Hawk, Carolina del Norte. Después de dormirlos con gas, se les introdujo en unas ventanillas separadas por una distancia de exactamente tres kilómetros.

Mark contó esto a sus hijos porque, por supuesto, los seis voluntarios regresaron indemnes y de excelente humor. No les habló del *séptimo* voluntario. No se sabe si se trata de un mito, o de un personaje real o, lo que es muy probable, de una combinación de ambos elementos. Pero tenía un nombre: Rudy Foggia.

Foggia era un condenado a muerte en el estado de Florida, por el asesinato de cuatro viejos en una partida de *bridge* en Sarasota. Según las crónicas las fuerzas combinadas de la CIA y el FBI le habían hecho una oferta única, irrepetible: lo toma o lo deja. Se trataba de dar el salto en completa vigilia. Si salía bien, el gobernador Thurgood le indultaba. Quedaba en libertad para convertirse en

adepto de la única Cruz Verdadera o para seguir asesinando ancianos en partidas de *bridge*, con sus zapatos blancos y sus pantalones amarillos. Si, en cambio, salía de la experiencia muerto o loco, mala suerte, como dijo la gata. ¿Qué te parece, Rudy?

Foggia, que era consciente de que en el estado de Florida no se andaban con remilgos a la hora de aplicar la pena de muerte, y cuyo propio abogado le había confesado que lo más probable era que el siguiente turno para la Tostadora fuese el suyo, accedió.

El Gran Día del verano del año 2007 había en el lugar de la experiencia tantos científicos como para formar un equipo de fútbol con unos cuantos suplentes. No obstante, si la historia de Foggia era cierta —y Mark así lo creía—, resultaba difícil que hubiese transcendido por alguno de aquellos científicos. Parece más probable que se tratara de alguno de los guardias que habían acompañado a Foggia desde Raiford hasta Montpelier y de allí a Province, en un vehículo blindado.

—Si salgo de ésta con vida —dicen que dijo Foggia—, quiero un pollo para cenar antes de marcharme.

Dicho y hecho. Foggia entró en la primera ventanilla y reapareció inmediatamente en la segunda.

Salió vivo, pero no en condiciones de comerse un pollo. En el tiempo que tardó en cruzar los dos kilómetros (según el ordenador, la 0,000000000067 parte de un segundo), el cabello se le puso blanco como la nieve. Sus facciones no habían cambiado en el sentido físico —no tenía arrugas, ni barba, ni se le veía cansado—, pero daba la impresión de haber envejecido de una manera fantástica, increíble. Foggia salió disparado por la segunda ventanilla, los ojos desorbitados, la boca torcida en un rictus violento, las manos extendidas hacia delante, como queriendo asir algo. Un segundo después, empezó a babear incontinentemente. Los científicos que se habían congregado a su alrededor, retrocedieron horrorizados. Aun así, Mark estaba convencido de que ninguno de ellos había revelado lo sucedido. Después de todo, habían experimentado con ratas, con cobayas, con hámsters. En una palabra, habían experimentado con todo tipo de animal dotado de un cerebro más complejo que el de un gusano. Debían de haberse sentido como los científicos alemanes, que habían intentado fecundar mujeres judías con el espermatozoides de pastores arios.

—¿Qué ha sucedido? —gritó uno de ellos (es fama que gritó). Aquélla fue la única pregunta que Foggia tuvo ocasión de responder.

—Allí está la eternidad —dijo, y cayó muerto a consecuencia de lo que se diagnosticó como ataque cardíaco.

Los científicos allí reunidos se quedaron con un cadáver (limpiamente

despachado por la CIA y el FBI) y aquella extraña e inquietante declaración: «*Allí está la eternidad*».

—Papá, yo quiero saber qué pasó con los *ratones* —repitió Patty.

El hombre del traje impecable y los zapatos lustrosos resultaba un problema para los auxiliares. Hacía todo lo posible por impedir que le aplicaran el gas. No cesaba de charlar, les hacía preguntas sin sentido, procuraba distraerlos. Los pobres auxiliares intentaban controlar la situación haciendo uso de toda su experiencia —bromeando, sonriendo, usando razonamientos convincentes— pero llevaban retraso.

Mark suspiró. Él mismo *había* sacado el tema. Es cierto que su intención era distraer a sus hijos mientras esperaban. Pero ahora no le quedaba más remedio que acabar el relato, siendo tan veraz como pudiese, sin sobresaltarles ni alarmarles.

Decidió no hablar, por ejemplo, del libro de C. K. Summers, *Política del Teletransporte*, uno de cuyos capítulos, «El Salto bajo la Rosa», era un compendio de todos los rumores más verosímiles sobre la cuestión. La historia de Rudy Foggia, el asesino de los jugadores de *bridge*, el que no pudo dar cuenta del pollo que tanto le apetecía, formaba parte de él. Se incluían otros treinta relatos, más o menos, todos ellos sobre voluntarios, cobayas humanas o locos que se habían atrevido a dar el Salto completamente conscientes, durante los tres últimos siglos. En su mayoría habían llegado al otro extremo muertos. Los restantes, perdieron irremisiblemente la razón. En algunos casos, el hecho de volver a salir parecía producirles tal *shock* que fallecían instantáneamente.

El mismo capítulo del libro de Summers, en que se narraban tales experiencias contenía otro inquietante dato. Según parece, el Salto había sido utilizado varias veces como arma homicida. Uno de los casos más célebres (y el único documentado) había tenido lugar hacía no más de treinta años. Un investigador del tema, llamado Lester Michaelson, había maniatado a su esposa con la cuerda de saltar a la comba de la hija de ambos y la empujó hacia la ventanilla en Silver City, Nevada. Previsoramente, había pulsado el botón que borraba toda información referente a las infinitas ventanillas de salida y situadas entre Reno y la estación experimental de teletransporte de Io, una de las lunas de Júpiter. Así que la pobre señora Michaelson se encontró saltando en el ozono cósmico para toda la eternidad, perdida y sin saber por dónde salir. Michaelson fue declarado mentalmente sano y apto para ser llevado ante los tribunales (aunque quizás estuviese cuerdo dentro los estrictos límites de la ley, para el sentido común estaba loco de remate). Su abogado diseñó una defensa original: no se podía

juzgar a su cliente por homicidio ya que nadie podía probar concluyentemente que su esposa estuviera muerta. Durante todo el proceso, estuvo presente el espectro horrible de aquella mujer, sin cuerpo pero en alguna forma aún sintiente, aullando sin cesar en un limbo inacabable. Michaelson fue juzgado culpable y ejecutado.

Según Summers, el Salto había sido utilizado, asimismo, por varios dictadores para desembarazarse de sus oponentes políticos. Incluso se había llegado a insinuar que la propia Mafia contaba con estaciones privadas, conectadas al ordenador central de la CIA, lo cual resultaba mucho más práctico, limpio y eficaz para deshacerse de cuerpos muertos —no como el de la pobre señora Michaelson— que el tradicional bloque de cemento o el peso atado a los pies.

Todo lo cual contribuía a dar respaldo a las ideas y teorías de Summers sobre el tema y, finalmente, llevó a Patty a insistir en su pregunta acerca de los ratones.

Mark titubeó.

—Bueno, pues... —Marilys le imploró prudencia con un rápido movimiento de ojos—. En realidad, nadie lo sabe con certeza, Patty. Pero lo que los experimentos realizados con animales permiten suponer es que, si bien el Salto es instantáneo en el sentido *físico*, en el sentido mental, en cambio, dura mucho, muchísimo tiempo...

—No entiendo nada. Ya me lo temía —susurró Patty con aire sombrío.

Fue Ricky quien tomó la palabra, con aire solemne.

—Los animales con los que se han hecho experiencias continuaban pensando. Y lo mismo nos sucedería a nosotros, si no estuviéramos inconscientes.

—Eso es —añadió Mark—. Es lo que se cree en la actualidad.

Los ojos de Ricky empezaron a brillar con un extraño fulgor. Tal vez horror, tal vez atracción por lo desconocido.

—No se trata tan sólo del teletransporte, ¿verdad, papá? ¿Verdad que es algo así como una curva en el tiempo?

«Allí está la eternidad», pensó Mark.

—En cierto modo —replicó—. Pero eso no es más que una frase, Ricky, no significa nada. Parece girar en torno de la idea de que la conciencia no es desintegrable, de que permanece íntegra y constante. También tiene que ver con cierta delirante concepción del tiempo. Pero no se sabe cómo la conciencia pura percibe el paso del tiempo, ni si el concepto mismo tiene sentido para la conciencia pura. Ni siquiera podemos imaginar la conciencia pura.

Mark enmudeció. Le preocupaba la expresión de su hijo, tensa, inquieta. *Lo entiende y, sin embargo, no lo entiende*, todo a la vez, pensó. La mente puede ser el mejor amigo del hombre. Puede entretenerte cuando no tienes nada que leer, o nada que hacer. Pero puede volverse en tu contra si la dejas en blanco durante demasiado tiempo. Puede volverse contra ti, o sea, contra sí misma, tornarse

incontrolable, quizás incluso consumirse a sí misma, en un inconcebible acto de canibalismo intelectual. ¿Cuánto dura el Salto? Sí, 0,000000000067 segundos para el cuerpo. Pero ¿cuánto tiempo transcurre para la conciencia? ¿Cien años? ¿Mil? ¿Un millón? ¿Mil millones? ¿Cuánto tiempo permanece inmersa en sus propios pensamientos en un infinito campo blanco? Y después, al cabo de mil millones de eternidades, el increíble retorno de la luz, la forma y el cuerpo. ¿No es para volverse loco?

—Ricky... —balbució, pero los auxiliares habían llegado.

—¿Están dispuestos? —preguntó uno de ellos.

Mark asintió.

—Papá, tengo miedo —susurró Patty, con un hilo de voz—. ¿Hace daño?

—No, cariño. No hace ningún daño —contestó Mark con voz firme y segura, aunque el corazón parecía querer saltársele del pecho, como siempre, a pesar de haber pasado por aquella experiencia más de veinticinco veces—. Pasaré primero. Ya verás qué fácil es.

El auxiliar aguardaba su indicación. Mark movió la cabeza y sonrió. Se colocó la mascarilla con sus propias manos y aspiró con fuerza aquella oscuridad.

Lo primero que vio fue el negro cielo de Marte a través de la cúpula que cubría Whitehead City. En la noche, las estrellas centelleaban con un fulgor salvaje nunca soñado en la Tierra.

Después se dio cuenta de que algo extraño ocurría en la sala de llegada. Murmullos, luego gritos, por fin, un horrible alarido. «¡Dios mío! —pensó—. ¡Es Marilys!». Trató de incorporarse en su tumbona, luchando por sobreponerse al vértigo.

Entonces hubo un segundo grito y vio que varios auxiliares corrían hacia ellos. Marilys se le acercó, tambaleándose y señalando algo con la mano. En medio de otro grito desgarrador, se desplomó, arrastrando en su caída una banqueta, que salió rodando por el pasillo.

Mark miró en la dirección que le había indicado Marilys. Lo sabía. No era miedo lo que había visto en los ojos de su hijo, sino curiosidad. Debería haberse dado cuenta antes. Conocía a Ricky, Ricky, que se había roto un brazo al caer de la rama más alta de un árbol en Schenectady, a los siete años. Ricky, quien se atrevía a patinar hasta más lejos y más rápido que ningún otro chico del barrio. Ricky, siempre el primero en arriesgarse. Ricky no sabía lo que era el miedo.

Hasta aquel momento.

Patty dormía plácidamente. Pero a su lado, lo que había sido su hijo, se retorció en la tumbona como una serpiente. Un chico de doce años con los

cabellos blancos como la nieve y ojos de un amarillo enfermizo. Era un ser más viejo que el tiempo mismo, con el disfraz de un adolescente, que se convulsionaba horriblemente, con muecas de obsceno júbilo. Los auxiliares retrocedieron, aterrorizados por sus carcajadas. Dos o tres huyeron, olvidando todo lo que les habían enseñado para hacer frente a imprevistos.

Las piernas de Ricky, jóvenes y eternas al mismo tiempo, se retorcían sobre la tumbona. Las manos, casi unas garras, se agitaban en el vacío, tratando de asir algo invisible. Inesperadamente, esas garras cayeron sobre el rostro del que había sido un niño y se clavaron en él con saña.

—¡Es mucho más largo de lo que crees, papá! —Mark apenas podía entender sus palabras en medio de aquellas carcajadas espantosas—. ¡Más largo de lo que crees! Contuve la respiración cuando me pusieron la mascarilla. ¡Quería ver! ¡Y he visto! ¡He visto! ¡Es mucho más largo de lo que tú crees!

Entre siniestros alaridos e inhumanas carcajadas, el ser que yacía en la tumbona se arrancó los ojos. La sangre manó a borbotones. La sala de llegada estaba llena de aullidos, como una jaula.

—¡Más largo de lo que tú crees, papá! ¡Lo he visto! ¡Lo he visto! ¡Ha sido un salto eterno, papá, eterno!

Dijo muchas otras cosas antes de que el personal auxiliar finalmente reaccionara y se lo llevara de la sala mientras seguía aullando y clavándose los dedos en las cuencas donde ya no estaban aquellos ojos que habían visto lo invisible de una vez para siempre. Aún aulló muchas otras cosas, pero Mark Oates no las oyó porque sus propios alaridos se lo impidieron.



Superviviente^[2]

MÁS TARDE o más temprano, la pregunta surge siempre en la carrera de un médico: ¿Hasta qué punto puede un paciente soportar un *shock* traumático? Según las teorías, hay diferentes respuestas, pero, básicamente, la contestación esencial es otra pregunta: ¿Hasta qué punto el paciente quiere sobrevivir?

26 de enero

Hace dos días que la tormenta me arrojó a esta playa. Me he estado paseando por la isla toda la mañana. ¡Qué isla! Mide 190 pasos de ancho por 267 pasos de punta a punta.

Además, por lo que veo, no hay nada que comer.

Me llamo Richard Pine y éste es mi diario. Si me encuentran (o mejor, *cuando* me encuentren), puedo destruirlo fácilmente. No me faltan cerillas. Cerillas y heroína. De las dos cosas tengo enormes cantidades, aunque ninguna de las dos valga nada aquí, ja, ja. De modo que escribiré. Al menos, para pasar el tiempo.

Para decir toda la verdad —¿y por qué no?, ¡tengo todo el tiempo del mundo! — debería empezar por aclarar que, cuando nací, en Little Italy, el barrio italiano de Nueva York, me llamaron Richard Pinzetti. Mi padre, que era un desgraciado, procedía del Viejo Mundo. Yo quería ser cirujano. Mi padre se reía a mandíbula

batiente, me llamaba chalado y me mandaba a buscar otro vaso de vino. Murió de cáncer a los cuarenta y seis años. Me alegró.

Empecé a jugar al fútbol en el instituto. Fui el mejor jugador de la historia local. Jugaba de defensa. Durante los dos últimos años recorrí todas las ciudades de los Estados Unidos. Odiaba el fútbol. Pero si eres un chaval pobre, que vive en una casa barata y quiere ir a la universidad, tu única oportunidad es el deporte. Así que jugué y conseguí una beca para atletas.

En la Universidad seguí jugando hasta conseguir una beca de estudios completa. Entonces, lo dejé. Iba a estudiar medicina. Mi padre murió seis semanas antes de mi graduación. No me importó. ¿Acaso creéis que me hubiera gustado subir a la tarima para recoger el diploma y ver aquella bola de sebo allí sentada? ¿Les gusta a las gallinas viajar en metro? Además, ingresé en un club estudiantil. No uno de los mejores, con un nombre como Pinzetti, pero, después de todo, era un club.

¿Por qué escribo todo esto? Es bastante divertido. No, me rectifico. Es extraordinariamente divertido. El gran doctor Pine, sentado en una roca, en pantalones de pijama y camiseta, en medio de una isla que se puede cruzar con un salivazo, escribiendo la historia de su vida... ¡Tengo hambre! No importa. Escribiré la maldita historia de mi vida, si me da la gana. Al menos, así no pensaré en mi estómago. Espero.

Cambié mi apellido por el de Pine antes de empezar los estudios de medicina. Mi madre me dijo que le había partido el corazón. ¿De qué corazón estaría hablando? Al día siguiente al del entierro del viejo, le estaba guiñando el ojo al judío de la tienda de la esquina. Para tratarse de alguien que adoraba su nombre de aquella manera, corría como un diablo para cambiarlo por el de Steinbrunner.

Todo lo que yo anhelaba en la vida era ser cirujano. Desde los días del colegio. Ya entonces me vendaba las manos antes de empezar un partido y me las lavaba después con agua y jabón. Si quieres ser cirujano, tienes que tener cuidado con las manos. Algunos de mis compañeros me tomaban el pelo y me llamaban mariquita. Nunca llegué a enfrentarme con ninguno de ellos. Ya es bastante peligroso jugar al fútbol. El que realmente llegó a ponerme los nervios de punta fue Howie Plotsky, un estúpido gigantón con la cara llena de cicatrices. Por aquel entonces, yo repartía periódicos y aprovechaba para vender un poco de lotería, lo cual me permitía conocer gente, establecer contactos... No te queda más remedio, si quieres sobrevivir. Cualquier imbécil sabe cómo caerse muerto, pero lo realmente difícil es sobrevivir, ¿comprendéis? Pues eso fue lo que me decidió a pagar a Ricky Brazzi, que era el tío más grande del instituto, para que le partiera la boca a Howie Plotsky. Sí, eso es lo que he dicho: partirle la boca. Le prometí un dólar por cada diente que me trajera. Rico vino con tres dientes envueltos en

papel de periódico. Se dislocó un par de nudillos en el trabajito. Podéis imaginar en qué lío me hubiese metido.

En la facultad de medicina, mientras los otros memos se mataban tratando de ganar un centavo para llenar el puchero con un poco de carne —no con sobras de quirófano, ¿eh?— trabajando como camareros, vendiendo corbatas o limpiando suelos, yo me saqué de la manga un sistema de apuestas y, con unos cuantos trucos que conocía, me ganaba algún dinerillo en las apuestas de caballos, de billar o de lo que fuera. Además, tenía excelentes relaciones con el vecindario y cursé mis estudios sin ningún problema.

No me metí en la cuestión de las drogas, hasta que empecé mi residencia en un hospital, uno de los más grandes de Nueva York. Al principio, sólo fueron recetas en blanco. Vendí un cuadernillo de cien a un chico del barrio, y él falsificó las firmas de cuarenta o cincuenta médicos, por cuyos nombres yo también le cobraba. El muchacho, a su vez, las ofrecía en la calle por diez o veinte dólares cada una, lo que hacía las delicias de los fanáticos *drogotas* que iban cada vez más acelerados, y los partidarios de los sedantes, que se pasaban el día dando tumbos por las esquinas.

Al poco tiempo de trabajar en el hospital me di cuenta del desbarajuste que había en la farmacia del mismo. Nadie tenía la menor idea de lo que entraba ni de lo que salía. Había gente que sacaba de allí píldoras a puñados, cosa que yo me guardé muy bien de hacer. Siempre he tomado todo tipo de precauciones y nunca he tenido problemas hasta que me descuidé... y la suerte me volvió la espalda. Pero sé que caeré de pie; siempre ha sido así.

Me duele la muñeca y el lápiz se ha quedado sin punta. No puedo seguir escribiendo. No sé por qué me preocupo tanto. Es probable que me encuentren pronto.

27 de enero

El bote salvavidas se hundió anoche en unos tres metros de agua, al norte de la isla. ¿Qué importa? De todos modos, después de arrastrarse por todo el arrecife, el fondo parecía un colador. Además, ya había rescatado todo lo que valía la pena salvar, a saber, cuatro galones de agua, un cajita de costura para viajes, un botiquín y este libro en el que estoy escribiendo, que es, en realidad, un cuaderno de inspección del bote. ¡Qué risa! Por cierto, ¿cómo es que a nadie se le ocurrió poner COMIDA de reserva en el bote? El último informe que aparece en el cuaderno lleva fecha 8 de agosto de 1970. Ah, además, he conseguido salvar dos cuchillos, uno mellado y el otro afilado, y un juego de cuchara y tenedor que voy a usar esta noche para la cena: asado de piedras. Ja, ja. Bueno, al menos, le he

sacado punta al lápiz.

Cuando salga de esta isla, cubierta de excrementos de pájaros, les voy a sacar hasta el hígado a los de Paradise Lines Inc. Sólo por eso vale la pena seguir viviendo. Y pienso seguir viviendo y salir de ésta, no os quepa la menor duda. Voy a salir de ésta.

(más tarde).

Olvidé una cosa al hacer el inventario: dos kilos de heroína pura, algo así como 350.000 dólares en las calles de Nueva York, aunque aquí no valga más que un puñado de cacahuetes. Ja, ja. ¿Verdad que es cómico?

28 de enero

Bueno, he comido..., si es que a eso se le puede llamar comer. Una gaviota vino a posarse en una de las rocas del centro de la isla, un montículo también cubierto de excrementos de pájaros. Agarré una piedra que tenía a mano y me acerqué a ella todo lo posible. No se movía, observándome con sus ojos negros y brillantes. Me sorprendió que no la asustara el ruido de mis tripas.

Arrojé la piedra con todas mis fuerzas y le di de lleno. La gaviota lanzó un graznido y trató de volar, pero le había roto el ala derecha. Trepé en su busca, pero se alejó a saltos. La sangre manchaba sus plumas. Me dio bastante trabajo. Metí el pie en un agujero entre dos rocas y estuve a punto de partirme el tobillo. Finalmente, cuando empezaba a cansarme, logré darle alcance al otro lado de la isla. La gaviota se había metido en el agua y se alejaba. La atrapé por la cola, pero se volvió y me dio un picotazo. Le agarré una de las patas y, con la otra mano, le retorcí el cuello. El sonido de las vértebras al romperse me llenó de satisfacción. La cena está servida, caballero. ¿Os acordáis? ¡Ja! ¡Ja!

Me la traje al «campamento», pero antes de desplumarla y cortarla a trozos, me limpié la herida con yodo. Los pájaros llevan toda clase de gérmenes y sólo me faltaría una infección.

La operación de la gaviota fue de perlas, pero, qué pena, no había manera de cocinarla. No hay vegetación en la isla, ni maderas a la deriva y, por si fuera poco, el bote se ha hundido. Así que me la comí cruda. El estómago quiso devolverla inmediatamente. Aunque yo estaba de acuerdo con él, no se lo podía permitir. Así que empecé a contar hasta cien al revés hasta que pasaron las náuseas. Es un sistema que funciona casi siempre.

¿Os dais cuenta del bicharraco, que casi me rompe el tobillo y después me da un picotazo en la mano? Si cazo otra gaviota mañana, la torturaré. A ésta la he dejado escapar sin castigo. Mientras escribo, veo su cabeza cortada en la arena.

Sus ojillos negros, aún velados por la muerte, parecen mirarme.

¿Tienen cerebro las gaviotas?

¿Son comestibles?

29 de enero

Hoy no hay comida. Una gaviota aterrizó en el macizo, pero voló antes de que me aproximara lo suficiente para hacerle un «pase». ¡Ja, ja! Me estoy dejando la barba. Pica como un demonio. Si la gaviota vuelve y consigo darle caza, le sacaré los ojos antes de matarla.

Creo haber dicho ya que era un cirujano de primera. Me expulsaron. Realmente ridículo. Todos los médicos hacen lo mismo y luego se ponen tan estirados cuando le atrapan a uno. ¡Peor para ti! ¡Yo ya tengo mi parte! El Segundo Juramento de Hipócrates y de Hipócritas.

Había acumulado ya bastante de mis correrías como interno y como residente (se supone que, de acuerdo con el Juramento de Hipócrates, eres un funcionario y un caballero, pero nadie cree tal cosa). Tenía lo necesario para abrir mi consulta privada en Park Avenue. Lo necesitaba. No tenía un papá rico ni un protector con influencias, como muchos de mis «colegas». Cuando me instalé, mi padre llevaba nueve años criando malvas. Mi madre murió un año antes de que me revocaran la licencia.

Pasó lo siguiente: yo tenía un trato con media docena de farmacéuticos del East Side, además de un par de laboratorios y al menos, otros veinte médicos. Los pacientes iban y venían de uno a otro. Yo operaba y después prescribía los medicamentos postoperatorios adecuados. No todas las operaciones eran necesarias, pero nunca actué contra la voluntad del paciente. Y jamás sucedió que un paciente le echara un vistazo a la receta y me dijera que no quería aquello. Escuchadme: hay gente a la que se le hizo una histerectomía en 1965 o una tiroides parcial en 1970 y que seguirían engullendo pastillas si el médico se lo permitiera. Y era lo que hacía algunas veces. Además, yo no era el único. Si podían pagarse el vicio, ¿por qué no? Cuando no era un paciente que padecía de insomnio después de alguna operación, era alguien que quería adelgazar, o quería Librium. Todo tenía arreglo. ¡Ja! Sí. De no haber sido yo, hubiera sido cualquier otro.

Hasta que los de Sanidad fueron a ver a Lowenthal, ese gallina. Le asustaron diciéndole que le iban a echar cinco años y el tipo cantó media docena de nombres, uno de los cuales era el mío. A mí me estuvieron observando durante bastante tiempo y, en realidad, cuando me echaron el guante, cinco años eran pocos para mí. Por ejemplo, no había dejado del todo lo de las recetas en blanco,

algo muy divertido, pero que no necesitaba en absoluto. Lo seguía haciendo por costumbre; además, a nadie le amarga un dulce.

El caso es que yo conocía a mucha gente. Probé con algunos. Y arrojé un par de individuos a los leones. Nadie que me gustara, sin embargo. Todos auténticos cerdos.

Dios, tengo hambre.

30 de enero

Hoy no hay gaviotas, lo que me recuerda los letreros de las tiendas de comestibles del barrio: HOY NO HAY TOMATES. Me metí en el agua hasta la cintura, con un cuchillo afilado en la mano. Permanecí inmóvil durante casi cuatro horas, mientras el sol caía de pleno sobre mis espaldas. Creía desmayarme un par de veces, pero conté hasta cien al revés hasta que desapareció la sensación. No vi un solo pez. Ni uno.

31 de enero

Hoy he matado otra gaviota tal como lo hice con la primera. Tenía demasiada hambre para torturarla como me había prometido a mí mismo. Así que la abrí y me la comí. Vacié las tripas y me las comí también. Es extraño ver cómo se recupera la vitalidad. Empezaba a preocuparme. Tendido a la sombra del montículo central, creí oír voces. Mi padre. Mi madre. Mi esposa, de la que me divorcié... Y, lo peor de todo, la voz del chino que me vendió la heroína en Saigón. Ceceaba, probablemente a causa de un paladar hendido.

«Vamos —me decía la voz desde lo alto—. Vamos, esnifa un poco. Te olvidarás del hambre. Es tan buena...». Pero nunca tomé drogas, ni siquiera para dormir.

Lowenthal se suicidó. El muy gallina. ¿No os lo había dicho? Se colgó en el que había sido su consultorio. Desde mi punto de vista, hizo un favor al mundo.

Yo quería recuperar mi título. Algunos de los tipos con los que hablé me dijeron que no era imposible... pero costaba mucho dinero, más del que podía imaginar. Yo tenía 40.000 dólares en una caja de seguridad y decidí arriesgarme para doblar o triplicar la cantidad.

Me fui a ver a Ronnie Hanelli, compañero mío de equipo en los años de la universidad, a cuyo hermano menor había conseguido una residencia en un hospital cuando resolvió estudiar medicina. Ronnie estudiaba Derecho. ¿Verdad que es gracioso? En el barrio se le conocía por el apodo de Ronnie *el árbitro*, porque se metía en todos los juegos y, sin que nadie se lo pidiera, empezaba a

pitir faltas a todo el mundo. Si no te gustaba, tenías dos opciones: callarte la boca o tragarte unos cuantos dientes. Los portorriqueños le llamaban *Ronniwop*, o algo así. A él le hacía gracia Ronnie. Ronnie estudió Derecho, pasó los exámenes sin problemas y abrió un bufete en su propio barrio, justo encima del bar La Pecera. Aún le veo pasar por allí, cuando cierro los ojos, con su gran Continental blanco. Era el usurero más grande de toda Nueva York: un tiburón.

Sabía que Ronnie tendría algo para mí.

—Es peligroso —dijo—. Pero tú sabes cuidarte. Y, si traes la mercancía, te presentaré un par de individuos. Uno de ellos es funcionario del Estado.

Me dio dos nombres. El de Henry Li-Tsu, el chino, y el de Solom Ngo, un químico vietnamita. El vietnamita probaba la heroína del chino a cambio de dinero. El chino era conocido por sus «bromas». Por ejemplo, llenaba las bolsitas de plástico con talco, o detergente, o almidón. Ronnie decía que un día, una de aquellas «bromas» le iba a costar la vida.

1 de febrero

He visto un avión. Pasó de largo sobre la isla. Intenté subir al montículo central para llamar su atención y metí el pie en el mismo agujero del día en que cacé la primera gaviota. Me rompí el tobillo. Fractura compuesta. Fue como un disparo. El dolor era insoportable. Grité y perdí el equilibrio. En vano, agité los brazos como un molino de viento. Caí y me golpeé la cabeza. Todo se puso negro. Cuando volví en mí, se había puesto el sol. Había perdido un poco de sangre. El tobillo se me había hinchado como un neumático y tenía una buena insolación. Creo que, de haber habido una hora más de sol, tendría todo el cuerpo llagado.

Me arrastré como pude hasta aquí y pasé la noche temblando y llorando de rabia. Me he desinfectado la herida de la cabeza, situada encima del lóbulo temporal derecho, y me la he vendado como he podido. Es una herida superficial en el cuero cabelludo con una pequeña contusión, creo, pero el tobillo, es una mala fractura, en dos puntos, quizá tres. ¿Cómo voy a cazar las gaviotas ahora?

El avión debía de estar en busca de supervivientes del *Callas*. En medio de la oscuridad y la tormenta, el bote salvavidas ha de haber recorrido kilómetros. No creo que vuelva por aquí.

¡Dios mío, cómo me duele el tobillo!

2 de febrero

He puesto una señal en la playa de guijarros del lado sur de la isla, donde se hundió el bote. Me llevó todo el día, con algún descanso en la sombra. Aun así,

me desmayé dos veces. Calculo haber perdido unos ocho kilos, en su mayor parte, por deshidratación. Desde aquí veo las cinco letras que tardé el día entero en componer; rocas oscuras sobre la arena blanca, dicen AYUDA en letras de metro y medio. El próximo avión no va a pasar de largo.

El pie palpita constantemente. Todavía está hinchado y se ha puesto sospechosamente blanco alrededor de la fractura. Cada vez más blanco. Si me lo vendo con la camisa, apretando mucho, el dolor cede, pero aun así duele tanto que, más que dormirme, me desmayo.

Empiezo a pensar que tal vez haya que amputar.

3 de febrero

La hinchazón y la pérdida de color son todavía mayores. Esperaré hasta mañana. Si la operación es imprescindible, creo que podré llevarla a cabo. Tengo cerillas para esterilizar el cuchillo y aguja e hilo de la cajita de costura. Como vendaje, la camisa.

Tengo además dos kilos de «analgésico», aunque no precisamente del que prescribía a mis pacientes. Pero lo hubieran empleado, de haber dispuesto de él. Podéis apostar. Esas señoras de pelo azul serían capaces de esnifar un ambientador de pino si les hiciera efecto, creedme.

4 de febrero

He decidido amputar el pie. Hace cuatro días que no como. Si espero más, corro el riesgo de desvanecerme en medio de la operación por la acción combinada del *shock* traumático y el hambre. En ese caso, podría morir desangrado. Y, a pesar de lo desdichado que soy, aún tengo ganas de seguir viviendo. Recuerdo lo que Mockridge decía en Anatomía básica, el viejo Mocki, le llamábamos: más tarde o más temprano, la pregunta surge siempre en la carrera de un médico. ¿Hasta qué punto puede un paciente soportar un *shock* traumático? Y entonces, señalaba con el puntero el dibujo del cuerpo humano, el hígado, los riñones, el bazo, los intestinos. Básicamente, caballeros, decía, la contestación esencial es otra pregunta: ¿Hasta qué punto el paciente quiere sobrevivir?

Creo poder hacerlo.

De verdad.

Supongo que estoy escribiendo para aplazar lo inevitable, pero se me ocurre que no acabé de contar por qué me encuentro aquí. Tal vez deba hacerlo por si la operación no sale bien. Tardaré sólo unos minutos y estoy seguro de que todavía habrá claridad para la operación, ya que, según mi reloj, son las nueve de la

mañana. ¡Ja!

Fui a Saigón como turista. ¿Os extraña? No sé por qué. Hay miles de personas que van allí cada año, a pesar de la guerra de Nixon. También hay gente a la que le gusta presenciar accidentes o peleas de gallos. Mi amigo chino tenía la mercancía. Se la llevé a Ngo, quien me ratificó que era de primera clase. Me contó también que Li-Tsu había gastado una de sus bromas hacía cuatro meses, y que su mujer había saltado hecha pedazos por los aires al poner la llave de encendido en su automóvil. Desde entonces no había vuelto a hacer bromas.

Me quedé en Saigón tres semanas. Había reservado pasaje de regreso a San Francisco en un crucero, el *Callas*. Primera clase. Subir a bordo con la mercancía no representó problema alguno. Ngo arregló el asunto, sobornando a dos oficiales de aduana que se limitaron a saludarme y hacer pasar las maletas. La heroína iba en una bolsa de viaje que ni siquiera vieron.

—Pasar la aduana en los Estados Unidos será mucho más difícil —me dijo Ngo—, pero ése es problema únicamente suyo.

No tenía la menor intención de pasar aquello por la aduana. Ronnie había contratado un buzo que haría el trabajo por tres mil dólares. Tenía que encontrarme con él (ahora que lo pienso, hace dos días) en una especie de corral llamado Regis Hotel en San Francisco. El plan consistía en poner la mercancía en una lata a prueba de agua. Sujetos a la tapa, un reloj y un sobre de tinte rojo. Antes de atracar, había que tirar la lata al agua, cosa que no iba a hacer yo mismo, naturalmente.

Estaba todavía buscando un cocinero o un camarero al que no le viniera mal un dinero extra y que fuera lo bastante listo —o lo bastante idiota—, como para mantener la boca cerrada, cuando el *Callas* se hundió.

No tengo ni la menor idea de cómo sucedió, ni de por qué. Se nos había echado encima un buen vendaval, pero el crucero parecía capaz de capearlo. Pero el día 23, alrededor de las ocho de la noche, hubo una fuerte explosión bajo cubierta. Yo estaba en el salón en aquel momento y el *Callas* se escoró casi inmediatamente. A la izquierda, ¿cómo se llama: babor o estribor?

La gente empezó a gritar y a correr en todas direcciones. Las botellas cayeron de la estantería del bar y se estrellaron contra el suelo. Un hombre salió de una de las escaleras, con la camisa quemada y la piel asada. Los altavoces empezaron a decir a la gente que se dirigiera a los botes salvavidas que se les habían asignado al principio del viaje, durante un simulacro. Los pasajeros echaron a correr sin rumbo. Muy pocos se habían molestado en comparecer durante el simulacro. Yo, no sólo estuve allí, sino que fui más temprano, para estar en primera fila y ver bien todo, ¿comprendéis? Siempre pongo mucha atención en lo que se refiere a mi pellejo.

Bajé a mi camarote, saqué las bolsitas de heroína y me puse una en cada bolsillo. Después, me dirigí al Bote Salvavidas 8. Mientras yo subía las escaleras, hubo otras dos explosiones y el barco se inclinó aún más peligrosamente, si cabe.

En cubierta, todo era confusión. Vi una mujer que corría por la cubierta resbaladiza, gritando y con un niño en brazos. Según se inclinaba el buque, ella ganaba velocidad. Finalmente, golpeó contra la borda a la altura de los muslos, saltó por encima de ella, dio dos vueltas de campana y desapareció de mi vista. Había un hombre de mediana edad, sentado en medio del puente, que se arrancaba los cabellos con las manos. Otro, con ropas blancas de cocinero, la cara y las manos horriblemente quemadas, se daba contra las paredes y gritaba: «¡SOCORRO! ¡NO VEO! ¡SOCORRO! ¡NO VEO!».

El pánico era total y se había contagiado del pasaje a la tripulación como una epidemia. Tenéis que tener en cuenta que entre la primera explosión y el hundimiento del barco, pasaron solamente veinte minutos. Algunos de los botes iban repletos de gente que aullaba, y otros, totalmente vacíos. El mío, que estaba en la zona más próxima al agua, estaba casi desierto. Nadie más que yo y un marinero, con la cara muy pálida y llena de espinillas.

—Echemos al agua enseguida este condenado barreño —dijo, con los ojos desorbitados—, porque la maldita bañera se va a pique sin remedio.

Maniobrar un bote no es nada difícil, pero, con los nervios, el marinero se hizo un lío con las maromas de su lado. El bote bajó unos dos metros y quedó colgado, yo más cerca del agua que él.

Fui hacia su lado para ayudarle cuando empezó a gritar. Había logrado deshacer el nudo; pero, al mismo tiempo, se había pillado la mano. La soga se deslizó sobre la palma, dejándosela en carne viva; finalmente, salió despedido de la embarcación.

Acabé de deshacer el lío y libré el bote, que bajó al agua. Empecé a remar como un condenado. Remar era algo que siempre había hecho por placer en las casas de veraneo de mis amigos, pero ahora, por primera vez, lo hacía para salvar mi vida. Si no me alejaba del *Callas* antes de que se hundiera, me arrastraría con él.

Cinco minutos más tarde, se hundió. No escapé del todo a la succión, tuve que remar desesperadamente sólo para permanecer en el mismo lugar. Se hundió muy de prisa. Todavía había gente aferrada a la borda, gritando. Parecía una banda de monos.

La borrasca empeoró. Perdí un remo. Pasé la noche en una especie de pesadilla, achicando agua del bote, primero, y maniobrando con el único remo que me quedaba, después, para mantener la proa contra el oleaje.

Antes del amanecer del 24 las olas empezaron a empujarme por la popa. El

bote adquirió una cierta velocidad, lo cual es aterrador, pero, al mismo tiempo, constituye un alivio. De pronto, los tablones fueron arrancados de debajo de mis pies, pero el bote no se hundió: había encallado a este montón de piedras olvidado del mundo. Ni siquiera sé dónde estoy; no tengo la menor idea. La navegación no es mi punto fuerte. Ja, ja.

Pero sí sé qué tengo que hacer. Éstas pueden ser mis últimas notas, pero algo me dice que saldrá bien. ¿Acaso no he conseguido siempre lo que me he propuesto? Además, hoy se hacen maravillas con las prótesis y podré moverme con un solo pie con toda comodidad.

Ha llegado el momento de ver si soy tan extraordinario como creo. Buena suerte.

5 de febrero

Lo hice.

El dolor era lo que menos me preocupaba, porque puedo soportarlo, pero temía que la debilidad, el hambre y el dolor combinados me hicieran perder el conocimiento antes de acabar.

Pero la heroína resolvió el problema maravillosamente.

Abrí una de las bolsitas y aspiré dos generosas dosis sobre una roca plana, primero la ventanilla derecha, luego, la izquierda. Era una especie de hielo deslumbradoramente anestésico que invadía mi cerebro íntegro. Aspiré la heroína al dejar de escribir, ayer, a las 9.45. Cuando volví a mirar la hora, las sombras se habían movido, dejándome parte del cuerpo al sol, y eran las 12.41. Me había adormilado. Nunca había imaginado que fuese tan fantástico y no comprendo por qué le tenía tanta manía. El dolor, el miedo, la infelicidad... todo desaparece, dejando sólo una calma eufórica.

Operé en esas condiciones.

Como era de esperar, sentí un dolor agudísimo, especialmente en la primera parte de la operación. Pero el dolor parecía desconectado de mí, como si fuera de otro. Me molestaba, pero me resultaba extraordinariamente interesante. ¿Podéis entender lo que digo? Si alguna vez habéis empleado un calmante con una fuerte base de morfina, sabréis de qué hablo. Hace algo más que mitigar el dolor. Induce un estado mental. Una cierta serenidad. Entiendo por qué la gente se queda «colgada», aunque ésa sea una palabra horrorosamente fuerte y que usa, en general, la gente que nunca lo ha probado.

A media operación, el dolor empezó a ser algo más personal. Oleadas de desfallecimiento me acometían. Miré con ansia la bolsita de heroína, pero me obligué a apartar la vista. Si volvía a adormilarme, moriría desangrado con la

misma seguridad que si me desmayara. Conté hasta cien al revés.

La pérdida de sangre era el factor más crítico. Como cirujano, era vitalmente consciente de ello. No debía perder una gota más que lo imprescindible. Si un paciente sufre una hemorragia durante una operación en un hospital, se le puede suministrar sangre. Yo carecía de esos medios. Todo lo que se había perdido —la arena debajo de mi pie estaba ya negra— estaba perdido hasta que mi propia fábrica lo repusiera. No tenía hemostáticos, ni hilo de sutura, ni grapas.

Empecé la operación exactamente a las 12.45. Acabé a la 1.50 e inmediatamente me atonté con heroína, una dosis mayor que la anterior. Me dormí en un mundo gris, indoloro, y permanecí así hasta alrededor de las cinco. Cuando me espabilé, el sol estaba cerca del horizonte occidental, trazando un camino de oro sobre el azul del Pacífico que llegaba hasta mí. Nunca he visto algo tan increíble. Tanto, que me compensó del dolor en un segundo. Una hora más tarde aspiré un poquito más, para seguir disfrutando de la puesta de sol.

Poco después de hacerse de noche, yo...

Yo...

Esperad un segundo. ¿Os he dicho que no he comido absolutamente nada *durante cuatro días*? ¿Y que lo único que tenía a mi alcance para recuperar mis energías agotadas era mi propio cuerpo? Después de todo, ¿no se ha dicho, una y otra vez, que la supervivencia es una cuestión mental? ¿De una mente superior? No voy a justificarme diciendo que cualquiera hubiera hecho lo mismo. En primer lugar, hay que ser cirujano. Y aun conociendo la técnica de la amputación, es posible hacer una carnicería y desangrarse de todos modos. Y, aun en el caso de poder sobrevivir a la amputación y al *shock* traumático, jamás se le ocurriría algo semejante a alguien convencional. No importa. Nadie tiene por qué enterarse. Lo último que haré antes de abandonar la isla será destruir este libro.

Tuve mucho cuidado.

Lo lavé muy bien antes de comérmelo.

7 de febrero

El dolor del muñón es intensísimo —en ocasiones, realmente intolerable—. Pero creo que el escozor profundo del proceso de cicatrización es todavía mucho peor. Esta tarde me he acordado de los pacientes que me tenían harto con lo mucho que les picaba la carne remendada, que era horrible y que no se podían rascar.

Yo sonreía y les decía que se sentirían mejor al día siguiente, pensando que se quejaban sin razón, que eran débiles e ingratos. Ahora los comprendo perfectamente. Varias veces he estado a punto de arrancar la camisa que sirve de vendaje y rascarme la herida, hundir los dedos en la carne cruda y tierna, quitarme

los puntos, dejar que la sangre corriera en la arena, cualquier cosa, cualquier cosa con tal de no sentir ese horrible y enloquecedor hormigueo.

Entonces contaba hasta cien al revés y aspiraba heroína.

No tengo idea de cuánta he llegado a tomar, pero sí sé que he estado casi permanentemente dopado desde la operación. Como sabéis, quita el hambre. Ni siquiera sé si tengo hambre. Siento algo extraño, fantasmal, en la barriga, eso es todo. Por otra parte, puedo ignorarla con toda facilidad y, sin embargo, sé que no debo hacerlo, ya que la heroína no tiene un valor calórico fácilmente calculable. De manera que me he puesto a prueba para medir mi energía, arrastrándome de aquí para allá, y es agotador.

Dios mío, espero que no..., pero temo que sea necesaria una nueva operación.

(más tarde).

Pasó otro avión. Demasiado alto. Tanto, que todo lo que podía ver era el alerón de popa dibujándose contra el cielo azul. Hice señales, por si acaso, y grité como un energúmeno. Cuando desapareció, me eché a llorar.

Está muy oscuro y es difícil seguir escribiendo. Comida. He estado pensando en cantidad de platos. La lasaña de mi madre, pan de ajo, caracoles, langosta, chuletas, melocotones, asado, la gran porción de pastel de mantequilla y el helado de vainilla hecho en casa que te sirven en Mother Crunch en la Primera Avenida, *pretzels* calientes, salmón ahumado, cangrejos ahumados, jamón ahumado con rodajas de piña, aros de cebolla fritos, salsa de cebolla con patatas chip, té frío en largos sorbos, patatas fritas, y te relames los labios de gusto...

100, 99, 98, 97, 96, 95, 94

Dios, Dios, Dios.

8 de febrero

Esta mañana ha aterrizado otra gaviota en el montículo, grande, gorda, mientras yo reposaba a la sombra de mi roca, la que considero mi campamento particular, con el muñón apuntando al cielo. En cuanto el pájaro se posó, empecé a salivar igual que los perros de Pavlov. Se me caía la baba como a un bebé. Como a un bebé.

Busqué una piedra del tamaño de mi mano y empecé a arrastrarme hacia el pájaro. Queda tan sólo un cuarto, ya hemos escalado tres. Tres y pico. Pinzetti pasa hacia atrás (*Pine*, quiero decir *Pine*). No tenía demasiadas esperanzas. Estaba seguro de que saldría volando, pero había que intentarlo. Si atrapara un ave tan gorda y tan insolente como ésa, tal vez pudiese posponer la segunda operación indefinidamente. Continué, aunque, de vez en cuando, me golpeaba el muñón

contra el canto afilado de una roca y veía las estrellas con todo el cuerpo, obligándome a reposar hasta que el dolor se calmara.

La gaviota no escapó. Daba saltitos de aquí para allá, con el pecho hinchado, como un general pasando revista a las tropas. De vez en cuando me miraba con sus ojos pequeños, negros y malignos, y no me quedaba más remedio que quedarme inmóvil como una piedra y contar hasta cien a la espera de que volviera a moverse. Cada vez que agitaba las alas, el hielo me invadía el estómago. Mas no dejaba de salivar. Se me caía la baba como a un niño.

No sé cuánto tiempo estuve al acecho. ¿Una hora? ¿Dos? Cuanto más me acercaba, más fuerte me latía el corazón y más apetecible parecía la gaviota. Daba la impresión de estar burlándose de mí y empecé a temer que, antes de que la tuviese a mi alcance, echara a volar. Me temblaban las piernas y los brazos. Tenía la boca seca. El muñón, por su parte, me daba unas punzadas asesinas. Ahora pienso que debo haber sentido también dolores de abstinencia. ¿Tan pronto? No he tomado heroína más que una semana.

No importa. La necesito. Y hay mucha, muchísima. En cuanto llegue a los Estados Unidos, me someteré a una cura de desintoxicación en la mejor clínica de California. Pero ahora no se trata de eso, ¿verdad?

Cuando la tuve al alcance, no quise arrojar la piedra. Estaba irracionalmente seguro de que erraría, probablemente por unos pocos centímetros. Tenía que acercarme. Así que seguí arrastrándome, con la cabeza alta, el sudor cayendo a chorros por mi cuerpo maltrecho de espantapájaros. Por cierto, creo que se me están pudriendo los dientes, ¿lo he dicho ya? Si fuera supersticioso, diría que es porque comí...

¡Ja! Pero no debe de ser ésa la razón, ¿verdad?

Me detuve otra vez. Estaba mucho más cerca de esta gaviota que de cualquiera de las anteriores. No conseguía obligarme a tirar la piedra. La agarré con toda mi alma, hasta que me dolieron los dedos, pero ni siquiera así pude hacerlo. Porque sabía perfectamente lo que no dar en el blanco significaba.

No me importa emplear toda la mercancía. Les voy a poner un pleito que se van a acordar toda la vida. ¡Viviré como un rey durante el resto de mi vida! *¡Mi larga, larga vida!*

Estoy convencido de que hubiera escalado hasta poder tomarla con la mano si finalmente no hubiera levantado el vuelo. La hubiera estrangulado. Pero extendió las alas y echó a volar. La insulté, me hincé de rodillas y le lancé la piedra con las pocas fuerzas que me quedaban. ¡Y le di!

El pájaro soltó un graznido y cayó al otro lado del montículo. Entre risas y temblores, sin preocuparme por los golpes en el muñón ni por si se me abría la herida, llegué a la cima y empecé a descender por la otra vertiente. Perdí el

equilibrio y me di en el suelo con la cabeza. En aquel momento ni siquiera lo advertí, aunque tengo un magnífico chichón como recuerdo. Sólo podía pensar en la gaviota y en cómo le había dado, suerte fantástica, aun volando, ¡le había dado!

La gaviota se arrastró hasta la playa, el ala rota, el cuerpo ensangrentado. Me arrastré tras ella todo lo rápido que me era posible, pero ella era más veloz. ¡Una carrera de lisiados! ¡Ja! ¡Ja! Podría haberla capturado, ya estaba muy cerca, de no haber sido por mis manos. Tengo que cuidar mis manos. Puedo volver a necesitarlas. A pesar del cuidado tenía las palmas llenas de tajos cuando por fin llegamos a la playa. Por si fuera poco, golpeé mi reloj contra una roca y saltó hecho añicos.

La gaviota entró en el mar cojeando, graznando como una endemoniada. La atrapé, pero sólo me quedó un puñado de tristes plumas. Entonces me caí y tragué agua, tosiendo y atragantándome.

Pero seguí arrastrándome y hasta traté de nadar tras ella. La venda del muñón acabó por caérseme en el agua, empecé a hundirme y no tuve más remedio que regresar a la arena. No sé cómo, pero salí del agua, temblando, exhausto, encogido de dolor, llorando, gritando y maldiciendo a la gaviota. Todavía estaba a la vista, allá lejos, cada vez más lejos. Creo recordar que en un momento le rogué que volviera. Eso sí, cuando salió al arrecife, juraría que estaba muerta.

No es justo.

Me llevó casi una hora arrastrarme hasta el campamento. He tomado mucha heroína, pero aun así, continuó enfadado con la gaviota. Si no iba a dejarse cazar, ¿a qué burlarse así de mí? ¿Por qué diablos esperó tanto?

9 de febrero

Me he amputado el pie izquierdo y lo he vendado con mis pantalones. Extraño. Durante toda la operación se me cayó la baba. ¡Se me cayó la baaaaaba! Como cuando descubrí la gaviota, se me caía la baba sin parar... Pero me obligué a esperar hasta la noche. Conté hasta cien al revés veinte o treinta veces. ¡Ja! ¡Ja!

Entonces...

Tenía que repetirme: rosbif frío, rosbif frío, rosbif frío.

11 de febrero (?)

Ha llovido durante dos días, con mucho viento. Cambié algunas rocas de lugar, hice una especie de escondrijo con ellas y me guarecí allí dentro todo el tiempo. Sorprendí una pequeña araña, la tomé con los dedos antes de que escapara y me la metí en la boca. Muy buena, muy gustosa. Empecé a temer que las rocas que tenía

encima de la cabeza se vinieran abajo y me sepultaran. No importaba.

Me pasé toda la tormenta muy dopado. Tal vez haya llovido tres días, y no dos. O sólo uno. Aunque creo recordar que oscureció en dos ocasiones. Me encanta dormir, no siento ni el dolor ni el picor. Sé que voy a sobrevivir, no puede ser que tenga uno que pasar por todo esto para nada.

Había un cura en la Sagrada Familia cuando yo era niño, un enano que adoraba hablar del infierno y del pecado mortal. Les tenía verdadero cariño. No hay retorno del pecado mortal, ése era su punto de vista. Me pasé la noche soñando con él, el Padre Hailley, con su sotana y su nariz de *whisky*, sacudiéndose el dedo y diciendo: «Qué vergüenza, Richard Pinzetti..., un pecado mortal..., condenado al infierno..., condenado al infierno...».

Me reí de él. Si esto no es el infierno, ¿qué es? El único pecado mortal es darse por vencido.

La mitad del tiempo la paso delirando; el resto me pican los muñones; la humedad hace que me duelan todavía más.

Pero no voy a ceder. No me voy a dar por vencido. No pasaré por todo esto para nada.

12 de febrero

Hace un día magnífico y el Sol brilla otra vez en todo su esplendor. Espero que se estén helando en Nueva York.

Es un buen día, en la medida de lo posible. La fiebre parece haber bajado. Estaba débil y temblaba cuando salí de mi madriguera, pero después de dos o tres horas al sol, vuelvo a sentirme casi humano otra vez.

Me arrastré hasta el sur de la isla y encontré varios trozos de madera arrojados por la tormenta, además de varios tablones de mi propio bote. Había quelpo y algas en uno de los tablones y me lo comí todo. Me dieron ganas de vomitar. Es como comerse la cortina de plástico del baño, pero me siento mucho más fuerte esta tarde.

Llevé la madera a la arena para que se secase. Todavía me queda una caja completa de cerillas a prueba de humedad y podré hacer una fantástica señal de humo si pasa alguien pronto. Si no, me servirá para cocinar. Voy a aspirar heroína.

13 de febrero

He encontrado un cangrejo, que maté y cocí en una pequeña hoguera. Esta noche casi vuelvo a creer en Dios.

14 de feb

Acabo de darme cuenta de que la tormenta se llevó casi todas las piedras de mi señal de AYUDA. Pero la tormenta terminó... ¿hace más de tres días? ¿He estado drogado todo ese tiempo? Tengo que tener más cuidado y bajar la dosis, porque ¿qué ocurriría si pasara un barco y yo estuviera durmiendo?

Reconstruí la señal, pero me llevó casi todo el día y estoy exhausto. Busqué un cangrejo donde encontré el otro, pero nada. Me corté las manos con varias de las piedras de la señal, pero me desinfecté con yodo, a pesar de mi debilidad. Debo cuidar mis manos. Por encima de todo.

15 de feb

Hoy se posó otra gaviota en el montículo. Levantó el vuelo antes de que yo me acercara. La conminé a irse al infierno, a picotear los ojillos rojizos del Padre Hailley para toda la Eternidad.

¡Ja! ¡Ja!

¡Ja! ¡Ja!

Ja.

17 de feb (?)

Me he cortado la pierna derecha a la altura de la rodilla, pero he perdido mucha sangre. El dolor era inenarrable, a pesar de la heroína. Sólo el *shock* hubiera matado a un hombre menos hombre que yo. Déjame contestar con una pregunta: ¿Hasta qué punto el paciente quiere sobrevivir? *¿Hasta qué punto el paciente quiere sobrevivir?*

Me tiemblan las manos. Si me traicionan, estoy perdido. No tienen ningún derecho a traicionarme. ¡Ningún derecho! Las he cuidado durante todas sus vidas. Las he mimado. Mejor que no me traicionen. O se van a arrepentir.

Por lo menos, no siento hambre.

Uno de los tablones del bote se partió por la mitad. Una de las partes tenía una punta bastante afilada, que fue la que usé. Se me caía la baba, pero me hice esperar pensando en... ¡aquellas barbacoas! Aquella casa que Will Hammersmith tenía en Long Island, con una barbacoa donde se podía asar un cerdo entero. Acostumbrábamos a sentarnos al atardecer, con tragos largos en la mano, hablando de nuevas técnicas quirúrgicas o de golf o de cualquier otra cosa. Y la brisa nos traía el olor del cerdo asado. Madre mía, el olor del cerdo asado.

Feb?

Me he cortado la otra pierna a la altura de la rodilla. He estado dando cabezadas todo el santo día:

«Doctor, ¿la operación era necesaria?». Ja, ja. Me tiemblan las manos como las de un viejo. Las odio. Tengo sangre debajo de las uñas, costras. ¿Recuerdas el modelo de la facultad, con la barriga de vidrio? Pues me siento igual, pero no quiero mirar. De ninguna de las maneras. Recuerdo que Dom decía eso, se paraba a charlar contigo en la calle con la chaqueta del Hiway Outlaws Club. Tú le decías: «Hombre, ¿cómo hiciste para conseguirla?». Y Dom respondía de ninguna de las maneras. Viejo Dom. Caramba, ojalá me hubiera quedado en el barrio. Esto tiene tan mala pinta, como decía Dom. Ja ja.

Pero me han dicho, sabes, que con la terapia adecuada y unas prótesis, volvería a estar como nuevo, podría volver a la isla y decirle a la gente: «Aquí es donde ocurrió».

¡Ja-ja-ja!

23 de febrero (?)

Encontré un pez muerto, podrido y apestoso. Es igual, me lo comí. Me doblaban el cuerpo las arcadas, pero no me lo permití. *Sobreviviré*. Estoy tan bien con heroína, las puestas de sol.

Febrero

No me atrevo, pero tengo que hacerlo. ¿Pero, cómo haré para ligar la arteria femoral tan arriba? Es amplia como una maldita autopista a esa altura.

A pesar de todo, tengo que hacerlo. He marcado la parte alta del muslo, la parte donde todavía hay carne, con lápiz.

Desearía poder dejar de babear.

Fe

Te... mereces... un descanso hoy... también... así que... levántate y vete... a McDonald's... dos hamburguesas... salsa especial... lechuga... pepinillos... cebollas... en... un panecillo...

Da... dada... dadada...

Febbe

Hoy me he visto la cara en el agua. Una calavera cubierta de piel. ¿Me he vuelto loco ya? Debo de estar loco. Ahora soy un monstruo. Un engendro. No me queda nada bajo las ingles. Un verdadero monstruo. Una cabeza atada a un torso que se arrastra por los codos en la arena. Un cangrejo. Un cangrejo dopado. Eh, tú, soy un pobre cangrejo dopado, dame una moneda.

Jajajaja

Dicen que de lo que se come se cría, así que ¡TODAVÍA SOY EL MISMO!
Querido Dios *shock* traumático *shock* traumático *shock* traumático NO EXISTE
NADA QUE SE PAREZCA A UN *SHOCK* TRAUMÁTICO

JA

40/Fe?

He soñado con mi padre. Cuando se emborrachaba, olvidaba el inglés. No es que tuviera nada interesante que decir de todos modos. Condenado cerdo, me alegré tanto de irme de tu casa, papito, condenado cerdo, chapucero, nada, no vales para nada, nada, cero. Sabía que lo lograría. Me alejé de ti, ¿verdad? Me fui andando sobre las manos.

Pero ya no puedo cortar nada más con ellas. Ayer me corté las orejas

la mano izquierda lava la derecha no dejes que tu mano izquierda sepa lo que hace la derecha pito pito colorito donde vas tú tan bonito...

jajaja...

Qué importa, una mano u otra, buena comida, buena carne, buen Dios comamos...

pies de cerdo saben igual que manos de cerdo



Abuela^[3]

LA MADRE de George fue hasta la puerta, vaciló un instante y volvió para acariciarle el pelo.

—No quiero que te preocupes —dijo—. No te pasará nada. Y a Abuela, tampoco.

—Claro que no me pasará nada. Dile a Buddy que se lo tome con filosofía.

—¿Cómo?

George sonrió.

—Que esté tranquilo.

—Ah, qué gracioso —sonrió también, con una sonrisa distraída, como si no sonriera a nadie en particular—. George, ¿estás seguro...?

—Todo saldrá bien.

«¿Estás seguro de qué? ¿Estás seguro de que no te asusta quedarte a solas con Abuela? ¿Qué es lo que iba a preguntar?».

Si era eso, la respuesta era no. Después de todo, ya no tenía seis años, como cuando llegaron de Maine para cuidar a Abuela y gritó de terror cuando ésta le tendió sus enormes brazos desde aquel sillón de vinilo blanco que olía siempre a huevos pasados por agua y aquel polvo dulzón que Mami le ponía en la piel. Abuela abría sus blancos brazos para estrecharlo contra su inmenso cuerpo de elefante. A Buddy ya le había tocado el turno, se había dejado engullir por el ciego abrazo de Abuela y había salido con vida de la experiencia..., pero Buddy tenía dos años más que él.

Ahora Buddy estaba ingresado en el Hospital CMG de Lewiston, con una

pierna rota.

—¿Tienes el número del médico, por si pasara algo? Que no pasará, ¿verdad?

—Verdad —contestó George, sonriente, tragando con la garganta seca. ¿Resultaba natural su sonrisa? Seguro, seguro que sí. Además, ya no le temía a Abuela. Después de todo, ya no tenía seis años. Mami se iba al hospital para ver a Buddy y él se quedaba y «se lo tomaba con filosofía». No había problema en pasar algún tiempo a solas con Abuela.

Mami fue hasta la puerta por segunda vez, dudó nuevamente y retrocedió una vez más, con aquella sonrisa dirigida a nadie en particular.

—Si se despierta y te pide la infusión...

—Ya sé —contestó George, vislumbrando la preocupación de Mami y su aprensión, bajo aquella sonrisa distraída. Estaba preocupada por Buddy, Buddy y su estúpida *Liga Pony*. El entrenador había llamado diciendo que Buddy se había hecho daño durante un partido en el gimnasio. George se acababa de enterar de la noticia (había vuelto de la escuela y estaba engullendo una galleta y un vaso de leche con chocolate) cuando oyó a su madre al teléfono con voz entrecortada:

—¿Herido? ¿Buddy? ¿Muy grave?

—Ya sé lo que tiene Buddy, Mami. Es muy fácil. Se llama transpiración negativa. Anda, vete.

—Sé buen chico, George y no te asustes. Abuela ya no te asusta, ¿verdad?

George carraspeó, sonriendo. Le gustó su propia sonrisa, la sonrisa de un chico que «se lo tomaba con filosofía», la sonrisa de un chico que lo entendía todo, la sonrisa de un chico que había dejado atrás los seis años definitivamente. Tragó saliva. Era una gran sonrisa, pero, un poco más allá, en la oscuridad, sentía la garganta muy seca, como forrada de algodón.

—Dile a Buddy que siento que se haya roto la pierna.

—De tu parte —contestó Mami y se dirigió hacia la puerta de nuevo. El sol de las cuatro de la tarde entró en un haz oblicuo por la ventana—. Gracias a Dios, suscribimos el seguro de deportes, Georgie. Porque no sé qué hubiéramos hecho ahora sin él.

—Dile que confío en que le haya dado una buena tunda a ese imbécil.

Mami volvió a sonreír, distraída, una mujer de más de cincuenta años, con dos hijos pequeños, uno de trece, otro de once, y sin marido. Finalmente, Mami abrió la puerta y un fresco susurro de octubre se coló en la casa.

—Y recuerda, el doctor Arlinder...

—Sí, Mami —dijo George—. Será mejor que te vayas; si no, llegarás cuando ya le hayan puesto el yeso.

—Seguramente Abuela dormirá todo el tiempo —añadió Mami—. Te quiero, Georgie, eres un buen hijo —y cerró la puerta.

George fue hasta la ventana y vio cómo Mami se acercaba a toda prisa al viejo Dodge del 69, que gastaba demasiada gasolina y demasiado aceite, mientras hurgaba en el bolso en busca de las llaves. Ahora, ya fuera de la casa y sin saber que George la observaba, la sonrisa distraída se esfumó y sólo quedó una mujer distraída... distraída y preocupada por Buddy. George estaba preocupado por ella. En cambio, Buddy no le inspiraba exactamente lo mismo. Buddy, que se divertía siempre tirándolo al suelo y sentándose encima, aplastándole los hombros con las rodillas, mientras le golpeaba con una cuchara en la frente hasta volverlo loco. Buddy llamaba a aquel estúpido juego la Cuchara de la Tortura del Bárbaro Chino y se reía como un endemoniado hasta hacer llorar a George. Buddy, que otras veces se divertía aplicándole la Quemadura de la Cuerda India tan fuerte que el brazo de George se llenaba de minúsculas gotitas de sangre en los poros, como el rocío en la hierba al amanecer. Buddy, que una noche había escuchado con tanto interés que a George le gustaba Heather MacArdle, y al que en la mañana siguiente le faltó tiempo para correr por todo el patio de la escuela a la hora del recreo, gritando: ¡HEATHER Y GEORGE ESTÁN EN LA COLA, DÁNDOSE BESOS TODA LA NOCHE, PRIMERO EL AMOR, LUEGO LA BODA Y AL FINAL UN NIÑO EN UN CARRICOHE!, como una locomotora a toda marcha. Sabía que una pierna rota no duraba toda la vida, pero también que Buddy le dejaría en paz al menos, mientras aquello durase. *A ver si ahora me vas a dar con la Cuchara de la Tortura del Bárbaro Chino con la pierna enyesada, Buddy. Claro que sí, chaval, te voy a dar con ella CADA DÍA.*

El Dodge retrocedió hasta la carretera, mientras su madre miraba a ambos lados, aunque no había tráfico, porque nunca pasaba nadie por allí. Tenía que recorrer dos kilómetros entre cercas y hondonadas hasta encontrar la carretera principal y, después, diecinueve kilómetros hasta Lewiston.

El coche arrancó y se alejó por el camino, levantando una nube de polvo en el aire brillante de la tarde de octubre.

Se quedó solo en la casa.

Con Abuela.

Tragó saliva.

—¡Ja! ¡Transpiración negativa! Tienes que tomártelo con filosofía, ¿verdad?

—Verdad —dijo George en voz baja, y cruzó la cocina, bañada por el sol. Era un chico bien parecido, pelirrojo, con pecas y un reflejo de buen humor en los ojos de un gris oscuro.

Buddy había sufrido el accidente mientras jugaba con su equipo en los campeonatos del 5 de octubre. El equipo de George, los Tigres, de la Liga Pee Wee, había perdido el primer día, hacía dos semanas («¡Vaya puñado de tontos!», había exclamado Buddy, exultante, cuando George salió casi sollozando del

campo. «¡Vaya puñado de MARIQUITAS!»)... y ahora Buddy se había roto la pierna. Si no fuera porque su madre estaba tan preocupada y tan asustada, se hubiera alegrado.

Había un teléfono en la pared y, junto a él, un tablero para tomar notas y un lápiz borrable. En el ángulo superior del tablero se veía una Abuela campesina, dicharachera y alegre, con las mejillas sonrosadas, el pelo blanco recogido en un moño, y apuntando el centro del tablero con el índice. De su boca salía una nube, como las de las tiras cómicas, en la que se leía: «¡RECUERDA, HIJO!». Era un dibujo muy divertido. En el tablero, con la penosa caligrafía de su madre, *Dr. Arlinder*, 681-4330. No es que Mami hubiera apuntado el número precisamente hoy por lo de Buddy. Llevaba allí más de tres semanas, desde el comienzo de los ataques de Abuela.

George descolgó el teléfono.

«... así que le dije, dije, Mabel, si te trata de esa manera...».

Volvió a colgar el teléfono. Era Henrietta Dodd. Henrietta se pasaba la vida al teléfono y, si era por la tarde, siempre tenía puesta la televisión como fondo. Una noche en que Mami estaba tomando un vaso de vino con Abuela (desde la reaparición de los ataques, el doctor Arlinder ordenó que no tomara vino en la cena... así que Mami dejó de beber también, cosa que George sentía, porque cuando Mami bebía se reía mucho y les contaba historias de cuando era joven), Mami dijo que cada vez que Henrietta abría la boca, sacaba hasta las tripas. Buddy y George se rieron como salvajes y Mami se tapó la boca y dijo: «No le digáis NUNCA a nadie lo que acabo de decir» y se echó a reír también. Acabaron los tres riéndose a carcajadas en la mesa y el escándalo fue tal que Abuela se despertó y empezó a gritar: «¡Ruth! ¡Ruth! ¡RUUUUUUTH!» con aquella voz quejumbrosa y aguda, y Mami dejó de reír y fue a ver qué quería inmediatamente.

Por él, Henrietta Dodd podía hablar todo el día y toda la noche. Lo único que le importaba era saber que el teléfono funcionaba, porque hacía dos semanas había habido un vendaval y desde entonces, el teléfono iba y venía como le daba la gana.

Se sorprendió a sí mismo contemplando el dibujo de la Abuela del tablero y preguntándose cómo sería tener una Abuela como aquélla. Su Abuela era enorme, gorda y ciega. Además, la hipertensión había acentuado su senilidad. A veces, cuando tenía uno de sus ataques, sacaba el Tártaro, como decía su madre. Llamaba a gente que nadie conocía, mantenía extrañas conversaciones que no tenían ningún sentido y farfullaba extrañas palabras que no significaban nada. Una de esas veces, Mami se puso blanca como la nieve y le dijo que se callara, que se callara, ¡QUE SE CALLARA! George se acordaba muy bien, no sólo porque era la primera vez que veía a Mami gritarle a la Abuela, sino porque al día

siguiente se enteraron de que habían saqueado el cementerio de los Abedules de Maple Sugar, volcando varias lápidas, arrancando de cuajo las puertas de hierro del siglo diecinueve y abriendo una o dos tumbas. *Profanado* era la palabra que usó el señor Burdon, el director, cuando llamó a asamblea a todos los cursos y les dio una conferencia sobre Conducta Perniciosa y sobre cómo algunas cosas Merecían Castigo. Aquella noche, al volver a casa, George le preguntó a Buddy qué quería decir *profanado* y Buddy dijo que significaba abrir tumbas y mearse en los ataúdes, pero George no se lo creyó... hasta que se hizo de noche. Y vino la oscuridad.

Abuela hacía mucho ruido cuando tenía uno de sus ataques, pero la mayoría de las veces seguía en la cama en la que estaba postrada desde hacía tres años, un fardo con pantalones de goma y pañales bajo el camisón de franela, la cara surcada por grietas y arrugas, los ojos vacíos y ciegos... con pupilas de un azul desvaído flotando en una córnea amarillenta.

Al principio, Abuela veía bastante bien. Pero poco a poco se fue quedando ciega. Necesitaba siempre una persona que la ayudara a arrastrarse desde su sillón de vinilo blanco con-olor-de-huevos-y-polvos-de-talco. En aquel tiempo, hacía unos cinco años, Abuela pesaba bastante más de cien kilos.

«Pero ahora no tengo miedo —se dijo, cruzando la cocina—. Ni una chispa. No es más que una vieja con ataques de vez en cuando».

Llenó de agua la tetera y la puso a calentar. Tomó una taza y puso dentro una bolsita con hierbas especiales para la Abuela, por si se despertaba. Tenía la loca esperanza de que eso no ocurriese, porque no le quedaría más remedio que ir hasta su dormitorio, elevar la cabecera de su cama de hospital y sentarse junto a ella, dándole su infusión sorbo a sorbo, contemplando cómo aquella boca desdentada doblaba los labios en el borde de la taza y oyendo el chupeteo y el ruido del líquido al caer en sus entrañas agonizantes y húmedas. A veces, se caía de la cama y había que levantarla y tenía la carne *blanda* como un *flan*, como si estuviera llena de agua caliente, mientras te miraba con sus ojos ciegos...

George se pasó la lengua por los labios y caminó hacia la mesa de la cocina otra vez. La galleta y el vaso de cacao seguían donde los había dejado, pero no tenía hambre. Miró sus libros de texto, forrados con papeles de colores, sin ningún entusiasmo.

Debería entrar en la otra habitación y ver si Abuela estaba bien.

Pero no quería.

Tragó saliva y volvió a sentir la garganta forrada de algodón.

«No tengo miedo de Abuela —pensó—. Si me tendiera los brazos otra vez, dejaría que me abrazara, porque no es más que una anciana que está senil y por eso tiene esos ataques. Eso es todo. Deja que te abrace y no llores. Como lo hace

Buddy».

Cruzó el pasillo hasta el dormitorio de Abuela con cara de aceite de ricino y los labios blancos de tan apretados. Entreabrió la puerta y allí estaba Abuela durmiendo, el pelo blanco amarillento esparcido sobre la almohada como una aureola, la boca desdentada entreabierta. El pecho, al respirar, se movía tan suavemente bajo la colcha que apenas si se notaba; tanto, que había que fijarse muy bien para asegurarse de que no estuviera muerta.

«¡Dios mío! ¿Y qué pasa si se muere mientras Mami está en el hospital?».

«No se morirá. No se morirá».

«Sí, pero ¿y si se muere?».

«No se morirá, no seas mariquita».

Una de las manos de Abuela, del color de la cera derretida, se movió lentamente sobre la colcha. Sus largas uñas rascaron la tela, con un sonido casi imperceptible. George cerró la puerta de golpe, con el corazón en la boca.

«Está tranquila como una piedra, idiota, ¿no lo ves? Fría como el hielo».

Volvió a la cocina para ver cuánto hacía que se había ido su madre, si una hora o una hora y media... Si fuera una hora y media, ya podía empezar a esperar su regreso. Miró el reloj y tuvo un disgusto: hacía veinte minutos que estaba solo. Ella ni siquiera habría llegado al hospital, de modo que regresaría... Se quedó escuchando el silencio, inmóvil. Sólo se oía el zumbido de la nevera y el del reloj eléctrico. Y el murmullo de la brisa de la tarde, fuera. Pero, más lejos aún, en el límite mismo de lo audible, el roce casi imperceptible de unas uñas sobre la tela... de unas manos arrugadas y huesudas deslizándose sobre la colcha.

Elevó una oración en una sola bocanada de aire.

«Por favor Dios mío no dejes que se despierte hasta que Mami haya vuelto por Jesucristo».

Se sentó y acabó la galleta y el vaso de cacao. Pensó que sería divertido encender la tele para ver algo, pero temía que Abuela se despertara y empezara a llamar con aquella voz aguda, imperiosa: ¡RUUUUUTH! ¡RUTH! ¡TRÁEME LA INFUSIÓN! ¡LA INFUSIÓN! ¡RUUUUUUUUTH!

George se pasó una lengua muy seca por unos labios más secos todavía, diciéndose a sí mismo que no tenía que ser tan cobarde. Abuela no era más que una pobre anciana condenada a permanecer en la cama. Tampoco podía levantarse para hacerle algo malo, ni se iba a morir justamente aquella tarde, a pesar de que ya tenía ochenta y tres años.

Descolgó el teléfono otra vez y se puso a escuchar.

«... el mismo día! ¡Además, *sabía* que estaba casado! ¡Jesús, odio esas lagartas que se creen más listas que nadie! Así que un día que estuve en la Granja, fui y dije, dije...».

George sabía que Henrietta estaba hablando con Cora Simard. Henrietta se

colgaba del teléfono cada día desde la una hasta las seis de la tarde, primero con *La esperanza de Ryan* y luego con *Vivir su vida* y más tarde con *Todos mis hilos* y después con *En busca del mañana* y Dios sabe cuántas telenovelas más. Por otra parte, Cora Simard era una de sus más fieles corresponsales telefónicas y la conversación versaba siempre sobre:

1) quién iba a dar la próxima comida campestre y qué refrescos se iban a servir, 2) las lagartas ésas que se creían más listas que nadie, y 3) lo que le había dicho a Fulanita y Menganita en 3-a) la Granja, 3-b) la feria de antigüedades que celebraba la parroquia cada mes, o 3-c) el supermercado.

«... que si volvía a verla por allí, yo, mi deber de ciudadana es llamar a...».

Volvió a colgar el teléfono. Buddy y él se burlaban siempre de Cora al pasar por delante de su casa, como los demás chicos de la vecindad. Cora era muy gorda y una chismosa y una dejada y por eso le cantaban «¡Cora-Cora de Bora-Bora, comió caca de perro y quiere más ahora!». Mami los hubiera matado, de haberse enterado de todo aquello. Pero ahora, en cambio, se sentía muy feliz de que Henrietta Dodd y Cora Simard estuviesen parloteando por teléfono toda la tarde. Es más, si por él fuera, se podían pasar hasta el día siguiente. Además, no le tenía tanta tirria a Cora, después de todo. Una vez, George, que corría porque Buddy le estaba persiguiendo, se cayó frente a la puerta de Cora y se hizo un corte en la rodilla. Ella le limpió y le curó la herida y les dio un caramelo a cada uno. Aquella vez, se sintió avergonzado de haberle cantado tan a menudo aquello de la caca de perro y todo lo demás.

George tomó el libro de lecturas del aparador, lo tuvo en sus manos durante unos segundos y volvió a dejarlo donde estaba. Aunque el curso no había hecho más que empezar, ya había leído todos los cuentos del libro. En realidad, leía mucho mejor que Buddy, aunque Buddy le superara en los deportes. «Ahora, con la pierna rota, no me va a sacar ventaja durante algún tiempo», pensó con regocijo.

Tomó el libro de historia, se sentó en la mesa de la cocina y empezó a leer cómo Cornwallis había rendido su espada en Yorktown, aunque no tenía la cabeza en el tema y perdía el hilo constantemente. No pudo más, se levantó y se dirigió al pasillo otra vez. La mano amarilla seguía inmóvil y Abuela no dejaba de dormir, su rostro un círculo gris hundido en la almohada, un sol agonizante rodeado por la salvaje aureola de pelo blanco amarillento. Para George, no tenía precisamente el aspecto de quien ha ido envejeciendo y está a punto de morir, ni un aspecto sereno como el de una puesta de sol. A él le parecía loca y...

(y peligrosa).

... si, señor, *peligrosa*, como una osa salvaje capaz de pegarte un buen zarpazo cuando menos te lo esperas.

George recordaba bastante bien el traslado a Castle Rock para cuidar de Abuela después de morir Abuelo. Hasta entonces, Mami había sido empleada en la Lavandería Stratford, de Stratford, Connecticut. Abuelo era tres o cuatro años más joven que Abuela y había trabajado como carpintero hasta el mismísimo día de su muerte, de un ataque al corazón.

Ya por aquel entonces Abuela mostraba algunos síntomas de senilidad y tenía ataques de vez en cuando. De todas formas, siempre había representado un problema para toda la familia con su temperamento volcánico. Había sido profesora de instituto durante quince años, con intervalos en los que, o bien tenía un hijo más, o bien se metía en trifulcas con la Iglesia Congregacional, a la que pertenecía la familia. Mami siempre decía que Abuela había dejado de enseñar a la vez que dejaba, junto con Abuelo, la Iglesia Congregacional. Pero una vez, hacía casi un año, vino Tía Flo desde Salt Lake City para visitarlos, y George y Buddy se quedaron escuchando hasta muy tarde la conversación de su madre y su tía. Mami y su hermana hablaban y hablaban, pero la historia no tenía nada que ver con la que les habían contado. A Abuela la echaron del instituto porque había hecho algo malo, algo que tenía que ver con libros, y a los dos los habían echado también al mismo tiempo de la Iglesia. George no llegaba a entender cómo se podía echar a alguien del trabajo y de la Iglesia por unos libros. Por eso, cuando Buddy y él se metieron en la cama, George preguntó por qué había pasado todo aquello.

—Hay muchas clases de libros, so estúpido —dijo Buddy en voz baja.

—Sí, ¿pero qué clase?

—¿Y yo qué sé? ¡Vete a dormir!

Silencio... George siguió pensando.

—¿Buddy?

—¿Qué? —contestó Buddy con sorda irritación.

—¿Por qué Mami nos dijo que Abuela se fue por su propia voluntad del instituto y de la iglesia?

—¡Porque hay un esqueleto en el armario, por eso!

George tardó mucho en dormirse. Se le iban los ojos hacia la puerta del armario, apenas visible a la luz de la Luna. ¿Qué pasaría si la puerta se abriera de golpe y saliera un esqueleto de dentro, todo dientes y huesos y sin ojos? ¿Gritaría? ¿Qué había querido decir Buddy con aquello de «un esqueleto en el armario»? ¿Qué tenían que ver los esqueletos con los libros? Acabó por dormirse sin darse cuenta y soñó que volvía a tener seis años y que Abuela le buscaba con sus ojos ciegos y le tendía los brazos para abrazarlo, diciendo, con aquella horrible voz suya: «¿Dónde está el pequeño, Ruth? ¿Por qué llora? Si no quiero más que meterlo en el armario... con el esqueleto».

George no dejaba de pensar en todo aquello. Hasta que por fin, cuando ya hacía un mes que se había ido Tía Flo, le dijo a su madre lo que había oído. Entonces ya había averiguado lo que quería decir tener un esqueleto en el armario, porque se lo había preguntado a la señora Redenbacher en la escuela. Dijo que tener un esqueleto en el armario quería decir tener un escándalo en la familia, y un escándalo era algo que daba mucho que hablar a la gente.

—¿Igual que Cora Simard, que no para de hablar todo el tiempo?

La señora Redenbacher puso una cara muy rara y le temblaron los labios.

—George, eso no se dice... aunque supongo que sí, algo por el estilo.

Cuando George se confió a su madre, ésta puso una cara muy tensa y sus manos se posaron sobre el solitario que estaba haciendo.

—¿A ti te parece bien lo que has hecho, George? ¿Es que tu hermano y tú tenéis la costumbre de espiar conversaciones?

George, que tenía entonces sólo nueve años, bajó la cabeza.

—Mami, es que Tía Flo nos gusta mucho. Sólo queríamos oírla un poco más.

Y era la verdad.

—¿Fue idea de Buddy?

Sí que lo había sido, pero él no se lo iba a decir. No quería pasarse todo el tiempo volviendo la cabeza, lo que sucedería con toda seguridad si Buddy se enteraba de que se había chivado.

—No, mía.

Mami siguió sentada sin decir palabra durante un buen rato y luego empezó a echar las cartas otra vez, muy lentamente, mientras hablaba.

—Tal vez haya llegado el momento de que lo sepas —dijo—. Mentir es aún peor que escuchar conversaciones, supongo, y todos hemos mentido a nuestros hijos sobre Abuela. Yo creo que hasta nos mentimos a nosotros mismos, aunque no nos demos cuenta.

Empezó a hablar con una amargura repentina, como si se le escapara por entre los dientes un ácido. George sintió el calor de aquellas palabras en la cara y retrocedió un paso.

—Excepto yo —prosiguió—. Yo tengo que vivir con ella y no puedo permitirme el lujo de mentir.

Mami le explicó que Abuela y Abuelo se habían casado y tenido un niño que nació muerto. Un año más tarde, tuvieron otro niño, y también nació muerto. El médico le dijo a Abuela que nunca podría tener un embarazo completo y que todos sus niños nacerían muertos o morirían nada más salir a este mundo. Hasta que uno de ellos muriese demasiado pronto para que su cuerpo pudiera expulsarlo y se le pudriese dentro y la matara a ella también.

Poco después, empezó lo de los libros.

—¿Libros para tener niños?

Pero Mami no pudo —o no quiso— decir qué clase de libros eran o de dónde los había sacado Abuela o cómo sabía de dónde sacarlos. Después de aquello Abuela volvió a quedar embarazada y esa vez el niño vivió y creció muy bien, sin problemas, y era el Tío Lucas Larson. Después, la Abuela quedó embarazada otras veces y tuvo otros hijos y vivieron todos. Pero, una vez, Abuelo le dijo que tirara los libros y trataran de hacerlo sin necesidad de ellos. Aunque no pudieran, Abuelo creía que ya habían tenido suficientes hijos. Pero Abuela se negó. George preguntó a su madre por qué.

—Creo que los libros habían llegado a ser tan importantes para ella como sus propios hijos —contestó.

—No lo entiendo —dijo George.

—Bueno —contestó Mami—. No es que yo lo entienda muy bien tampoco. Además, recuerda que yo era muy pequeña. Todo lo que sé de cierto es que los libros tenían un cierto poder sobre ella. Abuela dijo que no había más que hablar sobre el asunto y nunca se volvió a tocar el tema, porque ella era la que llevaba los pantalones en casa.

George cerró de repente el libro de historia. Miró el reloj y vio que ya eran cerca de las cinco. El estómago empezaba su música cotidiana. Se dio cuenta, con una sensación muy cercana al horror, de que si Mami no estaba de vuelta alrededor de las seis, Abuela se despertaría y empezaría a pedir la cena a gritos, y es que Mami parecía tan preocupada por lo de Buddy, que se había olvidado de darle instrucciones al respecto. Pensó que, en todo caso, siempre podría darle una de sus cenas congeladas especiales. Abuela seguía una dieta sin sal, además de tomar mil píldoras diferentes al día.

En cuanto a él mismo, no tenía más que calentar las sobras de los macarrones con queso de la noche anterior. Con un poquito de *ketchup* por encima, estaría para chuparse los dedos.

Sacó los macarrones de la nevera y los puso en una sartén, al lado de la tetera, que seguía esperando en caso de que Abuela se despertara y pidiera lo que a veces llamaba «la fusión». George empezó a servirse un vaso de leche, pero se detuvo y descolgó el teléfono otra vez.

«... y no daba crédito a mis ojos, cuando...». La voz de Henrietta Dodd se quebró, elevándose a un tono estridente. «¡Me gustaría a mí saber quién es la fisgona que no hace más que escucharnos, vamos a ver...!».

George colgó el teléfono de golpe, con la cara roja de vergüenza.

«No sabe quién es, imbécil —se dijo—. ¡Hay seis teléfonos conectados a esa

línea!».

De todas maneras, no estaba bien escuchar conversaciones ajenas. Ni siquiera cuando estuviese a solas con Abuela, aquel enorme bulto que dormía en una cama de hospital en la habitación contigua. Ni siquiera cuando le resultara imprescindible oír otra voz humana porque Mami estaba muy lejos, en Lewiston, iba a oscurecer muy pronto y Abuela seguía en la otra habitación y Abuela parecía como

(sí, oh, sí, sí que lo parecía).

una osa descomunal que podía darte el último zarpazo mortal con sus garras sebosas.

George se sirvió la leche.

Mami había nacido en 1930, Tía Flo en 1932 y Tío Franklyn en 1934. Tío Franklyn murió de un ataque de apendicitis en 1948 y Mami guardaba todavía una foto suya y se le caía una lágrima cuando la sacaba para mirarla. Mami decía que Frank había sido el mejor de todos los hermanos y que no se merecía haber muerto de aquella manera y que Dios había jugado sucio al llevarse a Frank.

George miró por la ventana encima del fregadero. La luz tenía ahora un tinte más dorado y el sol estaba más bajo. La sombra del porche se había ido alargando sobre el césped. Si Buddy no se hubiera roto su estúpida pierna, Mami estaría ahora aquí, preparando chile o algo así, además de la comida sin sal de la Abuela, y todos hablarían y reirían y quizás hasta jugarían a las cartas después de cenar.

George encendió la luz de la cocina, aunque todavía fuese temprano, y decidió calentar los macarrones. Pensaba constantemente en Abuela, sentada en su sillón de vinilo blanco, como una enorme oruga con camión, la aureola salvaje de pelo esparcida sobre la bata de rayón rosa, extendiendo los brazos para cogerlo, y él agarrándose a las faldas de Mami, gritando como un desesperado.

—Dámelo, Ruth, quiero darle un abrazo.

—Está un poco asustado, mamá. Ya te abrazará dentro de un tiempo.

Pero la voz de Mami revelaba que también ella estaba asustada.

«¿Asustada? ¿Mamá?».

George se quedó pensando. ¿Era verdad? Buddy dice que la memoria juega malas pasadas. ¿Realmente parecía Mami asustada?

Sí. Lo parecía.

La voz de Abuela se elevó, autoritaria.

—¡No mimes al niño, Ruth! Dámelo. Quiero abrazarlo.

—No. Está llorando.

Abuela bajó sus pesados brazos con aquellos colgajos blancos de carne. Una sonrisa senil, pero astuta, se dibujó en su boca sin dientes.

—¿Es cierto que se parece a Franklyn, Ruth? Una vez me dijiste que se parecía mucho.

Lentamente, George removi6 los macarrones con el queso y el *ketchup*. No había vuelto a recordar aquel incidente, hasta ese momento. Tal vez el silencio se lo hubiese traído a la memoria. El silencio y el hallarse solo con Abuela en la casa.

Por lo visto, Abuela tuvo hijos y siguió enseñando en el instituto, para gran asombro de los médicos que la habían desahuciado, y Abuelo trabajó como carpintero y ganó más y más dinero, sin que le faltara nunca trabajo, incluso en lo más negro de la Gran Depresión, hasta que, al final, la gente empezó a murmurar, dijo Mami.

—¿Qué decían? —preguntó George.

—Bah, nada importante —contestó Mami, recogiendo las cartas de repente—. Decían que tus abuelos tenían demasiada suerte para ser gente normal, eso es todo.

Poco después se descubrió lo de los libros. Mami no añadió nada más, sino que el consejo del instituto encontró varios y un investigador que habían contratado encontró unos cuantos más. Hubo un gran escándalo y los abuelos no tuvieron más remedio que irse a vivir a Buxton y ése fue el final de todo aquel jaleo.

Los hijos crecieron y tuvieron sus propios retoños, convirtiéndose todos en tías y tíos. Mami se casó y se fue a vivir a Nueva York con Papá, al que George ni siquiera recordaba. Mientras, nació Buddy. Después se trasladaron a Stratford y en 1969 nació George. En 1971 Papá murió arrollado por un coche que conducía «el borracho que tuvo que ir a la cárcel».

Cuando Abuelo tuvo el ataque al corazón hubo muchísimas cartas entre los tíos y tías, arriba y abajo arriba y abajo. No querían meter a la vieja en un asilo, ella tampoco quería ir. Y cuando Abuela decidía algo, todos se guardaban muy bien de llevarle la contraria. Ella se proponía pasar los últimos años de su vida con uno de sus hijos. Pero todos estaban casados, y las mujeres y los maridos de los hijos no deseaban tener en casa una vieja senil y con frecuentes y muy desagradables arranques. La única que no tenía marido era Ruth.

Lo de las cartas continuó durante un buen tiempo y, al final, no le quedó a Mami más remedio que resignarse. Dejó su trabajo y se vino a Maine para cuidar

a Abuela. Entre todos los hermanos habían reunido ahorros para comprar una casita en las afueras de Castle View, donde los precios no eran demasiado altos. Cada mes le enviarían un cheque para que pudiera mantener a la vieja y hacerse cargo de ella misma y sus niños.

«Lo que pasa es que mis hermanos me tendieron una trampa», recordó George haberle oído una vez.

No estaba muy seguro de lo que eso significaba, pero lo había dicho con un tono tan amargo, como el de quien quiere reír una broma, pero se atraganta como con un hueso de aceituna. George sabía, porque Buddy se lo había contado, que Mami había accedido porque toda la familia le había asegurado que Abuela no duraría mucho. Tenía demasiados problemas, presión alta, uremia, obesidad, palpitaciones y otros achaques, para durar eternamente. Probablemente, no pasaran más de ocho meses, dijeron Tía Flo, Tía Stephanie y Tío George (en honor a ese tío le habían puesto George a él). A lo sumo, un año. Pero ya llevaba cinco años, lo cual no está mal para una vieja que tiene tantos problemas...

No estaba mal lo que estaba durando, de acuerdo. Como una osa en su madriguera, esperando, esperando... ¿qué?

(«*Ruth, tú sabes cómo llevarla. Ruth, tú sabes hacerla callar*»).

George se detuvo en medio de uno de sus viajes a la nevera para leer las instrucciones del envase de una de las cenas especiales de Abuela. Se quedó helado. ¿De dónde había salido aquella voz que oía dentro de su cabeza?

De pronto, se le puso la piel de gallina. Se metió la mano por debajo de la camisa y se tocó una de las tetillas. Estaba dura como una piedra. Retiró el dedo rápidamente.

Era el Tío George, el que llevaba su mismo nombre, el que trabajaba para Sperry-Rand en Nueva York. Había sido su voz. Al venir con su familia para verlos, hacía dos —no, tres— años, dijo algo que George escuchó y no pudo olvidar.

—*Es más peligrosa ahora, desde que está senil.*

—*George, cállate. Los niños andan por ahí.*

George permaneció de pie junto a la nevera, la mano en el tirador de cromo descascarillado, pensando, recordando, mirando la creciente oscuridad. Buddy no estaba el día en que Tío George hizo aquel comentario. Estaba fuera, jugando y

haciendo esquí sobre hierba en la colina de Joe Camber. Pero George se había quedado en casa y andaba buscando algo en la cajonera de la entrada, un par de calcetines gruesos que hicieran juego. ¿Y acaso era culpa suya que Mami y el Tío George estuvieran hablando en la cocina? George creía que no. ¿Era culpa de George que Dios no le hubiera dejado sordo en aquel preciso instante o, al menos, hubiese hecho inaudible la conversación de los mayores? George creía que tampoco eso era culpa suya. Como su madre había dicho en más de una ocasión, Dios, a veces, jugaba sucio.

—Ya sabes a *qué* me refiero —dijo Tío George.

Su mujer y sus tres hijas se habían ido a Gates Falls para hacer unas compras de Navidad de última hora y Tío George estaba bastante alegre, como aquel «borracho que tuvo que ir a la cárcel». George lo notó porque las palabras se le hacían un lío en la lengua.

—Ya sabes lo que le pasó a Franklyn cuando se enfadó con ella.

—¡Cállate o voy a tirar la cerveza en el fregadero!

—Bueno, no es que ella quisiera, en realidad... Fue él quien se fue de la lengua. Peritonitis...

—¡George, cállate!

«Tal vez —recordó George haber pensado en aquel momento— no sea sólo Dios el que juega sucio».

Interrumpió el hilo de sus recuerdos y sacó una de las cenas congeladas de la Abuela de la nevera. Era ternera con un acompañamiento de guisantes. Había que precalentar el horno a 80 grados y meterla en él. Era muy fácil. Además, lo tenía todo dispuesto. El agua para la infusión estaba ya caliente, por si Abuela lo requería. Podría tener la cena preparada en un periquete si Abuela se despertaba y se la pedía a gritos. Infusión o cena, un pistolero rápido con dos pistolas. El número del doctor Arlinder estaba en el tablero, para casos de emergencia. Todo estaba bajo control, así que, ¿por qué preocuparse?

Nunca le habían dejado solo con Abuela, eso es lo que le preocupaba.

«*Dame el chico Ruth. Dámelo...*».

«*No, está llorando*».

«*Es más peligrosa ahora... Ya sabes a qué me refiero*».

«*Todos mentimos a nuestros hijos sobre Abuela*».

Ni a él, ni a Buddy. A ninguno de los dos los habían dejado jamás solos con la Abuela. Hasta ahora.

De pronto, sintió la boca muy seca. Llenó un vaso con agua del grifo y se lo bebió de un trago. Se sentía... raro. Todos esos pensamientos, todos esos recuerdos, ¿por qué salían a la luz precisamente ahora?

Tenía la sensación de hallarse ante un rompecabezas y sin posibilidad de

recomponerlo. Tal vez fuese mejor así, porque la imagen que apareciera podría ser, bueno, bastante horrible. Podría...

En la otra habitación, donde Abuela vivía de día y de noche, se oyó de pronto un sonido con algo de tos ahogada, algo de jadeo.

George se atragantó al inhalar aire, quedándose sin aliento. Se volvió hacia la habitación de Abuela y no pudo andar, tenía los zapatos clavados al suelo. El corazón le latía violentamente. Los ojos desmesuradamente abiertos. «Andad», le decía el cerebro a los pies, y ellos se cuadraban y respondían: «¡De ninguna manera, señor!».

Abuela nunca había hecho un ruido como aquél.

Abuela *nunca* había hecho un ruido como aquél.

Otra vez aquel gemido, que se alzó por un momento, para luego bajar, cada vez más, hasta morir lentamente... George consiguió moverse al fin. Recorrió la distancia que separaba la habitación de Abuela de la cocina. Entreabrió la puerta y atisbó por la rendija. El corazón le golpeaba en el pecho como un martillo. Ahora sí que tenía la garganta *llena* de algodón. No había manera de tragar saliva.

Primero pensó que Abuela estaba durmiendo y que no había pasado nada. No había sido más que un *sonido* raro, eso era todo; tal vez algo que hiciera habitualmente mientras Buddy y él estaban en la escuela. Sólo un ronquido. Abuela estaba bien. Durmiendo.

Eso fue lo primero que pensó, pero un detalle atrajo su atención: la mano que antes reposaba sobre la colcha, ahora colgaba inerte, al lado del lecho, las uñas casi rozando el suelo. Y tenía la boca abierta, tan oscura y arrugada como un agujero en una fruta podrida.

Muy tímidamente, vacilando, George se acercó a la cama.

Se quedó junto a ella durante un largo rato, mirando a Abuela sin atreverse a tocarla. El leve movimiento del pecho bajo la colcha parecía haberse detenido.

Parecía.

Ésa era la palabra clave: *Parecía*.

«Lo que pasa es que estás asustado, George. No eres más que un maldito estúpido, como dice Buddy. No es más que un juego que le está haciendo tu cerebro a tus ojos. Respira la mar de bien, ella...».

—¿Abuela? —dijo, y todo lo que salió de su garganta fue un susurro incomprensible. Se asustó y retrocedió de un salto, aclarándose la garganta.

—¿Abuela? ¿Quieres la infusión ahora? ¿Abuela? —dijo, esta vez un poco más alto.

Nada.

Tenía los ojos cerrados.

La boca abierta.

La mano colgando.

Fuera, el Sol poniente brillaba entre los árboles como una naranja rojiza.

De pronto, volvió a verla sentada en su sillón de vinilo blanco, tendiendo los brazos, con una estúpida sonrisa de triunfo. Y recordó uno de sus ataques, cuando Abuela empezó a gritar palabras extrañas, palabras que parecían de una lengua extranjera.

—*¡Gyaagin! ¡Gyaagin! ¡Hastur degryon Yos-sothoth!*

Mami los envió inmediatamente fuera, gritándole a Buddy: «¡VETE!» cuando el chico se entretuvo para buscar sus guantes en la cajonera de la entrada, y Buddy la miró por encima del hombro, tan asustado por el tono de su madre, que no gritaba jamás, y salieron los dos y se quedaron fuera un buen rato, con las manos metidas en los bolsillos por el frío, preguntándose qué demonios estaba pasando...

Más tarde, Mami salió y los llamó para cenar, como si no hubiese pasado nada.

(«*Tú sabes cómo llevarla, Ruth, tú sabes cómo hacerla callar*»).

George no había vuelto a pensar en aquel ataque hasta hoy. Sólo que ahora, mirando a Abuela, que yacía de una forma tan extraña en su cama de hospital, recordó con creciente horror que al día siguiente de aquel ataque se habían enterado de que la señora Harham, que vivía cerca de allí y a veces visitaba a Abuela, había muerto en la cama por la noche.

Los «ataques» de la Abuela.

Ataques.

Las brujas tienen poderes mágicos y eso es precisamente lo que las hace brujas, ¿no es así? Manzanas envenenadas, príncipes convertidos en sapos, casas de mazapán, Abracadabra.

Hechizos.

Las piezas sueltas del rompecabezas volaban ante los ojos de George como por arte de magia.

«Magia», pensó George, con un escalofrío.

¿Cuál era la imagen resultante del rompecabezas? Era Abuela, naturalmente. Abuela y sus *libros*. Abuela, a quien habían echado del pueblo. Abuela, que primero no podía tener niños y luego sí. Abuela, a quien habían expulsado de la *Iglesia* igual que del pueblo. La imagen final era Abuela, amarilla y gorda y arrugada y sucia, con la boca sin dientes curvada en una sonrisa hundida, con los ojos ciegos y desvaídos, pero con la mirada astuta e inquietante, con un sombrero negro cónico sobre la cabeza, salpicado de estrellas de plata y cuartos crecientes babilónicos y rutilantes, con ladinos gatos a los pies, los ojos amarillos como la orina, entre olores de cerdo y de humedad, de cerdo y de fuego, viejas estrellas y

luces de velas tan oscuras como la tierra en la que reposan los ataúdes, con palabras de libros antiguos, cada palabra como una piedra, cada frase como una cripta en un pestilente osario, cada párrafo una caravana de pesadillas con los muertos de las plagas caminando hacia la hoguera. Los ojos infantiles de George se abrieron en un instante al profundo pozo de la negrura.

Abuela había sido una bruja, igual que la Bruja Malvada de *El mago de Oz*. Y ahora estaba muerta. Aquel sonido que había hecho con la garganta, aquel ronquido ahogado había sido un... un... *estertor de muerte*.

—¿Abuela? —susurró otra vez y pensó locamente:

«*Pin pon pin puerto, la bruja ha muerto*».

No obtuvo respuesta. Puso la mano delante de la boca de Abuela. Ni una ligera brisa quedaba en ella. Había calma chicha, y velas caídas y quilla inmóvil en medio del agua. El terror había cedido un poco. Ahora podía pensar más serenamente. Recordó que Tío Fred le había enseñado a mojarse un dedo para ver si hacía viento y de dónde venía. Se pasó la lengua por toda la palma de la mano y la sostuvo delante de la boca de Abuela.

Nada.

Pensó que lo mejor sería llamar al doctor Arlinder, pero se detuvo. ¿Y si llamaras al doctor y no estuviese muerta del todo? Haría un ridículo espantoso.

«*Tómale el pulso*».

Se paró en el vestíbulo, mirando por la puerta entreabierta aquella mano inerte y aquella muñeca blanca, que la manga del camión había revelado al quedar un poco remangada. Pero no sabía cómo hacerlo. Una vez, después de una visita del doctor, la enfermera le tomó el pulso. Cuando ambos se fueron, George lo intentó por sí mismo, buscando frenéticamente aquel latido, pero sin éxito. Si por él fuera, estaba tan muerto como Abuela.

Además, en realidad, no quería... bueno... *tocar* a Abuela. Aun cuando estuviera muerta. Mejor dicho, *especialmente* si estaba muerta.

Se quedó en la entrada, mirando ora a la Abuela, ora el número del doctor Arlinder en el tablero. No tenía otra alternativa, tendría que llamar, tendría que...

¡... busca un espejo!

¡Claro que sí! Si respiras delante de un espejo, se cubre de vaho. Una vez, había visto en una película cómo un doctor se lo había hecho a un chico. El cuarto de Abuela comunicaba con un cuarto de baño y George se apresuró a buscar el espejo de Abuela. Era neutro por un lado y de aumento por el otro, de los que se usan para depilarse las cejas y todo eso.

George volvió al lado de la cama y sostuvo el espejo delante de la boca abierta de Abuela hasta casi tocarla. Contó hasta sesenta, sin dejar de mirar la cara de la anciana. Nada, el espejo estaba tan limpio y brillante como antes. No le cabía

duda, Abuela había muerto.

Abuela estaba muerta.

George pensó, con cierta sorpresa, pero con alivio, que ahora sí podía sentir piedad por la vieja. Tal vez hubiese sido bruja. O tal vez no. O tal vez solamente hubiese *creído* serlo. Fuera lo que fuese, había muerto. Como un adulto, pensó que las cosas de la realidad concreta tomaban un aspecto, no menos importante, sino menos *vital*, vistas a la luz de la muerte. Pensó como un adulto y sintió el alivio de un adulto. Era una huella en el alma. Como las impresiones infantiles de los adultos. Sólo más tarde el niño se da cuenta de que estaba siendo *formado* por experiencias diversas.

Devolvió el espejo al cuarto de baño y volvió a cruzar el dormitorio, sin dejar de mirar el gran bulto en la cama. El Sol poniente pintaba de rojo y naranja aquella horrible cara. George miró hacia otro lado.

Cruzó de nuevo la entrada y fue hasta el teléfono, dispuesto a actuar como creía que había que hacerlo. Se sentía interiormente superior a Buddy. Cada vez que se burlara, le diría tan sólo: «Estaba solo en casa cuando Abuela murió y lo hice todo por mí mismo».

Lo primero que había que hacer era llamar al doctor Arlinder, y decirle: «Mi Abuela acaba de morir. ¿Puede usted decirme lo que tengo que hacer? ¿Cubrirla o algo así?».

No.

«Creo que mi Abuela acaba de morir».

Sí.

Sí, era mucho mejor así. Al fin y al cabo, todo el mundo cree que un niño no sabe hacer nada por sí mismo.

O:

«Estoy casi seguro de que mi Abuela ha muerto...».

¡Ya estaba! ¡Eso era lo mejor!

Y contarle lo del espejo y lo del estertor y todo lo demás. Y el doctor vendría enseguida y después de examinar a la Abuela, diría: «*Abuela, te pronuncio muerta,*» y luego, a George, «*Has estado muy sereno en una situación difícil, George, te felicito*». Y George diría algo modesto, como requería la ocasión.

George miró el número del doctor Arlinder y aspiró profundamente un par de veces para darse ánimo. Descolgó el auricular. El corazón seguía laténdole fuertemente, pero ya no con el terror de antes. Abuela había muerto. Lo peor ya había sucedido y, en el fondo, era mucho mejor que oírla gritar que quería su infusión.

El teléfono también se había muerto.

Sólo le llegó el vacío desde el auricular, los labios todavía abiertos como para decir: «*Lo siento, señora Dodd, soy George Bruckner y tengo que llamar al doctor para mi Abuela*». Pero no había ni conversaciones, ni señal para marcar, ni nada. Sólo un vacío muerto, como el de la otra habitación.

Abuela está...

está...

(Oh, está).

Abuela está fría como un témpano.

Otra vez la piel de gallina. Miró con ojos inciertos la tetera Pirex en el fogón, la taza sobre el mostrador, con la bolsita de hierbas dentro. Abuela nunca más tomará su infusión. Nunca.

(está fría)

George se estremeció.

Apretó la horquilla del teléfono con el dedo, una, dos, muchas veces. El teléfono seguía muerto. Tan muerto como...

(tan frío como).

Colgó el auricular de un golpe y se oyó un leve timbrazo. George lo volvió a coger en un segundo, con la esperanza de que la línea hubiera vuelto en aquel preciso instante. En vano. Lo volvió a colgar muy lentamente.

Otra vez sentía palpitaciones.

Estoy solo en la casa con un cadáver.

Cruzó la cocina muy lentamente, se paró junto a la mesa un minuto y después encendió la luz. La casa estaba empezando a quedarse a oscuras. Pronto el Sol se habría ido y sería de noche.

Espera. Eso es todo lo que puedes hacer. Esperar a que regrese Mami. Después de todo, es mejor así. Si el teléfono no funciona, es mejor que se haya muerto a que hubiera tenido uno de sus ataques o algo así... con espuma en la boca y todo eso y a lo mejor se caía de la cama...

No le gustaba nada todo aquello. Si no fuera por el teléfono, lo hubiera hecho todo tan bien...

Cómo estar completamente solo en medio de la oscuridad, pensando en cosas muertas que viven todavía, viendo formas y sombras en las paredes y pensando en la muerte y en los muertos y todas esas cosas y cómo deben apestar y moverse en la oscuridad, pensando esto y pensando aquello, pensando en los gusanos corriendo y enterrándose en la carne muerta, ojos que brillan en la oscuridad, el crujido de los tablones en el piso de arriba, algo cruza la habitación, a través de

las franjas de luz que vienen de la ventana, oh, sí.

En la oscuridad, los pensamientos dibujan un círculo perfecto. Da lo mismo que trates de pensar en flores, o en Jesús, o en el fútbol, o en ganar la medalla de oro en las Olimpiadas, porque, al final, todo vuelve hacia aquella forma con garras y ojos abiertos.

—¡Demonios! —gritó, pegándose una bofetada a sí mismo, bien fuerte. Ya estaba bien, caramba, no hacía más que asustarse él solo. Además, ya no tenía seis años. Estaba muerta, eso era todo. Aquella cabeza ya no tenía más pensamientos que los que pudiera tener el mármol, o el suelo, o un pomo de la puerta, o la esfera de la radio, o...

Una voz interior, extraña, le tomó por sorpresa. Tal vez fuese sólo la voz de la supervivencia.

¡George, cállate y dedícate a tus cosas!

Sí, está bien, está bien, pero...

Volvió hasta la puerta del dormitorio para asegurarse.

Allí seguía Abuela, una mano colgando fuera del lecho, casi tocando el suelo, la boca desencajada. Abuela era como un mueble. Podías meterle la mano otra vez en la cama o tirarle del pelo o echarle un vaso de agua o ponerle auriculares en las orejas y tocar Chuck Berry hasta que se hundiera el techo... a ella le daba lo mismo. Abuela estaba, como decía a veces Buddy, fuera de sí. Abuela se había ido a pasear.

Un golpeteo continuo y bajo le sobresaltó y lanzó un grito. Era la puerta exterior, que Buddy había instalado la semana anterior y que daba bandazos en el viento helado.

George abrió la puerta de la cocina, se inclinó y atrapó la puerta exterior en su viaje de vuelta. El viento le alborotó el pelo. Sujetó la puerta, preguntándose de dónde había salido ese viento tan repentino. Cuando Mami se fue, el aire estaba en calma. Claro que, cuando se fue Mami, era pleno día y ahora estaba anocheciendo.

George volvió a mirar cómo estaba Abuela otra vez y probó el teléfono otra vez. Nada, muerto todavía. Se sentó, se levantó, se sentó nuevamente y optó por pasearse por la cocina, pensando.

Una hora más tarde era noche cerrada.

El teléfono seguía sin línea. George supuso que el viento, que ahora era casi un huracán, habría derribado algún poste, probablemente cerca de Beaver Bog, donde había tantos. El teléfono dejaba escapar un sonido de vez en cuando, pero de manera lejana y fantasmal. Fuera, el viento gemía por las esquinas de la casa. George pensó que ya tenía una historia que contar en la próxima acampada de los Boy Scouts... sentado solo en la casa, con su Abuela muerta en la habitación de al

lado, sin teléfono, y el viento arrastrando velozmente las nubes bajas, nubes negras por arriba y del color de la grasa rancia por debajo, el color de las garras, quiero decir, manos de la Abuela.

Era, como decía Buddy, un clásico.

Ojalá pudiera contarle ya y toda la historia estuviese pasada y enterrada. Se sentó en la mesa de la cocina, con el libro de historia abierto, dando un respingo con cada ruido..., y ahora que el viento había crecido, cada rincón de la casa crujía en forma siniestra.

Volverá muy pronto. Volverá y ya no tendré que preocuparme por nada. Nada.

(no le has cubierto la cara).

volverá pro...

(no le has tapado la cara).

George saltó como si alguien le hubiese hablado en voz alta y miró con los ojos muy abiertos toda la cocina y el inútil teléfono. Hay que tapar la cara de un muerto con una sábana. Como en las películas.

¡Al diablo! ¡Yo no entro en ese dormitorio!

¡No! Y no había razón alguna para que lo hiciera. ¡Mami le cubriría la cara cuando volviese! ¡O el doctor Arlinder, cuando llegara! ¡O el hombre de las Pompas Fúnebres!

Alguien, cualquiera, menos él.

No tenía por qué hacerlo.

A él no le importaba y seguro que a Abuela tampoco.

Oyó la voz de Buddy.

Si no tenías miedo, ¿cómo es que no le cubriste la cara?

No me importaba.

¡Miedoso!

A Abuela tampoco le hubiera importado.

¡Miedoso! ¡Cobardica!

Sentado a la mesa, con aquel libro de historia que no había manera de leer, empezó a pensar que si no le cubría la cara a Abuela con la colcha, no podría presumir de haber hecho todo como debía y entonces Buddy volvería a tener ventaja sobre él (a pesar de la pierna rota).

Se veía a sí mismo, contando la historia de miedo de Abuela muerta en medio de la acampada, delante del fuego, llegando al final feliz de cuando los faros del coche de Mami barrieron la fachada de la casa —la reaparición de los adultos, restableciendo y confirmando el concepto del orden— cuando, de pronto, entre las sombras se alza una figura oscura y una piña explota en el fuego y resulta que la figura en la sombra es Buddy, riéndose: *Si eres tan valiente, so cobardica,*

¿cómo es que no le tapaste LA CARA?

George se levantó, recordándose a sí mismo que Abuela *estaba fuera de sí*, que Abuela había *muerto*, que Abuela estaba más fría *que un témpano* y que Abuela se había *ido a pasear*.

Si quisiera, podría ponerle la mano sobre la cama otra vez, meterle una bolsita de infusión por la nariz, ponerle auriculares tocando Chuck Berry a todo volumen, etc., etc., y nada molestaría a Abuela, porque *eso* es lo que significaba estar muerto, nada podía molestar a un muerto. Una persona muerta era la persona tranquila por excelencia, y el resto no era más que sueños inexorables y apocalípticos y febriles, sueños de puertas abriéndose de golpe en la boca muerta de la medianoche, de rayos de luna azul bañando los huesos en los cementerios...

Susurró: «¿Quieres hacer el favor de parar? Deja de ser tan...».

(macabro).

Se levantó. Había decidido ya lo que iba a hacer: entrar en el dormitorio y cubrirle la cara con la sábana y así Buddy no tendría ninguna ventaja sobre él. Le administraría unos cuantos rituales sencillos y le cubriría la cara. Y después —se le iluminó la cara por el simbolismo de la situación— retiraría su taza y su bolsita de infusión sin usar. Sí, eso era lo que iba a hacer.

Entró en el dormitorio, cada paso un esfuerzo de voluntad. La habitación estaba a oscuras, el cuerpo no era más que un enorme bulto encima de la cama. Buscó el interruptor torpemente durante lo que parecía ser una eternidad, sin explicarse cómo no estaba donde él creía que debía estar. Por fin dio con él y una luz amarilla llenó la estancia.

Abuela estaba en la cama, la mano inerte, la boca abierta. George la contempló, oscuramente consciente de que unas gotas de sudor se deslizaban por su propia frente. Se preguntó si no bastaría con tomar aquella mano tan fría y colocar el brazo sobre la cama, a lo largo del cuerpo. Pero decidió que no, que su mano debía estar colgando hacía bastante rato ya, que era demasiado, que no podía tocarla, que cualquier cosa, menos eso...

Lentamente, como si flotara en una nube, se acercó a Abuela y se quedó mirándola fijamente, casi encima de ella. Tenía la cara amarilla, en parte por la luz, pero sólo en parte.

George respiraba por la boca, ansiosamente, como tratando de darse fuerzas. Tomó la colcha y la subió sobre la cara de Abuela, pero resbaló un poco y volvió a bajar, revelando el nacimiento del pelo y las cejas, George se alzó de puntillas y volvió a tomar la colcha con mucho cuidado separando bien las manos, para no rozarle la cara, y la volvió a subir. Esta vez, la colcha permaneció en su sitio. Por fin la había *enterrado*. Si, era por eso que se tapaba la cara de un muerto, y eso era lo que se debía hacer: *enterrarlo*. Era un gesto definitivo.

Miró la mano que colgaba, que había quedado sin enterrar, y se dio cuenta de que sí, de que ahora podía tocarla ya, meterla debajo de la colcha y enterrarla con el resto de la Abuela.

Se inclinó para agarrar la mano y la levantó.

La mano se volvió y le agarró la muñeca.

George dio un grito tremendo. Se tambaleó hacia atrás, gritando en aquella casa vacía, gritando más fuerte que el viento que silbaba en el alero, gritando por encima de todos aquellos crujidos de la casa. Al retroceder, tiró del cuerpo de Abuela, que quedó inclinado bajo la colcha. La mano volvió a caer, retorciéndose, viva, intentando agarrar algo... hasta que volvió a colgar inerte.

No pasa nada, no ha sido nada, no era más que un reflejo.

George asintió a su propia aseveración. Pero volvió a recordar cómo aquella mano fría se había vuelto y le había agarrado la muñeca. Volvió a gritar. Se le salían los ojos de las órbitas, el pelo, completamente erizado, era como un sombrero cónico sobre su cabeza. El corazón corría como en estampida. La habitación se inclinó locamente hacia la izquierda, luego se enderezó por un segundo, para inclinarse otra vez a la derecha. Cada vez que intentaba pensar racionalmente, el pánico le ponía la piel de gallina. Quería salir de aquella habitación a toda velocidad, meterse en otro sitio, a cuatro kilómetros de distancia, si pudiera. Dio media vuelta y salió corriendo, estampándose contra la pared: la puerta estaba abierta a un metro de distancia. Cayó de rebote al suelo, con un tremendo golpe en la cabeza, que empezó a dolerle, a pesar del pánico. Se tocó la nariz y se manchó la mano de sangre, igual que la camisa, sobre la que goteaba. Se levantó como pudo y miró la habitación lleno de terror.

La mano colgaba de la cama como antes, pero el cuerpo de Abuela ya no estaba inclinado, sino que estaba recto otra vez, bajo la colcha.

Todo había sido fruto de su imaginación. Había entrado en el dormitorio y el resto no había sido más que una película.

No.

El dolor le aclaró las ideas. La gente muerta no te agarra la muñeca. Muerto quiere decir muerto. Cuando estabas muerto podías servir de perchero, o meterte en el neumático de un tractor y lanzarte ladera abajo, etc., etc. Cuando estabas muerto, la gente te podía hacer cosas a ti (por ejemplo, un niño podía tomar tu mano y subirla a la cama), pero tus días activos —por decirlo de alguna manera— habían terminado.

A menos que seas una bruja. A menos que elijas morirte cuando la casa está sola y no hay más que un niño, porque así puedes... puedes... ¿puedes qué?

Nada. Era una estupidez. Había imaginado todo porque estaba asustado y ésa era toda la verdad. Se limpió la nariz con el brazo y gimió de dolor. Una mancha

de sangre cubría su antebrazo.

Lo que no iba a hacer era entrar en la otra habitación, eso era todo. Realidad o alucinación, no iba a hacer el tonto con Abuela. La llamarada de pánico había cedido un poco, pero continuaba asustado, muy asustado, y todo lo que quería era que su madre llegase cuanto antes y se ocupara de todo.

George salió del dormitorio de espaldas, sin perder de vista la cama, y fue hasta la cocina. Suspiró con un aliento largo, ahogado. Quería pasarse un trapo mojado por la nariz. Sintió ganas de vomitar. Se inclinó y tomó un trozo de tela de debajo del fregadero —uno de los pañales viejos de la Abuela— y lo puso bajo el grifo de agua fría, mientras se sorbía la sangre como si fueran mocos.

Se acababa de poner la tela mojada en la nariz cuando desde la otra habitación le llegó una voz.

—*Ven aquí, pequeño* —llamaba Abuela con su voz de ultratumba—. *Ven aquí. Abuela quiere abrazarte.*

George trató de gritar, pero abrió la boca y no pudo emitir sonido alguno, nada. En cambio, en la otra habitación, allí sí que se estaban produciendo sonidos. Sonidos como los que oía cuando Mami entraba para bañar a la Abuela, dándole la vuelta, levantándola, dejándola caer, dándole la vuelta otra vez.

Sólo que esos sonidos eran diferentes ahora. Eran como si Abuela estuviera... estuviera levantándose de la cama.

—*¡Niño! ¡Ven aquí, pequeño! ¡Ahora MISMO! ¡Ven hacia aquí!*

Vio con horror cómo sus pies obedecían la orden. Les mandó detenerse, pero ellos seguían, uno, dos, uno, dos, ep, aro, ep, aro, deslizándose sobre el linóleo. Su cerebro era prisionero del cuerpo.

«*Es una bruja, es una bruja y tiene uno de sus ataques. Ay, sí, es un ataque y es muy malo, REALMENTE muy malo, muy malo. Ay, Dios mío, ay, Jesús, ayúdame, ayúdame...*».

George atravesó la cocina y entró en el dormitorio.

ABUELA ESTABA FUERA DE LA CAMA, sentada en su sillón de vinilo blanco, el que no había usado desde hacía cuatro años, desde que se puso demasiado gorda para poder andar y demasiado senil para saber hacer nada.

Pero Abuela no parecía senil.

Los rasgos de la cara eran flácidos, pero la senilidad había desaparecido de su expresión, suponiendo que hubiera estado allí alguna vez y no hubiera sido más que una máscara para engañar a niños pequeños y mujeres cansadas y sin marido.

Ahora la cara de Abuela resplandecía con feroz inteligencia, como la luz de una vela de cera, vieja y pestilente. Los ojos bailaban en sus órbitas, muertos. El pecho seguía sin moverse. El camisón, remangado, dejaba ver unos muslos elefantinos, blancos. La colcha estaba a los pies de la cama.

Abuela le tendió sus enormes brazos.

—*Quiero abrazarte, Georgie* —dijo la voz apagada y sin entonación—. *No tengas miedo, pequeño. Deja que Abuela te abrace.*

George se esforzó por retroceder, tratando de resistir aquella atracción casi magnética. Fuera, el viento seguía aullando. La cara de George se había alargado y torcido, tensa, crispada por el espanto.

Empezó a caminar hacia ella. No podía remediarlo. Sus pies seguían arrastrándose, uno tras otro, hacia aquellos brazos abiertos. «*Le enseñaría a Buddy que él tampoco tenía miedo de Abuela y dejaría que Abuela le diera un abrazo porque no era ningún cobardica*». Siguió andando hacia ella.

Cuando ya se encontraba casi entre sus brazos, se oyó un crujido enorme al estallar la ventana, hechos añicos los cristales, y una rama de árbol penetró en la estancia, con hojas de otoño aún sujetas a ella. El viento helado barrió toda la habitación, haciendo volar las fotos de Abuela, azotándole el pelo y el camisón.

George pudo gritar por fin. Se escapó dando tumbos de entre sus brazos, mientras Abuela emitía un chasquido sibilante, como una serpiente, entreabriendo los labios y dejando ver sus encías desdentadas. Las manos gruesas, arrugadas, intentaban asir el vacío.

George se hizo un lío con los pies y cayó al suelo. Abuela se levantó del sillón, bamboleándose bajo aquel enorme peso, caminando hacia él. George no podía levantarse, las piernas, sin fuerza alguna, no le obedecían. Empezó a arrastrarse de espaldas, gimiendo. Abuela seguía avanzando, lenta, implacable, muerta, pero viva. George comprendió en un instante lo que significaba aquel abrazo. El rompecabezas estaba completo. Pero cuando finalmente logró levantarse, Abuela le agarró por la camisa. Se la desgarró y se quedó con un trozo en la mano. Por un momento, George sintió aquella carne fría contra su piel. Consiguió escapar hasta la cocina.

Quería huir, correr en medio de la noche, todo, menos dejarse abrazar por la bruja, su Abuela. Porque cuando su madre volviera, encontraría a Abuela muerta y a George vivo, si..., pero a George le habrían empezado a gustar las infusiones de hierbas, inexplicablemente.

Miró por encima del hombro y vio la sombra contrahecha, grotesca, de Abuela en la pared al cruzar la entrada.

De repente, el teléfono sonó, estridente.

George saltó hacia él, sin pensar, y empezó a gritar que alguien viniera, por favor, por favor, que viniera alguien. Gritó todo ello... en silencio, porque ni un solo sonido salió de su garganta.

Abuela entró en la cocina, tambaleándose en su camisón rosa. El pelo blanco y amarillo revoloteaba alrededor de su cara. Uno de los peinecillos se había casi

desprendido del pelo y colgaba sobre el arrugado cuello.

Abuela sonreía.

—¿Ruth?

Era la voz de Tía Flo, lejana, con una conexión defectuosa por el viento. Era Tía Flo, desde Minnesota, a más de dos mil kilómetros.

—¿Ruth? ¿Estás ahí?

—*¡Socorro!* —gritó George al teléfono y lo que salió de sus labios fue un pequeño, inaudible silbido.

Abuela se balanceaba sobre el linóleo, tendiéndole los brazos. Sus manos se abrían y se cerraban, intentando agarrar algo. Abuela quería aquel abrazo, por algo había esperado cinco años.

—Ruth, ¿me oyes? Acaba de estallar una tormenta imponente... y me he asustado... Ruth, no te oigo...

—Abuela —gimió George al teléfono. Abuela estaba casi encima.

—¿George? —La voz de Tía Flo se erizó, aguda como un grito, instantáneamente—. George, ¿eres tú?

George empezó a retroceder ante el avance de Abuela, cuando se dio cuenta de que se había alejado de la puerta y se había metido estúpidamente en un rincón, entre los armarios de la cocina y el fregadero. El horror era inenarrable. La sombra de Abuela lo cubría ya por completo. George pudo, por fin, vencer su parálisis y gritó desesperadamente al teléfono, una y otra vez.

—*¡Abuela! ¡Abuela! ¡Abuela!*

Las manos frías de Abuela tocaron su garganta. Los ojos viejos, borrosos, hipnotizaban los suyos, chupando toda su voluntad.

Vagamente, muy lejos, como si viniera a través de los años y a través de la distancia, oyó la voz llena de pánico de Tía Flo.

—Dile que se acueste, George, dile que se acueste y que no se mueva. Dile que debe hacerlo en tu nombre y en el de *Hastur*. Ese nombre tiene poder sobre ella, George, dile: «Acuéstate en nombre de *Hastur*», dile...

La mano vieja y arrugada arrancó el teléfono de la mano sin fuerza de George. De un tirón, rompió el cordón de la pared. George se dejó caer en el rincón y Abuela, un montón de carne que ocultaba la luz, se inclinó sobre él.

George gritó.

—*¡Acuéstate! ¡No te muevas! ¡En nombre de Hastur! ¡Hastur! ¡Acuéstate! ¡No te muevas!*

Las manos de Abuela rodearon su cuello...

—*¡Debes hacerlo! ¡Tía Flo dice que debes hacerlo! ¡En mi nombre!, ¡en nombre de tu padre! ¡Acuéstate! ¡No te mue...!*

Y empezaron a apretar.

Cuando una hora más tarde las luces del coche por fin bañaron la fachada de la casa, George estaba sentado en la cocina, delante del libro de historia, sin leer. Se levantó y le abrió la puerta a su madre. A su izquierda, el teléfono reposaba en el receptor, el cordón colgando inútilmente.

Mami entró, una hoja pegada a la solapa del abrigo.

—¡Qué viento! ¿Fue todo bien, Geor...? ¿*George, qué ha pasado?*

Mami palideció horriblemente en un segundo. Parecía la cara de un payaso.

—Abuela —contestó George—. Abuela ha muerto. Abuela ha muerto, Mami. Empezó a llorar.

Su madre lo abrazó fuertemente y luego retrocedió hacia la pared, como si aquel abrazo hubiera acabado con todas sus fuerzas.

—¿Ha... ha pasado algo? —preguntó—. ¿*George, ha pasado algo?*

—El viento derribó la rama de un árbol en su ventana —respondió.

Mami lo cogió por los brazos y lo apartó un poco, adivinando aquella expresión de horror. Lo soltó inmediatamente, y, como un ciclón, entró en la habitación de Abuela. Tal vez estuvo dentro unos cuatro minutos. Al salir, llevaba en la mano un trozo de tela. Era de la camisa verde de George.

—Le he arrancado esto de la mano —dijo Mami en un susurro imperceptible.

—Ahora no tengo ganas de hablar —dijo George—. Llama a Tía Flo, si quieres. Yo estoy muy cansado. Quiero irme a la cama.

Mami hizo un gesto como para detenerlo, pero se contuvo. George subió a la habitación que compartía con Buddy y abrió el aire caliente para oír lo que hacía su madre. Mami no pudo hablar con Tía Flo aquella noche, porque alguien había arrancado el cordón del teléfono, pero tampoco pudo hablar con ella al día siguiente porque, poco antes de que Mami regresara, George había dicho una serie de palabras, algunas de ellas en un latín bastardo, otras en algo que parecían gruñidos predruidas y, a más de dos mil kilómetros de distancia, Tía Flo había caído muerta de hemorragia cerebral masiva. Era sorprendente cómo volvían las palabras. Como *todo* volvía.

George se quitó la ropa y se tendió desnudo en la cama. Puso las manos tras la cabeza y dirigió la vista a la oscuridad del techo. Lentamente, muy lentamente, una sonrisa horrible, siniestra, empezó a dibujarse en sus labios.

Las cosas no iban a seguir como antes a partir de ahora. Iban a ser muy, *muy* diferentes.

Por ejemplo, Buddy. Le costaba esperar a que Buddy volviera del hospital y empezase con su dichosa tortura de la Cuchara del Bárbaro Chino, o con la Cuerda India, o algo por el estilo. Sabía que, al principio, tendría que permitírselo, por lo menos, durante el día y cuando hubiese gente alrededor, pero cuando

cayera la noche y estuviesen los dos solos en el dormitorio, en la oscuridad, con la puerta cerrada...

George se echó a reír en silencio.

Como siempre decía Buddy, iba a ser un *clásico*.



La balada del proyectil flexible^[4]

HACÍA YA bastante rato que habían acabado de cenar. La barbacoa era todo lo agradable que podía ser, por cierto. Chuletas a la brasa, ensalada verde con una salsa especial preparada por Meg, y bebidas. Se habían sentado hacia las cinco de la tarde y ya eran las ocho y media pasadas, casi anochecido. Era esa hora en que las reuniones empiezan a ser más ruidosas que de costumbre, aunque no fueran muchos. Tan sólo cinco personas: el agente literario y su mujer, el célebre escritor joven y la suya, más el redactor jefe de una revista que, aunque contaba con sesenta y pocos años, parecía algo mayor. Tal vez por ello había pasado la velada bebiendo sólo refrescos. Antes de su llegada, el agente le había explicado al escritor que el redactor había tenido un problema con el alcohol. Afortunadamente, el problema había desaparecido... al mismo tiempo que su mujer. Por eso eran cinco en lugar de seis.

Ocurría que la reunión, en lugar de animarse cada vez más, estaba cayendo en picado. La oscuridad empezaba a extenderse sobre el jardín, cuyo césped llegaba casi hasta el lago, detrás de la casa. La primera novela del escritor había constituido un formidable éxito de crítica y había vendido una cantidad considerable de volúmenes. Cabía decir que había tenido una suerte inmensa de lo cual él era plenamente consciente.

La conversación giró al principio sobre la fortuna de los escritores noveles, y se acabó hablando de aquellos que, habiendo disfrutado de un éxito temprano en sus carreras, habían acabado en suicidio. Se mencionó a Ross Lockridge y a Iam Hagen. La mujer del agente nombró a Sylvia Plath y a Anne Sexton, y el escritor

dijo que no consideraba a la Plath una escritora de éxito. Según él, había sido precisamente a causa del suicidio que había ganado una cierta notoriedad. El agente sonrió ante el comentario.

—Por favor, ¿por qué no hablamos de otra cosa? —interrumpió la mujer del escritor, algo nerviosa.

El agente prosiguió haciendo caso omiso de ella.

—Y también la locura. Algunos se volvieron locos después de alcanzar el éxito.

Hablaba con el tono ligeramente afectado de un actor fuera de escena.

La mujer del escritor quiso protestar de nuevo. De sobras sabía que a su marido le encantaba hablar de aquellos temas. Así encontraba excusa para bromear sobre ellos. Y si le gustaba bromear sobre ellos, era precisamente porque no dejaba de darle vueltas. Pero en aquel preciso instante empezó a hablar el redactor, y lo que dijo fue tan sorprendente que la mujer del escritor olvidó sus protestas.

—La locura es como un proyectil flexible.

La mujer del agente hizo un gesto de sorpresa ante la frase. El escritor se inclinó hacia adelante, con una expresión irónica.

—Me suena bastante —dijo.

—Claro —respondió el redactor—. La frase, la imagen del proyectil flexible, es de Marianne Moore, que utilizaba esa expresión para designar los coches. Yo siempre pensé que describía magníficamente el fenómeno de la demencia. La locura es una especie de suicidio mental. ¿Acaso no aseguran los médicos que la única medida cierta de la muerte es la muerte mental? La demencia es una especie de bala flexible dirigida al cerebro.

La mujer del escritor se levantó.

—¿Quién quiere beber algo?

Nadie respondió a la oferta.

—Pues yo sí, si es que vamos a seguir hablando de esto —dijo, preparándose algo de beber.

—Una vez, cuando todavía trabajaba en *Logan's*, me enviaron un relato —dijo el redactor—. La revista tuvo el mismo destino que *Collier's* y el *Saturday Evening Post*, aunque ellos tuvieron que cerrar mucho antes que nosotros —prosiguió, con un cierto tonillo orgulloso—. Publicábamos unos treinta y seis cuentos al año y, a veces, más. Cada año, tres o cuatro eran incluidos en alguna relación de los mejores relatos. Por si fuera poco, la gente los leía realmente. Pues bien, el título del relato era «*La balada del proyectil flexible*», y lo había escrito un tal Reg Thorpe, un escritor joven con tanto éxito como tú —dijo, dirigiéndose al escritor.

—Escribió también *Imágenes del submundo*, ¿verdad? —preguntó la mujer del agente.

—Sí. Fue un éxito extraordinario para tratarse de una primera novela. Tuvo unas críticas inmejorables y las ventas no le fueron a la zaga, tanto en edición de lujo como de bolsillo. Apareció en todas las listas. Incluso la película fue bastante buena, aunque no tanto como la novela, ni mucho menos.

—Me gustó mucho ese libro —dijo la mujer del escritor, que había acabado por interesarse en el tema, a pesar de su aprensión inicial. Tenía el aspecto sorprendido y encantador de quien recuerda de pronto un tema olvidado por largo tiempo—. ¿Ha escrito algo más desde entonces? Recuerdo haber leído *Imágenes del submundo* cuando estaba en la universidad, hace ya tanto... que ni me acuerdo.

—Pues se te ve igual que entonces —dijo la mujer del agente, sonriendo, aunque en realidad pensara que la mujer del escritor usaba unos sostenes demasiado pequeños y una falda demasiado corta para su edad.

—No, no ha vuelto a escribir nada desde entonces —prosiguió el redactor—. Excepto el relato que he mencionado antes. La verdad es que se suicidó. Se volvió loco y se mató.

—¡Oh! —exclamó la mujer del escritor, decepcionada. Otra vez estaban hablando de lo mismo.

—¿Llegó a publicar el relato? —preguntó el escritor.

—No, pero no porque el tipo se volviera loco y acabara matándose, sino porque el *redactor* se volvió loco y estuvo *a punto* de matarse también.

El agente se levantó de pronto para servirse algo de beber, aunque una copa más no fuera precisamente lo que necesitaba. Sabía que el redactor había sufrido una importante depresión nerviosa en 1969, un poco antes de que *Logan's* llegara a los números rojos.

—Yo era el redactor en jefe —informó a los otros el redactor—. En cierto sentido, nos volvimos locos los dos, Reg Thorpe y yo, aunque él vivía en Omaha y yo en Nueva York, y nunca llegamos a conocernos personalmente. El libro había sido publicado hacía unos seis meses y Reg se fue a vivir a Omaha para «encontrarse a sí mismo», como se decía entonces. Y ocurre que conozco su versión de la historia porque conozco a su mujer y de vez en cuando coincido con ella en Nueva York. Es pintora, y bastante buena, por cierto. Además, tuvo mucha suerte. Reg estuvo a punto de llevársela con él.

El agente volvió con su vaso y se sentó.

—Creo recordar algo —dijo—. No fue sólo su mujer, ¿no es cierto? Me parece que disparó contra un par de personas, una de ellas, un niño, si mal no recuerdo.

—Exacto —replicó el redactor—. Y fue precisamente el niño el que desató su locura.

—¿Qué el *niño* desató su locura? —preguntó la mujer del agente—. ¿Qué quieres decir?

El redactor prosiguió su relato, ignorando la pregunta. Estaba claro que no permitiría que dirigiesen su discurso.

—Conozco mi parte de la historia porque la viví —prosiguió—. He tenido bastante suerte. O muchísima suerte. Hay algo interesante en la gente que trata de suicidarse apuntando una pistola a su cabeza y apretando el gatillo. Creen que es el método más seguro, mejor que tomar un frasco entero de somníferos o cortarse las venas, pero no es así. Cuando uno se dispara en la cabeza, no se sabe muy bien lo que va a pasar. La bala puede rebotar y matar a otra persona. O seguir la curva del cráneo y salir por el otro lado. O alojarse en el cerebro, dejarte ciego, y, en cambio, no matarte. Te puedes disparar en la frente con un 38 y despertarte en el hospital y, en cambio, te disparas con un 22 y te despiertas en el infierno..., si es que existe. Aunque creo que sí existe: me han dicho que está en Nueva Jersey.

La mujer del escritor lanzó una carcajada estridente.

—El único método de suicidio que no falla es el salto desde un edificio muy alto, que es lo que hacen los que verdaderamente lo desean. Pero es que quedas tan cochambroso, ¿verdad...?

»Lo que quiero decir es lo siguiente: cuando te disparas un proyectil flexible en la cabeza no sabes a ciencia cierta qué es lo que va a pasar. En mi caso concreto, lo que hice fue tirarme desde un puente, y me desperté sobre un montón de basura en la margen de un río, mientras un camionero me daba unos golpes tremendos en la espalda, moviéndome los brazos como si fuera un monigote. En cambio, para Reg, la bala fue mortal de necesidad... Pero no sé si os interesa mucho lo que estoy contando...

Miró a su alrededor. Sus amigos le miraban con un aire inquisitivo, incluso preocupado. El agente y su mujer se miraron. La mujer del escritor estaba a punto de decir que ya se había hablado bastante del asunto, cuando su marido se le adelantó.

—A mí me gustaría oírlo —dijo—. A menos que tengas alguna razón personal en contra.

—Es la primera vez que hablo de todo esto —contestó el redactor—. No porque tuviera razones personales para no hacerlo, sino, tal vez, porque nunca he encontrado a nadie que quisiera escucharlo.

—Pues, adelante —dijo el escritor.

—Paul —su mujer le puso una mano en el hombro—. ¿No crees que...?

—Ahora no, Meg.

El redactor continuó hablando.

—El relato nos llegó por correo, en una época en que la revista no aceptaba ya originales que no hubiera solicitado previamente. Cada vez que llegaba un nuevo relato, una de las secretarias lo introducía en un sobre con una carta que decía: «Debido a los crecientes costes y a la imposibilidad creciente del personal de la revista de ocuparse del creciente número de originales recibidos, *Logan's* no acepta escritos que no hayan solicitado previamente. Le deseamos muy buena suerte en sus intentos si lo remite usted a otras publicaciones». ¿Qué os parece? ¿Verdad que es una maravilla cómo te dan la patada tan finamente? Además, no es nada fácil utilizar la palabra «creciente» tres veces en la misma frase, pero se atrevían a todo.

—Estoy seguro de que el original acababa en la papelera, a menos que adjuntaran un sobre con el remite puesto y ya franqueado, ¿a que sí? —comentó Paul.

—¡Ah, absolutamente! No hay piedad en la ciudad desnuda.

Un brillo incómodo se reflejó en los ojos de Paul. Sabía que se hallaba en la madriguera de un tigre, en la que docenas de escritores tan buenos o mejores que él habían sido reducidos a migajas. Y que, aunque de momento no podía quejarse, la caída podía producirse cuando menos lo esperase.

—Como iba diciendo —dijo el redactor, sacando su pitillera—, el relato llegó a la redacción y la secretaria le había puesto ya un clip con la carta de rechazo en la primera página, cuando se fijó casualmente en el nombre del autor. Ella también había leído *Imágenes del submundo*. Aquel año, todos habían leído lo mismo. Y el que no lo había leído todavía, se lo pedía prestado a un amigo, o se lo compraba, o lo leía en una biblioteca pública...

Meg, preocupada por la expresión de su marido, le tomó la mano. Paul sonrió por toda respuesta. El redactor encendió un nuevo cigarrillo. El oro del encendedor brilló en la oscuridad con la punta del pitillo. A la luz de la débil llama todos vieron su cara gastada, las bolsas bajo los ojos, las mejillas flácidas, las facciones de un hombre en la segunda mitad de la vida. Paul pensó: «Es la faz de la vejez». Y nadie quiere llegar a ella, pero ¿hay alguna manera de evitarla? No hay otra solución que cruzarla con toda la gracia posible.

La luz del encendedor se apagó. El redactor dio una intensa calada al tabaco.

—La secretaria que pasó el relato a redacción en lugar de rechazarlo es ahora la redactora jefe de G. P. Putnam's Sons. No recuerdo ahora su nombre, pero carece de importancia. En cambio, lo que si la tiene es que su camino y el de Reg Thorpe se cruzaron. Ella llevaba un camino ascendente; él, descendente. En fin, la chica pasó la historia a su jefe y éste, a mí. La leí y me encantó, realmente. Tal vez fuese demasiado larga, pero se veía dónde era posible podar unas quinientas

palabras sin perjuicio. Y con eso bastaría.

—¿De qué se trataba? —preguntó Paul.

—No hay ni que preguntarlo —respondió el redactor—. Tiene que ver precisamente con todo lo que hablábamos.

—¿Sobre la *locura*?

—Indudablemente. ¿Qué es lo primero que se enseña en la clase de literatura en cuanto a redacción? Escribe sobre algo que te sea conocido. Reg Thorpe sabía perfectamente lo que significaba volverse loco porque él mismo estaba viviendo el proceso. Creo que la historia me atrajo aún más porque yo me encontraba en un camino paralelo. Aunque, ya que hablamos del tema, me parece que el público norteamericano ya está harto de libros como *La locura elegante en Estados Unidos* o *Ya nadie habla con nadie* o *Esperando el fin del mundo frente a un televisor*. Todo eso es tópico en la literatura del siglo veinte. Todos los grandes han tocado el tema, de una manera u otra. Pero aquel relato era realmente muy particular, muy divertido.

Nunca había leído nada parecido con anterioridad, ni ha llegado a mis manos nada igual desde entonces. Se podía comparar con algunos de los cuentos de Scott Fitzgerald... o con *Gatsby*. El protagonista enloquecía de una manera muy interesante. Te hacía sonreír durante toda la acción, pero había fragmentos en los que no te quedaba más remedio que reír abiertamente, a carcajadas. Por ejemplo, cuando el héroe le tira la mermelada por la cabeza a la chica. Ése es uno de los mejores pasajes, en mi opinión. Aunque eran carcajadas de doble filo. Te ríes y luego miras por encima del hombro a ver quién te ha oído. Las líneas de tensión opuestas en la composición, eran realmente muy interesantes. Cuanto más reías, más nervioso te ponías. Y cuanto más nervioso te ponías, más reías... hasta el punto en que el protagonista se va de la fiesta que dan en su honor y mata a su mujer y a su hija.

—¿Cuál es el argumento? —preguntó el agente.

—No —contestó el redactor—. No tiene la menor importancia. Es la historia de un hombre que lucha por no perder la batalla contra el éxito. Dejémoslo así. Las Sinopsis de los argumentos suelen ser muy aburridas. Casi siempre.

—En fin, le escribí una carta diciéndole: «Querido Reg Thorpe, acabo de leer «*La balada del proyectil flexible*» y creo que se trata de un gran relato. Me gustaría publicarlo en *Logan's* a principios del año que viene. ¿Le parecen bien 800 dólares? El pago se efectuaría a su aceptación, más o menos. Punto y aparte.».

El editor llenó el anochecer con el humo de su cigarrillo.

—«El cuento es un poco largo y quisiera saber si es posible reducirlo en unas quinientas o, al menos, doscientas palabras. En caso contrario, siempre podemos

eliminar una ilustración. Punto y aparte. Puede llamar, si lo desea». Y envié la carta a Omaha.

—¿Y la recuerdas así, palabra por palabra? —preguntó Meg.

—Guardaba toda la correspondencia en una carpeta especial —contestó el redactor—. Sus cartas y las copias de las mías. Al final reuní un considerable volumen de correspondencia contando tres o cuatro cartas de Jane Thorpe, su mujer. He releído toda la carpeta infinidad de veces. Sin resultado, a decir verdad. Tratar de comprender el Proyectoil Flexible es como preguntarse por qué una cinta de Moebius tiene un solo lado. Las cosas son así en el mejor de los mundos posibles. Pues sí, lo recuerdo todo, casi textualmente. Otros se dedican a otras cosas. Hay quien conoce de memoria la Declaración de Independencia de los Estados Unidos.

—Apuesto a que te llamó al día siguiente —dijo el agente, sonriendo—. A cobro revertido.

—Pues no, no llamó. Poco después de la publicación de *Imágenes del submundo*, Thorpe dejó de usar el teléfono. Esto me lo contó su mujer. Cuando se mudaron de Nueva York a Omaha decidieron no solicitar teléfono. Por lo visto, Thorpe había llegado a la conclusión de que el sistema telefónico no funciona con electricidad, sino con radio. Según él, el aumento del número de casos de cáncer se debía al radio, no a los coches, ni a los cigarrillos, ni a la polución industrial.

Creía que cada auricular tenía dentro un pequeño cristal de radio y que, cada vez que te lo ponías a la oreja, irradiaba directamente al cerebro.

—¡Jo, pues sí que estaba loco! —exclamó Paul, entre las carcajadas de los demás.

—En lugar de llamarme, me escribió una carta —prosiguió el redactor, lanzando la colilla hacia el lado del lago—. Decía: «Querido Henry Wilson (o simplemente Henry, si me lo permite). Su carta ha sido para mí un estímulo y una gran alegría a la vez. Mi mujer estaba más satisfecha que yo, si cabe. La retribución me parece correcta... Aunque, con toda honestidad, debo confesar que la idea de publicar en *Logan's* me parece compensación más que suficiente. (Pero acepto el dinero, lo acepto, lo acepto). He considerado la posibilidad de reducir la extensión del texto y estoy de acuerdo. Quizás lo mejore, y así quedará espacio para las ilustraciones. Mis mejores deseos. Reg Thorpe».

Debajo de la firma había hecho un dibujito muy divertido... algo así como un garabato. Era un ojo incluido dentro de una pirámide, como los que aparecen en los billetes de a dólar. Pero en lugar de las palabras *Novus Ordo Seclorum*, decía: *Fornit Some Fornus*.



—Lo mismo puede ser latín que una frase de Groucho Marx —comentó Meg.

—No era más que una muestra de la excentricidad de Reg Thorpe —dijo Henry—. Su mujer me explicó que había empezado a creer en «personitas», es decir, duendecillos o gnomos. Los llamaba *Fornits*. Eran enanitos de la suerte y estaba convencido de que vivían en su máquina de escribir.

—¡Vaya por Dios! —exclamó Meg.

—Según Thorpe, cada Fornit tenía un aparatito, como aquellos antiguos pulverizadores para insecticidas, pero en miniatura, y estaban llenos de... bueno, de polvos de la buena suerte, por decirlo de alguna manera. Y ese polvo lo llamaba Thorpe...

—Fornus —completó Paul, con una amplia sonrisa.

—Sí. Y a su mujer todo aquello le parecía muy divertido. Al menos, al principio. De hecho, en los primeros tiempos (Thorpe había inventado lo de los Fornits dos años antes, mientras escribía *Imágenes del submundo*), creyó que Reg le estaba tomando el pelo. Y tal vez fuera así. Pero lo que empezó siendo un chiste, pasó a ser una superstición, y acabó por convertirse en una creencia inamovible. Era... una fantasía flexible. Pero que acabó mal. Muy mal.

Todo estaba en silencio. Las sonrisas habían desaparecido de los labios de todos.

—Los Fornits tenían un aspecto muy divertido —continuó Henry—. Thorpe empezó a enviar su máquina de escribir con frecuencia a un taller de reparaciones mientras vivieron en Nueva York. Cuando se mudaron a Omaha, la máquina pasaba más tiempo en el taller que en su casa. Lo que hacía era alquilar una usada en el mismo taller mientras reparaban la suya. Después de la primera reparación, el taller le envió una carta con una factura por la limpieza de la máquina alquilada, además de la suya propia.

—¿Qué hacía con las máquinas? —preguntó la mujer del agente.

—Imagino qué —intervino Meg.

—Estaban llenas de migajas —respondió Henry—. Trocitos de pastel, de galletas, hasta restos de mantequilla había dentro. Reg les daba de comer a sus Fornits. Lo malo es que también puso alimentos en la máquina de alquiler, por si se hubieran mudado a ella.

—¡Vaya! —exclamó Paul.

—Como podréis suponer, yo no sabía nada de todo ello por entonces. De momento, le contesté, diciéndole que estaba muy satisfecho. Mi secretaria pasó la

carta a máquina y me la trajo para la firma, mientras ella salía a hacer no sé qué. La firmé y, sin razón alguna, hice debajo de la firma el mismo garabato que Reg había hecho en la suya, es decir, lo de la pirámide, el ojo y lo de *Fornit Some Fornus*. Era una verdadera memez. Cuando la secretaria lo vio, me preguntó cautelosamente si quería que la carta saliera tal como estaba. Me encogí de hombros y le dije que sí, que la echara al correo.

Dos días más tarde me llamó Jane Thorpe por teléfono. Me dijo que mi carta había alterado mucho a su marido. Reg creía haber encontrado un alma gemela... alguien que también creía en los Fornits. ¿Os dais cuenta del lío en que me estaba metiendo? Por lo que a mí respecta, en aquellos días, un Fornit era para mí lo mismo que un mono zurdo o un cuchillo polaco. Igual con la otra palabra, Fornus. Le dije a Jane que lo único que había hecho había sido copiar el dibujo de Thorpe. Me preguntó por qué lo había hecho. Evité darle una respuesta directa, aunque tendría que haberle dicho que estaba borracho como una cuba al escribir aquella carta.

Henry hizo una pausa. Un silencio incómodo se aposentó en el jardín. Nadie sabía qué cara poner. Empezaron a inspeccionar con verdadero interés el cielo, el lago, los árboles, que estaban exactamente igual que diez minutos antes.

—Había pasado bebiendo toda mi vida adulta. Realmente, no puedo decir en qué momento lo de la bebida empezó a salirse de control. En un sentido estrictamente clínico, sólo al final estuve completamente alcoholizado. Empezaba a beber con la comida del mediodía y volvía a la oficina dando tumbos. Aun así, funcionaba sin problemas. Después, cuando salía del trabajo, iba a beber a otros sitios. Al llegar a casa ya no controlaba mis movimientos.

»Mi mujer y yo teníamos problemas, como todas las parejas, pero la bebida los agravó muchísimo. Pasó mucho tiempo considerando si dejarme o no. Finalmente, una semana antes de que yo recibiera el relato de Thorpe, me abandonó.

Traté de adaptarme a mi nueva situación. Por si fuera poco, estaba en plena..., bueno, lo que ahora se llama la crisis de la mitad de la vida. Todo lo que sabía era que me sentía tan hundido en mi vida privada como en mi vida profesional. Me dominaba la idea de que publicar literatura de masas, de la que acaba en las antesalas de los dentistas y en las peluquerías, no era precisamente una ocupación muy noble. Además, me preocupaba mucho, lo mismo que al resto del personal de la revista, la posibilidad de encontrarme, en unos cuantos meses, tal vez no más de seis, en la calle.

En medio de este paisaje otoñal deprimente, me llega una buena historia de un escritor magnífico, una visión divertida, llena de hallazgos interesantes, del proceso de la locura. Fue como un rayo de sol en medio de aquellas negruras. Ya

sé que parece un poco extraño referirse en esos términos a una narración cuyo protagonista acaba asesinando a su mujer y a su hija, pero cualquier redactor sabe qué alegría proporciona un material semejante. Es como un inesperado regalo de Navidad. Mirad, todos conocéis el cuento de Shirley Jackson «La lotería». Termina con uno de los pasajes más deprimentes que se puedan imaginar. Quiero decir, aniquilan a una anciana a pedradas. Su hijo y su hija participan en el crimen... que ya está bien. Pero es una brillante pieza narrativa y estoy seguro de que el primer redactor que la leyó se fue aquella noche a casa más contento que unas pascuas.

»Lo que quiero decir es que la historia de Thorpe era lo mejor que me había ocurrido en bastante tiempo. Lo único bueno. Y, según me dijo su mujer por teléfono, el que yo hubiera aceptado el relato había sido lo mejor que le había ocurrido a él. La relación entre redactor y escritor reviste siempre ciertos rasgos de parasitismo, pero entre nosotros eso se elevaba hasta puntos inconcebibles.

—¿Y qué pasó con Jane Thorpe? —preguntó Meg.

—Ah, sí, casi la dejo de lado, ¿verdad?... Pues bien, al principio, le molestó que yo hubiera copiado el dibujito de los Fornits. Le dije que lo había hecho sin intención alguna y que, si me había excedido en algo, lo sentía mucho.

»Se le pasó el enfado y me lo explicó todo. Estaba cada vez más preocupada y no tenía a quién contárselo. Sus padres habían muerto, todos sus amigos estaban en Nueva York y Thorpe no quería que nadie entrase en su casa. Según decía, eran todos de la CIA, del FBI o de Hacienda. Poco después de trasladarse a Omaha, un día llamó a la puerta una niñita vendiendo galletas para las Girl Scouts. Reg le echó una bronca soberana, gritándole que hiciera el favor de largarse cuanto antes, que ya sabía qué estaba tramando, etcétera. Jane intentó hacerle entrar en razón. Le dijo que la niña no tenía más de diez años. La respuesta de Reg fue que la gente de Hacienda no tenía ni conciencia ni alma y que, además, la niña podía muy bien ser un androide y que los androides no estaban sujetos a las leyes laborales para niños. Según él, la gente de Hacienda era muy capaz de enviar Girl Scouts androides llenas de cristales de radio para averiguar si guardaba secretos y de paso, llenarle la casa de rayos cancerígenos.

—¡Vaya! —exclamó la mujer del agente.

—Jane había estado esperando un amigo, y yo fui el primero. Me explicó la anécdota de la niña. También lo de los Fornits, lo de la comida, su rechazo al teléfono. Me llamó desde una cabina pública, a cinco manzanas de su casa. Me dijo también que lo que más le preocupaba era que Reg no sólo temía a la CIA, al FBI y a Hacienda, sino, simplemente, a *ellos*, es decir, a un grupo de seres anónimos que odiaban a Reg y que le tenían celos y que no se detendrían ante nada para destruirlo. Y que, además, habían descubierto a su Fornit y lo querían

destruir junto con él. Y si su Fornit moría, no habría más novelas, ni más relatos, ni nada. ¿Comprendéis? Era la esencia misma de la demencia. *Ellos* no hacían más que perseguirlo. Al final, ya no eran ni siquiera los de Hacienda —con los que había tenido unos cuantos problemas al publicar *Imágenes del submundo*— los causantes de todo. Al final eran sólo *ellos*. La fantasía paranoica por excelencia. *Ellos* querían asesinar a su Fornit.

—¡Dios Santo! ¿Y tú qué le dijiste? —preguntó el agente.

—Traté de darle ánimos —contestó Henry—. Ahí me tenéis, después de una comida y cinco martinis, nada menos, hablando por teléfono con una mujer que me llama desde una cabina pública en Omaha, diciéndole que no debía preocuparle tanto el que su marido creyera que las niñas de diez años eran androides que lo espiaban para robarle sus secretos, ni el que su marido creyera que los teléfonos estaban llenos de radio, ni el que su marido hubiera desconectado su talento de la mente hasta el punto de creer que había un duende viviendo en su máquina de escribir.

»No creo haber sido muy convincente.

»Me pidió, no, me rogó que trabajara conjuntamente con Reg en su relato y que, por favor, intentara publicarlo. Me dijo todo lo que pudo, excepto que «El proyectil flexible» era el último punto de contacto entre Reg y lo que ridículamente llamamos «realidad».

»Le pregunté qué quería que hiciera si Reg me volvía a hablar del Fornit. «Sígale la corriente», me contestó. Fueron exactamente sus palabras: «Sígale la corriente». Y colgó.

»Al día siguiente recibí una carta de Reg, cinco páginas escritas a máquina, a un solo espacio. El primer párrafo se refería a la publicación de su historia. La segunda redacción seguía su curso sin problemas, me explicaba. Creía posible eliminar setecientas de las diez mil cinco palabras originales, reduciéndolas exactamente a nueve mil ocho.

»El resto de la carta hablaba tan sólo de los Fornits y de los Fornus. Sus propias observaciones y muchas preguntas, cientos de preguntas.

—¿Observaciones? —Paul se inclinó hacia delante—. ¿Es que los veía realmente?

—No —replicó Henry—. No es que los viera realmente, pero, en cierto sentido..., supongo que sí, que los veía. Hombre, ya sabéis que los astrónomos conocían la existencia de Plutón antes de que fuese visto, simplemente porque habían estudiado la órbita de Neptuno y percibían la influencia de otro planeta sobre ella. Pues bien, Reg veía a los Fornits de la misma manera. Según él, les gustaba comer por la noche y me preguntaba si yo había observado lo mismo. Les daba de comer durante todo el día, pero había notado que la comida desaparecía

hacia las ocho de la noche.

—¿Es que tenía alucinaciones? —preguntó Paul.

—No —contestó Henry—. Sucedió que su mujer limpiaba la máquina cada día mientras él se iba a dar una vuelta, por lo general alrededor de aquella hora.

—Me parece que la mujer era un poco inconsecuente al cargarte a ti toda la responsabilidad —intervino el agente, moviendo su corpulento esqueleto en la silla—. Ella alimentaba las fantasías del marido.

—Creo que no acabas de entender bien por qué me llamó y por qué estaba tan preocupada —contestó Henry lentamente—, pero estoy seguro de que tú sí lo entiendes, Meg —dijo, dirigiéndose a ella.

—Quizás —contestó Meg, mirando de reojo a Paul, un tanto incómoda—. No se había enfadado contigo porque le estuvieras siguiendo la corriente. Lo que verdaderamente temía era que la interrumpieses.

—¡Bravo! —exclamó Henry, encendiendo otro cigarrillo—. Precisamente por eso limpiaba la máquina cada día. Si la comida se hubiese acumulado en la máquina, Reg habría llegado a la conclusión lógica, dentro de su demencia, de que el Fornit se había ido o se había muerto. Es decir, si no había Fornit, no había Fornus. Lo que significaba que no habría más novelas, no podría seguir escribiendo... Sería el fin de todo.

Henry dejó morir sus palabras, contemplando las volutas de humo.

—Creía probable que los Fornits fuesen seres nocturnos —prosiguió—. No les gustaba el ruido. Por ejemplo, había notado que a él mismo le era imposible escribir después de una noche de juerga. Tampoco les gustaban la radio ni la tele, y odiaban la electricidad. Reg había vendido el televisor por veinte dólares y hacía tiempo que se había desprendido del reloj con la esfera radial. Seguía preguntándose cómo había llegado a mi conocimiento lo de los Fornits. ¿Acaso tenía uno en mi casa? Y si era así, ¿qué era lo que pensaba de esto, de aquello y de lo de más allá? Bueno, no me parece necesario abundar en esos detalles. En fin, ya sabéis lo que pasa cuando uno tiene un perro nuevo y empieza a pedir toda clase de información sobre alimentación, hábitos, enfermedades, etc. Pues era lo mismo. Y un garabato que yo mismo no llegaba a comprender, puesto debajo de mi firma, habría bastado para abrir la caja de Pandora.

—¿Qué le contestaste? —preguntó el agente.

—Es ahí donde realmente empezó el problema, tanto para él como para mí —respondió Henry lentamente—. Jane me había rogado que le siguiera la corriente, y eso fue lo que hice. Lamentablemente, me excedí. Contesté su carta en casa, completamente borracho. Mi apartamento tenía un aspecto desolado, triste, vacío. Había peste de humo frío por todas partes, los ceniceros llenos, el fregadero lleno de platos sucios, la funda del sofá hecha un guiñapo. En fin, ya os lo podéis

imaginar, desde la partida de Sandra, la casa era una pocilga. El hombre de mediana edad que nunca se ha enfrentado a los problemas domésticos.

»Así que allí estaba yo sentado, con el papel en la máquina, pensando: «Ojalá tuviera un Fornit. No uno, sino una docena y que me echaran Fornus por toda la casa, de cabo a rabo». Estaba tan borracho que envidiaba a Reg la suerte de contar con aquellos seres maravillosos.

»Le contesté que yo también tenía un Fornit, como es natural. Y que el mío se parecía bastante al suyo. Era nocturno. Odiaba los ruidos, pero parecía adorar a Bach y a Brahms... escribía mejor después de escucharlos un rato por la noche, le dije. Le expliqué que mi Fornit se volvía loco por la mortadela... que si él lo había probado. Dejaba siempre trocitos, por la noche, junto a mi portátil, y por la mañana habían desaparecido. A menos, como él mismo decía, que hubiera habido mucho ruido la noche anterior. Le agradecí también sus explicaciones sobre el radio, aunque hacía mucho tiempo que yo tampoco tenía reloj de esfera luminosa. También le dije que mi Fornit había vivido conmigo desde mi salida de la universidad. En fin, me entusiasmé tanto con aquella historia que le escribí casi seis páginas. Al final añadí algo sobre su novela, en tono más bien oficial, pero muy breve, y firmé la carta.

—Y debajo de la firma... —dijo Meg.

—Pues claro. *Fornit Some Fornus* —hizo una pausa—. Ahora no podéis verme, porque estamos casi a oscuras, pero tengo la cara roja de vergüenza. Estaba tan borracho, tan *destrozado*... Tal vez si hubiera dejado pasar un par de horas, por la mañana habría destruido la carta, pero no fue así.

—¿La echaste al correo enseguida? —preguntó Paul.

—Así es. Durante una semana y media esperé contestación, rogando a Dios que no hubiese complicado las cosas aún más. Un día recibí el cuento, dirigido a mí, sin carta adjunta. Había hecho los cortes de los que habíamos hablado y el relato era perfecto, aunque el manuscrito... tuve que llevármelo a casa y copiarlo íntegro. Estaba cubierto de unas manchas amarillas rarísimas... Pensé...

—¿Que eran manchas de orina? —preguntó Meg.

—Eso fue precisamente lo que pensé. Pero no era eso. Al llegar a casa, me encontré con una carta de Reg. Esta vez, nada menos que diez páginas. Entre otras cosas, me explicaba lo de las manchas. Imaginaos, me dijo que no había conseguido encontrar mortadela italiana, pero que había descubierto que a su Fornit le gustaba realmente la salchicha con mostaza.

»Aquel día apenas había probado una copa. Pero aquellas páginas con las manchas de mostaza y toda aquella carta me dieron ganas de empezar a beber otra vez. No podía contenerme, de manera que me emborraché como una cuba.

—¿Y qué más decía la carta? —preguntó la mujer del agente.

Estaba cada vez más fascinada con aquella historia, inclinada sobre un vientre bastante desarrollado, que le recordaba a Meg los dibujos de Snoopy.

—Sólo dos líneas sobre la novela. Toda la carta se refería al Fornit... y a mí. Lo de la salchicha había sido una excelente idea, según él. Rackne la adoraba y, a consecuencia...

—¿Rackne? —preguntó Paul.

—Era el nombre del Fornit —contestó Henry—. Rackne. A consecuencia de la salchicha, Rackne se había retrasado un poco. El resto de la carta era un verdadero delirio paranoico, nunca habréis leído nada semejante.

—Reg y Rackne... un buen matrimonio —comentó Meg, riendo, nerviosa.

—Nada de eso —respondió Henry—. Su relación era estrictamente laboral. Además, Rackne era de sexo masculino.

—Bueno, cuéntenos más sobre la carta.

—Es una de las que no recuerdo de memoria. Lo que, en el fondo, es mejor para vosotros, porque a veces la extravagancia llega a aburrir si es reiterativa. En fin, el cartero era de la CIA, el repartidor de periódicos del FBI, Reg había llegado a vislumbrar un revólver entre los diarios. Sus vecinos eran espías y tenían un equipo electrónico de vigilancia en la furgoneta. Ni siquiera se atrevía a ir a la tienda de la esquina porque el propietario era un androide. Hasta entonces, sólo lo había sospechado, pero ahora estaba absolutamente seguro porque un día, mientras le despachaba, había visto los cables que cruzaban bajo la piel de la calva. Por si fuera poco, la cantidad de radio en la casa no paraba de crecer. Una noche llegó a ver una luz fosforescente verde en las habitaciones.

»Acababa la carta diciendo: «Espero que me contestes enseguida y me digas cuál es tu situación y la de tu Fornit en lo que concierne a los *enemigos*, Henry. Creo que el habernos conocido está más allá de la mera coincidencia. Supongo que es un salvavidas que me ha enviado Dios, o la Providencia, o el Destino, o lo que sea, precisamente en el último momento, cuando ya empezaba a desesperar.

»«Un hombre no puede luchar solo contra miles de *enemigos* durante mucho tiempo. Y descubrir, de pronto, que uno *no* está solo... ¿Acaso sea excesivo afirmar que es lo común de nuestras experiencias lo que me salva de la destrucción final? Tal vez no. Pero tengo que saber: ¿están tus *enemigos* tratando de destruir tu Fornit como a Rackne? Si es así, ¿qué haces contra ellos? Y, si no, ¿tienes alguna idea de *por qué no*? Repito, *tengo que saberlo*».

»La carta iba firmada con aquel garabato del FORNIT SOME FORNUS y después, una posdata. Solamente una frase. Pero letal. Decía: «A veces, dudo hasta de mi mujer».

»Leí la carta de cabo a rabo tres veces, por lo menos, mientras me bebía una botella de *whisky*. Estuve pensando durante mucho rato en cómo contestarla. Era

evidente que se trataba del pedido de auxilio de un hombre al borde de la caída. El relato le había servido de apoyo durante algún tiempo, pero ahora lo había terminado y lo único que aún le sostenía era yo. Algo perfectamente irrazonable. Me lo había buscado.

»Empecé a pasearme por todo el apartamento, por las habitaciones vacías, desenchufándolo todo. Recordad que estaba completamente borracho y que se puede esperar lo más inimaginable de un borracho. Por eso los editores, al igual que los abogados, necesitan dos o tres martinis antes de discutir un contrato en una comida.

El agente lanzó una carcajada, pero el ambiente siguió siendo incómodo, tenso.

—No olvidéis que Reg Thorpe era un escritor genial. Estaba absolutamente convencido de todo lo que me escribía. Lo de la CIA, lo del FBI, lo de Hacienda... *Ellos. Los enemigos.* Algunos escritores poseen un don único: son capaces de escribir tanto más fríamente cuanto más les apasiona el tema. Era el don de Hemingway y de Steinbeck, y Reg Thorpe lo tenía. Si te deslizabas dentro de su mundo, acababas por aceptar su propia lógica, por particular que fuese. Al final, pensabas como él. Llegabas a aceptar lo del Fornit y que el chico de los periódicos se paseaba con un revólver, o que sus vecinos, los de la furgoneta, eran en realidad agentes del KGB con cápsulas de cianuro en los dientes y en misión especial suicida para capturar a Rackne.

»Claro que yo no aceptaba lo del Fornit, pero me era difícil pensar con claridad y acabé por desenchufarlo todo. Primero, la tele, porque todo el mundo sabe que, efectivamente, emite radiaciones. Una vez publicamos un artículo en *Logan's* según el cual —y lo había escrito un científico digno de todo crédito— las radiaciones emitidas por un televisor casero alteraban las ondas cerebrales de manera infinitesimal, pero permanente.

»El autor del artículo alegaba que tal vez ésa fuera la razón por la que el nivel de educación en este país estaba en franca decadencia, ya que, después de todo, ¿quién pasa más tiempo delante de un televisor que un niño?

»Así que desenchufé la tele y tuve la impresión de verlo todo un poco más claro. De hecho, lo veía todo tan claro, que continué desenchufando todo lo que estuviera conectado a la red. La radio, la tostadora, la lavadora, la secadora, el horno microondas... Aquel horno era uno de los primeros del mercado y era grande como un ropero. En verdad, desenchufarlo me tranquilizó muchísimo. Actualmente parecen mucho más seguros.

»Pensé en la cantidad de cosas enchufadas que hay en una casa de clase media. Era una especie de pulpo, con todos aquellos enchufes, todos aquellos cables conectados a otros cables exteriores y éstos a unas grandes centrales,

controladas a su vez por el gobierno.

»Curiosamente, obedecía a una doble idea al hacer todo aquello —continuó Henry, bebiendo un sorbo de su refresco—. Básicamente, respondía a un impulso supersticioso. Hay muchísima gente que no pasa por debajo de una escalera ni abre el paraguas en casa. Hay jugadores de baloncesto que se persignan cada vez que intentan un enceste y jugadores de béisbol que se cambian de calcetines cuando les falla el juego. Creo que es la mente racional cantando a dúo con la fuerza irracional del cerebro. Si tuviese que definir el subconsciente irracional, diría que es una pequeña habitación forrada en nuestro interior, con un único mueble: una mesita con un revólver, cargado con proyectiles flexibles.

»Cada vez que se da un rodeo para no pasar por debajo de una escalera o se sale de casa con el paraguas cerrado en medio de la lluvia, se desnuda la parte irracional del cerebro de toda protección y se entra en la habitación del revólver para tomarlo en las manos. Puede que se tengan dos ideas al mismo tiempo. Por ejemplo: «Pasar debajo de una escalera no es peligroso». «No pasar debajo de una escalera tampoco es peligroso». Pero en cuanto dejas atrás la escalera o el paraguas abierto, vuelves a ser el mismo.

—Es muy interesante —interrumpió Paul—. Explícame un poco más, si no te importa. ¿En qué punto deja la mente irracional de jugar con la pistola para apuntar directamente a la sien y disparar?

—Cuando la persona en cuestión empieza a escribir cartas a todos los diarios —contestó Henry— diciendo que hay que eliminar todas las escaleras, porque es peligroso pasar por debajo de ellas.

Hubo una carcajada general.

—Es más, creo que el yo irracional dispara el proyectil flexible al cerebro cuando esa persona va por todas partes tirando escaleras al suelo o peleándose con la gente por la misma causa, o hiriendo a los que trabajan en ellas. Puedes dar un rodeo antes que pasar bajo una escalera. Puedes incluso escribir una carta al periódico diciendo que la ciudad de Nueva York está en bancarrota por culpa de toda la gente que pasa insensiblemente bajo escaleras. Pero lo que no puedes hacer es ir por la calle derribando todas las escaleras que veas.

—Porque tienes público —murmuró el escritor.

—¿Sabes? Tal vez tengas razón a este respecto, Henry —dijo el agente—. A mí, por ejemplo, no me gusta encender tres cigarrillos con una misma cerilla. No recuerdo cuándo adquirí esa costumbre, pero hace ya mucho. Luego leí no sé dónde que es una superstición nacida en la primera guerra mundial. Se decía que los alemanes mataban a un inglés cuando tres soldados encendían un cigarrillo con la misma cerilla. El primero les permite calcular la distancia. El segundo, la dirección del viento. Al tercero le volaban la cabeza de un tiro. Pues muy bien, a

pesar de todo ello, no puedo, aunque quiera, encender tres cigarrillos con el mismo fuego. Una parte de mi cabeza me dice que no tiene la menor importancia, incluso si quiero encender doscientos, pero otra parte —mi Boris Karloff interior — dice: «¡UUUUUUHHHHHH, cuidadoooooo!».

—Pero la demencia no tiene nada que ver con las supersticiones, ¿no es así? —preguntó Meg.

—Ah, ¿no? —replicó Henry—. Juana de Arco oía voces celestiales. Otra gente se cree poseída por el demonio. Otros ven duendes... o diablos... o Fornits. Los términos que se utilizan para definir la demencia sugieren superstición de una forma u otra. Manías..., anormalidad..., irracionalidad..., lunatismo..., locura... Para el loco, la realidad es oblicua. La personalidad se recompone en la habitación con la pistola.

»La parte racional de mi cerebro funcionaba mal, estaba herida, dañada, pero seguía en su sitio, a pesar de todo, diciendo: «Bueno, no importa. Mañana, cuando estés sobrio, puedes volver a enchufarlo todo, gracias a Dios. Si es eso lo que deseas ahora, puedes jugar un poquito, mientras no vayas más lejos».

»Pero la voz racional tenía mucha razón en asustarse. A todos nos atrae la locura. Todos hemos sentido la loca tentación de saltar al mirar al vacío desde un edificio muy alto, o desde un acantilado. Y quien se ha apuntado a la cabeza con una pistola cargada...

—¡Oh, por favor! —exclamó Meg.

—De acuerdo —prosiguió Henry—. Lo único que quiero decir es: hasta la persona más razonable está unida a su racionalidad por un finísimo hilo. Estoy realmente convencido de ello. Los circuitos racionales en el animal humano son sumamente endebles.

»Después de desenchufarlo todo, le escribí una carta a Reg en mi estudio, la metí en un sobre y la eché al correo. En realidad, no recuerdo haber hecho nada. Estaba tan borracho... Pero supongo que es eso lo que hice, porque, al día siguiente, tenía la copia de la carta junto a la máquina, con los sobres y los sellos. La carta, como era de esperar, era la de un borracho. En resumen, venía a decirle que a los enemigos les atraía la electricidad tanto como los Fornits, y que si desenchufaba todo lo eléctrico, los enemigos desaparecerían. Al final, añadí: «La electricidad está fastidiando tus ondas mentales, Reg. ¿Por casualidad tienes una batidora en casa?».

—De hecho, tú también estabas empezando a escribir cartas a los periódicos —intervino Paul.

—Sí. Escribí la carta un viernes por la noche. A la mañana siguiente me levanté sobre las once, con sólo una vaga idea de las tonterías que había cometido la noche anterior. Sufrí una vergüenza infinita al volver a enchufar todos los

aparatos. Pero más vergüenza me dio ver lo que había escrito a Reg. Empecé a buscar por toda la casa, con la absurda esperanza de no haber echado la carta al correo. Pero no apareció. Me pasé el resto del día haciendo propósitos de enmienda. No era posible...

»El miércoles siguiente recibí una carta de Reg. Una de las páginas estaba escrita a mano, toda ella llena de *Fornit Some Fornus*. Y en el centro, tan sólo: «Tenías razón. Gracias. Gracias. Gracias. Reg. Tenías razón. Reg. Todo está bien ahora. Reg. Muchas gracias. Reg. Fornit también está bien. Reg. Gracias. Reg».

—¡Qué miedo! —dijo Meg.

—Supongo que la mujer estaría hecha un basilisco —intervino la esposa del agente.

—Pues no. Porque funcionó.

—¿Funcionó? —preguntó el agente.

—Recibió mi carta el lunes por la mañana. El mismo lunes por la tarde fue a la compañía de electricidad para darse de baja. Jane, por supuesto, se puso histérica. En la casa había infinidad de cosas eléctricas. No sólo tenía una batidora, sino también una máquina de coser, una lavadora, una secadora... en fin, todo lo que hay en una casa normal. Estoy seguro de que aquel día, Jane hubiera querido ver mi cabeza en una bandeja.

»Pero fue la conducta de Reg lo que la impulsó a creer que yo era un maravilloso remedio para su marido, y no otro chalado. Reg la hizo sentar en el salón y le habló de la manera más racional del mundo. Le dijo que era consciente de que se había comportado de una manera bastante rara, que sabía que estaba muy preocupada, que se sentía mucho mejor sin electricidad en la casa y que le ayudaría en todo lo necesario para superar los inconvenientes que eso acarrearía. Y que, además, quería ir a la casa de al lado para saludar a aquellos chicos y charlar con ellos un rato.

—¿Los del KGB con el radio en la furgoneta? —preguntó Paul.

—Exactamente. Jane no cabía en sí de asombro. Le dijo que sí, que de acuerdo, aunque me confesó más tarde que se había preparado mentalmente para la peor de las escenas. Temía que hubiera acusaciones, amenazas, histeria... Consideraba ya la posibilidad de abandonar a su marido si las cosas no mejoraban. El miércoles por la mañana me dijo por teléfono que se había hecho una promesa a sí misma. Aquello de la electricidad era la gota de agua que había estado a punto de rebasar el vaso. Una sola cosa más y se volvía corriendo a Nueva York. Además, tenía miedo, como comprenderéis. La situación había ido empeorando poco a poco, muy lentamente, pero aún para ella, que estaba realmente enamorada de su marido, aquello iba demasiado lejos. Decidió largarse si Reg les decía la menor inconveniencia a aquellos chicos. Mucho más tarde supe

que, por aquellas fechas, ya había averiguado cómo divorciarse sin consentimiento del cónyuge en Nebraska.

—¡Pobre mujer! —murmuró Meg.

—Pero todo fue como una seda —prosiguió Henry—. Reg estuvo más encantador que nunca... y, según Jane, cuando quería, era literalmente irresistible. Es más, hacía casi tres años que no lo veía de aquel talante. Había desaparecido la actitud doliente, furtiva, así como también los tics nerviosos, los sobresaltos que tenía cada vez que se abría una puerta. Se tomó una cerveza con los chicos y estuvo hablando de todos los tópicos de que se hablaba en aquel tiempo, que si la guerra, que si las manifestaciones, que si un ejército voluntario, que si las leyes sobre la marihuana...

»Cuando descubrieron en la conversación que era el autor de *Imágenes del submundo*, se quedaron viendo visiones, dijo Jane. Tres de ellos lo habían leído ya y el cuarto se lo fue a comprar aquella misma noche.

Paul sonrió, asintiendo. Sabía muy bien de qué hablaba Henry.

—Así que —siguió Henry— vamos a dejar a Reg Thorpe y a su mujer por un rato, sin electricidad, pero más felices que nunca...

—Menos mal que su máquina de escribir no era eléctrica —comentó el agente.

... y volvamos al redactor —dijo Henry, haciendo caso omiso del comentario—. Pasaron un par de semanas. El verano llegaba a su fin. El redactor, por supuesto, seguía emborrachándose hasta caer al suelo con más frecuencia de la necesaria, pero se las arreglaba para mantener un exterior bastante respetable. Pasaron los días. En Cabo Kennedy se disponían a enviar un hombre a la Luna. El nuevo número de *Logan's*, con John Lindsay en portada, estaba en todos los quioscos y se vendía tan mal como siempre. Yo había iniciado en el despacho las gestiones necesarias para la compra de un relato titulado «*La balada del proyectil flexible*», derechos sobre primera edición, para publicar en enero de 1970, a un precio de 800 dólares, que era lo que la revista pagaba por una historia de primera calidad.

»En eso estábamos cuando un día me llamó mi jefe, Jim Dohegan. Si podía pasar por su despacho. A las diez de la mañana estaba allí, sintiéndome mejor que nunca y con un aspecto, creo yo, bastante aceptable. Sólo más tarde me di cuenta de que no había visto a Jane Morrison, su secretaria.

»Me senté y le pregunté qué podía hacer por él o viceversa. No diré que no tuviera a Reg Thorpe en la cabeza. Yo estaba firmemente convencido de que el relato era sensacional y esperaba que me felicitaran. Ya os podéis imaginar el chasco que me llevé cuando Jim puso ante mí, sobre la mesa, dos obras rechazadas: el cuento de Reg y un relato largo de John Updike programado para el

número siguiente. En los dos sobres se leía DEVUÉLVASE.

»Miré las obras rechazadas, miré a Jim, miré otra vez las obras rechazadas... No entendía. Mi cerebro se resistía a admitir lo evidente. Miré a mi alrededor y vi un calentador que la secretaria de Jim encendía cada mañana para hacer café. Hacía años que estaba allí pero yo pensé en aquel momento: *si ese cacharro no estuviera enchufado, no tendría problema alguno para poder poner orden en mis ideas. Sé perfectamente que si eso estuviera desenchufado entendería lo que ocurre.*

—¿Qué sucede, Jimmy? —le pregunté.

—No sabes cuánto siento tener que decírtelo precisamente yo, Henry —contestó Jim—. *Logan's* dejará de publicar obras de ficción en diciembre de 1969.

Henry hizo una pausa, buscando otro cigarrillo, pero el paquete estaba vacío.

—¿Alguien tiene un cigarrillo?

Meg le ofreció uno mentolado.

—Gracias, Meg.

Henry lo encendió, apagó la cerilla y aspiró profundamente. La brasa brilló un instante en la oscuridad.

—Bueno —siguió—. Le dije a Jim: «¿Te importa?», me acerqué al calentador y lo desenchufé. Por la forma en que me miró me di perfecta cuenta de que pensaba que yo estaba loco de remate.

»Sólo abrió la boca para decirme:

—Pero ¿qué haces, Henry?

—No puedo pensar cuando hay cosas enchufadas. Interferencias —contesté.

»En realidad, así me lo parecía, porque, con el aparato desenchufado vi la situación con mucha más claridad.

—¿Quieres decir que me quedaré en la calle? —le pregunté.

—No lo sé —contestó—. Depende de Sam y del consejo. Realmente no lo sé, Henry.

»Podía haber dicho muchas cosas. Supongo que Jimmy esperaba una apasionada defensa de mi puesto. De repente, me encontré desnudo... era jefe de un departamento que había dejado de existir.

»Pero no defendí mi causa ni la existencia de mi sección. Sólo le rogué que publicara el relato de Reg Thorpe. Primero propuse adelantar la fecha y publicarlo en diciembre.

—¡Venga, hombre! —contestó Jimmy—. Ya sabes que el número de diciembre está cerrado. Y esa historia tiene casi diez mil palabras.

—Nueve mil ocho —rectifiqué.

—Una ilustración a toda página —insistió—. Imposible.

—Bien, eliminemos la ilustración —dije—. Escucha, Jimmy, es el mejor

relato que hemos recibido en cinco años.

—Ya lo sé, lo he leído —contestó Jimmy—, pero no podemos publicarlo en diciembre. Es Navidad, por Dios, Henry. ¿Quieres publicar la historia de un hombre que mata a su mujer y a su hija cuando todo el mundo está reunido alrededor de un árbol de Navidad? Debes de estar...

»Jimmy se interrumpió, pero vi cómo miraba el calentador. Hubiese dado lo mismo que lo dijese en voz alta.

Paul asintió lentamente, sin apartar los ojos del rostro en sombras de Henry.

—Me empezó a doler la cabeza. Al principio, sólo un poco. Volvía a pensar con dificultad. Recordé que Janey Morrison tenía un afilador de lápices eléctrico en su mesa. Además, todas aquellas luces fluorescentes en el techo, y los calefactores, y las máquinas de refrescos en el pasillo. Todo el maldito edificio se movía en base a electricidad y nadie hacía nada. Fue entonces cuando se me ocurrió que *Logan's* se hundía porque nadie podía pensar correctamente. Estábamos presos en aquel inmenso rascacielos lleno de electricidad. Nuestras ondas mentales estaban absolutamente podridas. Recuerdo haber pensado que, de presentarse allí un médico con un electroencefalógrafo, hubiese obtenido las gráficas más raras del mundo. Llenas de esas enormes alfas agudas que caracterizan los tumores cerebrales.

»Me bastó pensar en ello para que el dolor de cabeza arreciara. Pero decidí intentarlo una vez más. Le pedí que intercediera ante Sam Vadar, el redactor en jefe, para que la historia apareciera en el mes de enero. Como una especie de despedida de la sección literaria de *Logan's*, si fuera preciso. El último cuento de la revista.

»Jimmy asentía con la cabeza, sin dejar de jugar con un lápiz.

—Bueno, lo intentaré, pero sabes que no servirá de nada. Tenemos un cuento de un escritor novel y otro de John Updike, que es tan bueno, si no mejor que el de Thorpe...

—¡*El cuento de Updike no es mejor que el de Thorpe!* —protesté.

—¡*Jesús! Henry, no tienes por qué gritar* —me dijo.

—¡*No estoy gritando!* —grité.

»Jimmy me miró fijamente. Mi dolor de cabeza se hacía más agudo. Tenía el zumbido de los fluorescentes metido en el cerebro como un puñado de moscas atrapadas en una botella. Era un sonido realmente odioso. Y hasta creí oír a su secretaria afilando un lápiz en la maquinilla eléctrica. «Lo están haciendo a propósito. Saben que soy incapaz de pensar correctamente con todo eso enchufado. Así que..., así que...», me dije. Jim me hablaba de algo relativo a la reconsideración del tema en el siguiente consejo de redacción, tal vez la propuesta de no eliminar la sección literaria de golpe y dejar, en cambio, que se agotara por

sí misma, con la publicación de las narraciones pendientes.

»Me levanté, sin escucharle, y apagué las luces.

—¿Por qué apagas las luces? —preguntó Jimmy.

—Ya sabes por qué, Jimmy —contesté—. Tú mismo tendrías que salir corriendo de aquí antes de que te hicieran añicos.

Jim se levantó y vino hacia mí.

—Creo que deberías irte a casa, Henry —dijo—. Vete a casa y descansa. Sé que últimamente has tenido problemas. No te preocupes, haré cuanto esté en mis manos. Estoy completamente de acuerdo contigo... bueno, casi completamente de acuerdo. Pero insisto en que te marches a casa, te echas, pongas los pies en alto, mires un poco la tele...

—¡Tele! —exclamé. No pude contener la carcajada. Era una de las cosas más divertidas que había oído en mi vida—. Mira, Jimmy. Ve a ver a Sam Vadar y dile otra cosa.

—¿Qué quieres que le diga, Henry?

—Dile que necesita un Fornit. Toda la compañía necesita un Fornit. ¿Qué estoy diciendo...? ¡Cientos de Fornits!

—Un Fornit... —contestó Jimmy, asintiendo—. Muy bien, de acuerdo. No te preocupes, le diré que necesita un Fornit.

»El dolor de cabeza me ocasionaba problemas de visión. En alguna parte de mi cerebro me preguntaba cómo iba a decirle a Reg que su cuento no se publicaría y cómo se lo tomaría.

—Yo mismo firmaré la orden de compra si averiguo dónde adquirir un Fornit —dije—. Tal vez Reg me pueda informar dónde. No menos de una docena, sí, una docena de Fornits y que echen Fornus por toda la oficina, sin dejar el más mínimo resquicio. Ah, y apagar la luz. Odio la electricidad —empecé a dar vueltas por la oficina, mientras Jim me contemplaba con la boca abierta, atónito—. Hay que desconectar toda la electricidad, Jimmy, diles eso. Díselo a Sam. Nadie puede pensar correctamente con todas estas interferencias eléctricas, ¿es que no lo ves?

—Tienes toda la razón, Henry, toda la razón —dijo Jim—. Ahora, creo que sería mejor que te fueras a casa y descansaras un poco. Intenta dormir un rato, o algo.

—Además, a los Fornits no les gustan todas estas interferencias —proseguí—. Que si la radio, que si la electricidad... todo esto les sienta fatal. Hay que darles mortadela, pasteles y mantequilla. ¿Podemos dar la orden de compra de todo eso?

»El dolor de cabeza era como una enorme bola pesada y negra encima de la nuca. Veía dos Jimmys, dos de todo. De pronto, sentía una tremenda necesidad de un trago. Si no había Fornus, y la parte racional de mi cerebro me decía que no lo

había, entonces, lo único que me proporcionaría cierto bienestar era algo de beber.

—Claro que podemos dar una orden de compra —dijo Jimmy.

—No crees ni media palabra de lo que estoy diciendo, ¿verdad, Jimmy? —le espeté.

—Claro que sí. Y estoy completamente de acuerdo. Lo que tienes que hacer es irte a casa y descansar un poco.

—No lo crees ahora —contesté—. Pero quizá lo hagas cuando todo esto se derrumbe. ¿Cómo puedes suponer, por el amor de Dios, que tus decisiones son racionales cuando tienes a menos de cincuenta metros un montón de máquinas de venta de coca-cola, máquinas de venta de bocadillos, máquinas de venta de toda clase de tonterías? —Para colmo, se me ocurrió algo terrible—. ¡Y hasta un horno microondas! *¡Tenéis hasta un horno microondas para calentar los bocadillos!*

»Jimmy empezó a decir algo, pero no le hice caso. Me marché. Convencido de que el horno microondas lo explicaba todo. Era eso lo que me producía dolor de cabeza. Recuerdo haber visto a Janey y Kate Junger, del departamento comercial, y Mert Strong, del de publicidad, que me miraban. Debían de haberme oído gritar.

»Mi despacho estaba en el piso inferior. Bajé corriendo por las escaleras, entré en él, apagué todas las luces y agarré mi cartera. Después tomé el ascensor hasta el vestíbulo. Durante el trayecto, me puse la cartera entre los pies y me tapé los oídos. En el ascensor bajaban otras cuatro personas, que me miraron como se debe de mirar a un marciano...

Henry sonrió secamente.

—Estaban asustados, por así decir. Vosotros también lo hubierais estado, atrapados en una cajita en movimiento, con un tío evidentemente loco.

—Hombre, no es una situación sencilla —comentó la mujer del agente.

—En absoluto. La locura tiene que empezar en *algún momento*. Y si esta historia versa sobre *algo* —suponiendo que los acontecimientos en la vida de un individuo tengan algún significado— es precisamente sobre la génesis de la locura. La locura debe iniciarse en algún punto e ir hacia algún otro. Como una carretera. O la bala expulsada de la recámara de una pistola. Yo estaba todavía a años luz de Reg Thorpe, pero en el mismo camino.

»No sabía dónde ir, de manera que me dirigí a un bar llamado Los Cuatro Padres, en la calle cuarenta y nueve. Recuerdo perfectamente que elegí aquel bar porque no tenía televisión, ni tocadiscos, ni demasiadas luces. Recuerdo también haber pedido la primera copa. Después, no recuerdo nada más hasta la mañana siguiente, cuando me desperté. Había vomitado en la alfombra y encontré un agujero en la sábana, producido por un cigarrillo. En mi estupor, me percaté de que había estado a punto de morir de dos interesantes maneras: asfixiado o quemado. Aunque, en honor a la verdad, lo más probable es que no me hubiese

dado cuenta de ninguna de las dos.

—¡Jesús! —dijo el agente, con respeto.

—Había sufrido una especie de apagón mental. Era el primero en mi vida. Pero siempre hay una señal al final del túnel, y nunca son muchos. Pero un alcohólico sabe muy bien que no es lo mismo que *desmayarse*, por ejemplo. Si así fuese, habría muchos menos problemas. No, cuando un alcohólico tiene un apagón, continúa *haciendo* cosas. Un alcohólico que sufre un apagón es como un diablillo trabajador, una especie de Fornit maligno. Puede hacer muchísimas cosas, como llamar a su mujer al trabajo y ponerla de vuelta y media, o conducir por la izquierda en una autopista y pegársela contra un autocar lleno de niños. Puede irse del trabajo o robar en una tienda o regalar su alianza de matrimonio. Son como diablillos que trabajan afanosamente sin cesar.

»Lo que hice en aquella ocasión, aparentemente, fue irme a casa y escribir una carta. Sólo que esta vez no iba dirigida a Reg, sino a mí mismo. Y *no fui yo mismo* quien la escribió, para ser exactos.

—¿Quién la escribió? —preguntó Meg.

—Bellis.

—¿Quién es Bellis?

—Su Fornit —intervino Paul, con aire ausente. Sus ojos brillaban en la sombra, mirando a lo lejos.

—Exactamente —dijo Henry, sin el menor asomo de sorpresa. Volvió a recrear la carta en el dulce aire de la noche para sus amigos, marcando los puntos y aparte con los dedos.

»«Bellis te dice hola. Siento muchísimo que tengas tantos problemas, amigo mío, pero quiero decirte para empezar que no eres el único que los tiene. No es una tarea fácil para mí. Si lo deseas, puedo echarle Fornus a tu máquina de escribir de aquí a la eternidad, pero darle a las TECLAS es trabajo tuyo, no mío. Dios creó a la gente precisamente para ESO. Así que siento algo de compasión por ti, pero sólo algo.

»«Comprendo que estés preocupado por Reg Thorpe. Pero a mí no me quita el sueño, porque el encargado de protegerle es mi hermano Rackne. Thorpe está muy nervioso porque teme que Jane lo deje, pero es que es muy egoísta. Es la maldición del escritor: son todos unos malditos egoístas. A Thorpe no le preocupa en absoluto lo que será de Rackne si él se va. O si se convierte en un *bonzo seco*. Por lo visto, nunca se le ha pasado por la cabeza, tan inteligente, tan sensible. Pero, afortunadamente para todos nosotros, esos problemas tienen una solución muy fácil, por eso te tiendo mis pequeños brazos y te la brindo, mi borracho amigo. Tal vez lo que a TI te preocupe sean las consecuencias a largo plazo, pero te aseguro que no las hay. Todas las heridas son mortales. Toma lo que te es dado.

A veces, te encuentras con un nudo en la cuerda, pero la cuerda siempre tiene un final. ¿Y qué? Bendice el nudo y no malgastes palabras maldiciendo la caída. Un corazón agradecido sabe que, al final, nos columpiamos todos.

»«Debes pagarle a Reg el cuento tú mismo. Pero no con un cheque personal. Reg tiene problemas mentales bastante graves y quizás peligrosos, pero no es un estúpido. —Henry se detuvo y deletreó, e-s-t-ú-p-i-d-o. Luego, prosiguió—. Si le das un cheque personal se dará cuenta del juego en nueve segundos.

»«Retira ochocientos dólares de tu cuenta privada y abre otra cuenta a nombre de Arvin Publishing Inc. Asegúrate de que el banco donde la abras te proporcione cheques que parezcan realmente profesionales, nada de fotos de perritos ni vistas del Mediterráneo. Busca un amigo, alguien de tu confianza, y autoriza su firma en tu cuenta. Cuando te remitan el talonario, haz firmar a tu amigo un cheque por ochocientos dólares. Después, se lo envías a Reg por correo. De momento, estarás a salvo».

»Acababa así. Iba firmada por Bellis. No con una holografía, sino en letra de imprenta.

—¡Jo...! —exclamó Paul de nuevo.

—Cuando me levanté de la cama, lo primero que vi fue la máquina de escribir. Parecía que alguien la hubiese empleado como máquina fantasma en una película de tercera. La noche anterior era una máquina de oficina, negra, una Underwood, pero cuando me levanté (con una cabeza de las dimensiones de Dakota del Norte) era de un color próximo al gris. Las últimas frases estaban mal escritas y borrosas. Miré la carta y me dije que mi máquina estaba dando sus últimas boqueadas. Pasé un dedo por ella y me lo llevé a la boca. Después fui a la cocina. Sobre el mostrador había un paquete de azúcar abierto y una cucharilla. Había un reguero de azúcar entre la cocina y el estudio.

—Alimentando a tu Fornit —comentó Paul—. Bellis era un goloso, o a ti te lo parecía.

Henry empezó a contar con los dedos.

—Primero, Bellis era el apellido de mi madre. Segundo, lo del *bonzo seco*: era una expresión familiar que mi hermano y yo empleábamos de niños y nos servía para decir de alguien que estaba loco.

»Tercero, y eso era lo peor, la manera de escribir la palabra estúpido. Es una de esas palabras en las que siempre me equivoco. Una vez conocí un escritor, asombrosamente culto, que, invariablemente, escribía *nebera*, con b, a pesar de las veces que le había corregido todo el personal de la oficina. Y para otro, doctorado en Princeton, horrendo siempre era *orrendo*.

Meg soltó una carcajada alegre y avergonzada a la vez.

—A mí también me pasa.

—Lo que quiero decir —prosiguió Henry— es que las faltas de ortografía en un escritor son como sus huellas digitales literarias. Se lo podéis preguntar a cualquier corrector que haya revisado varios originales de un mismo autor.

»No, Bellis era yo, y yo era Bellis. A pesar de todo, el consejo era magnífico. Pero había algo más. El subconsciente también deja sus huellas, aunque, en el fondo, hay también un desconocido. Un tipo raro que sabe mucho. Nunca en mi vida había visto la palabra cofirmante... pero allí estaba. Un día me enteré de que realmente existía y de que los bancos la usaban regularmente.

»Tomé el teléfono para llamar a un amigo y una oleada de dolor me atravesó la cabeza. Pensé en Reg y en la historia de los teléfonos llenos de cristales de radio, y colgué en un segundo. Me duché, me afeité, me vestí lo mejor que pude y me miré al espejo nueve veces antes de salir; quería asegurarme de que mi aspecto era el de una persona normal. Después me fui a ver a mi amigo. A pesar de mis precauciones, el tipo no dejaba de observarme y de hacerme toda clase de preguntas capciosas. Supongo que hay cosas que una buena ducha, un perfecto afeitado y unas gárgaras interminables con Listerine no pueden borrar. Mi amigo trabajaba en un campo diferente del mío, lo cual era un gran alivio. Las noticias vuelan, ya sabéis. Y vuelan más de prisa dentro de los círculos en que uno se mueve. Además, si hubiera trabajado en el mismo negocio, se hubiera percatado de que Arvin Publishing Inc. era la empresa editora de *Logan's* y le hubiera extrañado mucho y posiblemente me hubiera preguntado en qué lío le estaba metiendo. Pero, afortunadamente, no era así. Me las arreglé para hacerle creer que Arvin era una pequeña aventura editorial mía en la que quería invertir algunos ahorrillos y publicar mi propia obra, ya que *Logan's* estaba a punto de cerrar su sección literaria.

—¿No te preguntó por qué la llamabas así? —interrumpió Paul.

—Sí.

—¿Qué le dijiste?

—Le dije —respondió Henry, con una sonrisa— que Arvin era el apellido de mi madre.

Hubo una pequeña pausa. Luego, Henry continuó casi sin interrupción hasta el final.

—De manera que esperé a que llegasen los cheques del banco, a pesar de que sólo necesitaba uno. Mientras, para pasar el tiempo, me dediqué a hacer ejercicio. Ya sabéis, coges un vaso, empinas el codo, vacías el vaso, bajas el codo, dejas el vaso, llenas el vaso, empinas el codo otra vez, vacías el vaso, etcétera. Hacía esa clase de ejercicio hasta que me daba con la cabeza en la mesa y me quedaba K. O. Ocurrieron también muchas otras cosas, pero las que realmente me preocupaban eran esas dos: esperar y empinar el codo. Por lo que recuerdo. Debo repetir esto y

espero que me perdonéis por aburriros con ello, pero no perdáis de vista que pasé todo aquel tiempo alcoholizado y por cada cosa que recuerdo, debe de haber por lo menos sesenta de las que no tengo la menor idea.

»Dejé el trabajo, un alivio para todos los que trabajaban conmigo, estoy seguro. Fue un alivio para ellos, porque les evité el mal trago de tener que echarme a la calle por loco, cuando en realidad lo hubieran hecho de todas formas al cerrar mi departamento. Para mí, porque nunca más volvería a ver aquel edificio, con los fluorescentes, el ascensor, los teléfonos, toda aquella electricidad.

»Le escribí un par de cartas a Reg Thorpe y otras dos a Jane en un período de unas tres semanas. Recuerdo haber escrito las dirigidas a ella, pero no las demás. Como la carta de Bellis, fueron redactadas en momentos de apagón. Pero seguía aferrado a mis propias rutinas aun en plena borrachera, como a mis viejas faltas de ortografía. Nunca dejaba de hacer copias de todo lo que escribía... y cuando, a la mañana siguiente, volvía a la máquina, las copias estaban allá. Y era como leer cartas de un extraño.

»No es que fueran obra de un loco. En absoluto. La de la posdata acerca de la batidora era mucho peor. Comparadas con aquélla, éstas eran casi razonables.

Henry hizo una pausa y sacudió la cabeza, lentamente con dificultad.

—¡Pobre Jane Thorpe! Las cosas no *parecían* ir tan mal hacia el final de los acontecimientos. Debía de creer que el redactor de su marido estaba haciendo algo muy humano y muy hábil al seguirle la corriente para evitar que se fuera hundiendo paulatinamente en su depresión. Alguna vez tiene que haberse planteado la cuestión de si era o no buena idea seguirle la corriente a alguien con fantasías paranoicas (fantasías, que, por otra parte estuvieron a punto de culminar en el ataque a una niña). De ser así, decidió, sin duda, ignorarla por completo tal vez porque también ella le estaba siguiendo la corriente. De todos modos, nunca la he culpado de nada. Porque Reg no representaba para ella tan sólo el sustento, ni le tenía por un idiota al que había que exprimir hasta dejarle en los huesos. No. Estaba realmente enamorada de su marido. A su manera Jane Thorpe era una auténtica señora. Después de compartir su vida con Reg desde los Tiempos Difíciles, pasando por los Tiempos de Triunfo hasta llegar al Tiempo de la Locura, hubiera coincidido con Bellis en bendecir la cuerda y no perder el tiempo maldiciendo la caída. Naturalmente, mientras más cuerda te den más dura será la caída final, pero aún una caída puede ser una bendición, lo reconozco.

»Porque, ¿quién quiere morir estrangulado?

»Recibí respuesta de los dos en el mismo período. Eran unas cartas notablemente luminosas aunque la luz tenía ya una cualidad extraña, casi final. Daban la impresión de... bueno, dejémonos de filosofía barata. Si doy con la fórmula adecuada para expresar lo que quiero decir, lo haré. Por ahora, dejémoslo

así.

»Reg se llevaba divinamente con sus vecinos. Iba a verles cada noche y, para cuando las hojas empezaron a caer los chicos estaban convencidos de que Reg era Dios en persona. Cuando no jugaban a las cartas o a la pelota, hablaban de literatura, en lo que Reg les llevaba la delantera con mucha ventaja, como es natural. Reg se había comprado un perrito y lo sacaba a pasear por la mañana y por la noche, de modo que conoció mucha gente del barrio con la que se detenía a hablar del animal. La gente que al principio lo había tomado por un bicho raro, empezó a cambiar de opinión. Cuando Jane sugirió un día que, puesto que no disponía de electrodomésticos, necesitaba cierta ayuda, Reg accedió enseguida. Jane se maravilló de la facilidad con que había acogido la idea. No era cuestión de dinero (después del éxito de *Imágenes del submundo*, les sobraba), era cuestión, pensaba Jane, de *ellos*. Ellos estaban en todas partes, eran la obsesión de Reg y ¿qué mejor agente podían enviar que una mujer de la limpieza, que se metería en todos los rincones de la casa y miraría debajo de la cama y dentro de los armarios y seguramente también en los cajones, de no ser porque los tenía cerrados con llave y claveteados, para mayor seguridad?

»Pero Reg le dijo que sí, le dijo que se sentía como un animal sin sensibilidad alguna por no haber pensado en ello antes, aunque, y Jane hizo hincapié al decirme esto, la mayor parte de los trabajos pesados, como lavar a mano, los haría él mismo. Reg sólo puso una condición: la mujer de la limpieza no debería entrar en su estudio con ningún pretexto.

»Lo mejor de todo, y lo más alentador desde el punto de vista de Jane, era que Reg había vuelto al trabajo y estaba escribiendo una nueva novela. Había leído los tres primeros capítulos y los había encontrado maravillosos. Todo había empezado, según me explicó, al aceptar yo «*La balada del proyectil flexible*» para su publicación en *Logan's*. El período anterior había sido bastante deprimente y Jane me estaba profundamente agradecida.

»Estoy seguro de que me estaba sinceramente agradecida, pero su gratitud carecía de un punto de cordialidad y la luminosidad de su carta se perdía en algunos pasajes... o sea, que otra vez estamos en lo *mismo*. La luz de su carta tenía algo de la de los días nublados en que se espera una lluvia abundante.

»Todas aquellas buenas noticias... los juegos con los vecinos, el perro, la mujer de la limpieza, la novela reciente... Jane era demasiado inteligente, a pesar de todo, para creer realmente que Reg estuviera mejorando... al menos, eso pensaba yo, aun en mi propia niebla. Reg presentaba síntomas de psicosis. La psicosis es, en cierto sentido, como el cáncer de pulmón. Ninguno de los dos se cura, aunque tanto los cancerosos como los locos tengan días mejores y peores.

—¿Te queda otro cigarrillo, guapa? —pidió Henry.

Meg le dio otro cigarrillo.

—Después de todo —prosiguió, sacando el encendedor—, los signos de su *idée fixe* estaban presentes. No tenían teléfono, ni electricidad. Reg había cubierto los interruptores con cinta aislante. Seguía poniéndole comida a la máquina de escribir con la misma regularidad con que se la ponía al perro. Los estudiantes de al lado creían que era un tipo genial, pero los estudiantes de al lado no le habían visto nunca por la mañana, cuando recogía el periódico con guantes de goma por miedo a las radiaciones. Ni le habían oído gemir en sueños, ni le habían tenido que calmar cuando se despertaba gritando a causa de unas horribles pesadillas que luego no conseguía recordar.

»Tú, Meg, te has estado preguntando por qué Jane seguía con Reg. Aunque no lo hayas dicho, lo piensas. ¿Tengo razón o no?

Meg asintió.

—Sí. Y no te voy a ofrecer una larguísima tesis sobre sus motivos. Lo mejor de las historias reales es que basta con decir «esto es lo que sucedió» y dejar que la gente se pregunte el por qué de todo ello. En general nadie sabe por qué las cosas suceden de determinada manera... especialmente quienes creen saberlo.

»Pero en términos de la propia percepción selectiva de Jane, las cosas habían mejorado notablemente. Tuvo una entrevista con una mujer negra de mediana edad para tratar la cuestión de la limpieza y le habló con toda la franqueza posible de las rarezas de su marido. La mujer, Gertrude Rulin, se rio y contestó que había trabajado para gente mucho más rara. Jane pasó la primera semana en que Gertrude trabajó en la casa, como si hubiera estado de visita en casa de un extraño, esperando que ocurriera lo peor en cada momento. Pero Reg fascinó a Gertrude, lo mismo que había fascinado a sus vecinos, hablándole de su trabajo, de la iglesia, de su marido, de su hijo menor, comparado con el cual, según Gertrude, Atila era Blancanieves. Había tenido once hijos, pero la diferencia de edad entre Jimmy y el siguiente hermano era de nueve años. Lo que creaba infinidad de problemas a la pobre mujer.

»Reg parecía mejorar, al menos si mirabas las cosas desde su mismo punto de vista. Pero estaba tan loco como siempre, lo mismo que yo. Puede que la locura sea un proyectil flexible, pero cualquier experto en balística os dirá que no hay dos balas exactamente iguales. En una de sus cartas, Reg dedicaba unas pocas líneas a su nueva novela y el resto a los Fornits en general, y a Rackne en particular. Especulaba sobre la posibilidad de que *ellos* no quisieran su Fornit para matarlo, y pretendiesen, en cambio, capturarlo vivo con el propósito de estudiarlo en profundidad. Acababa la carta con esta frase: «Tanto mi apetito como mi visión de la vida han mejorado inmensamente desde el inicio de nuestra correspondencia, Henry. Te estoy muy agradecido. Afectuosamente tuyo, Reg». Y

debajo una posdata preguntando, de paso, si ya tenía ilustrador para su relato. Me sentí culpable y me metí inmediatamente en un bar, para olvidar todo aquello.

»A Reg le preocupaban los Fornits. A mí, los cables.

»Le escribí una carta en la que sólo mencionaba los Fornits de pasada. Por entonces, realmente le seguía la corriente. Ésa era la verdad. Un duende con el apellido de mi madre y mis propias faltas de ortografía no bastaban para despertar todo mi interés.

»Lo que me intrigaba cada vez más era el tema de la electricidad, las microondas, las ondas de radio y las interferencias de los electrodomésticos pequeños, las radiaciones de bajo nivel y Dios sabe cuántas cosas más... Iba a la biblioteca y me llevaba libros sobre el tema, los compraba. Había una gran cantidad de cosas inquietantes... que era precisamente lo que yo buscaba.

»Hice desconectar el teléfono y la electricidad. Durante un tiempo, eso me ayudó, pero una noche en que entré en mi dormitorio dando tumbos, con una botella de *whisky* en la mano y otra en el bolsillo de la chaqueta, vi aquel ojillo rojo que me espiaba desde el techo. ¡Dios mío, por un minuto creí que iba a tener un ataque al corazón! Al principio, me pareció un inmenso gusano colgado allí arriba, un gusano enorme con un ojo brillante.

»Tenía una linterna de gas y la encendí. Enseguida entendí lo que ocurría. Sólo que, en lugar de sentirme aliviado, me sentí peor. En cuanto pude examinarlo, empecé a tener prolongados y agudos estallidos de dolor en la cabeza —como ondas de radio—. Por un momento, fue como si mis ojos se volvieran dentro de sus órbitas para ver el interior de mi cerebro, donde las células fumaban, se ponían negras y morían finalmente. El ojo pertenecía a un detector de humos, un aparato aún más nuevo en 1969 que un horno microondas.

»Cerré el apartamento y bajé por las escaleras. Aunque vivía en un quinto piso, me había acostumbrado a no usar el ascensor. Llamé a la puerta del encargado. Le dije que quería que me quitara aquella cosa de allí, que lo quitara inmediatamente, que lo quería fuera *esta noche*, que lo quería fuera *dentro de una hora*. Me miró como si me hubiera vuelto completamente (perdonadme la expresión) *bonzo seco*. Naturalmente, ahora entiendo por qué. El detector de incendios debía procurarme la felicidad, debía hacerme sentir más *seguro*. Ahora se coloca obligatoriamente y por ley, pero entonces era un Gran Paso Adelante, pagado por la asociación de vecinos.

»El portero lo retiró, lo que no tomó demasiado tiempo, pero sin quitarme los ojos de encima, y alcancé, hasta cierto punto, a percibir sus sentimientos. Llevaba barba de días, el pelo engrasado, apestaba a alcohol y mi abrigo estaba increíblemente sucio. Por otra parte, debía de saber que había dejado mi trabajo, que había renunciado al televisor y que había desconectado el teléfono y la

electricidad. Con toda razón, pensaba que estaba como una cabra.

»Puede que estuviera loco, pero, al igual que Reg, no era estúpido: sustituí la falta de lógica por el encanto personal. Ya sabéis que los redactores tienen encanto a raudales cuando quieren. Además, no me era muy difícil subsanar cuantos disgustos ocasionaba con billetes de diez dólares. Por otra parte, nadie desconocía la situación y durante las dos semanas que siguieron a lo del detector de humos, las últimas que pasé en aquel edificio, por cierto, ningún miembro de la asociación de vecinos se me acercó para pedirme aclaraciones o presentarme quejas. Supongo que esperaban que les persiguiera con un cuchillo de carnicero.

»Pero todo aquello era secundario para mí aquella noche. Me senté a la luz de la lámpara de gas, la única luz de que disponía en las tres habitaciones de que constaba mi apartamento, sin contar la de Manhattan, que llegaba por las ventanas. Me senté con una botella en la mano, un cigarrillo en la otra, mirando el lugar del techo en que había estado el detector de humos con su único ojo rojo, un ojo tan poco conspicuo durante el día que ni siquiera me había dado cuenta de su presencia. Pensé que, seguro como estaba de que la electricidad había sido desconectada del apartamento, el detector había escapado a todo control y, si un objeto eléctrico había escapado al control, debía haber más.

»Pero aun en el supuesto de que no hubiera más objetos eléctricos en mi apartamento, todo el maldito edificio estaba tan lleno de cables, como un enfermo de cáncer lo está de células mortíferas y órganos podridos. Cerraba los ojos y los veía, brillando débilmente, de un verde fosforescente. Y más allá, la ciudad toda. Un cable, inofensivo en sí mismo, conectado a un interruptor... que conectaba con otro cable, un poco más grueso, que conducía hasta el sótano, donde se conectaba con una caja unida a un cable todavía más grueso, que a su vez se unía con otros muchos en la calle, cada vez más y más gruesos...

»Cuando recibí la carta de Jane diciéndome que Reg había cubierto todos los interruptores con cinta aislante, una parte de mi mente reconocía que ella lo tomaba como un síntoma más de la locura de Reg, y esa parte sabía que había que responder como si toda mi mente dijera que sí, que estaba en lo cierto. Pero la otra parte de mi mente, que ya por entonces pesaba más que la anterior, decía: «¡Qué magnífica idea!». Al día siguiente, hice lo mismo con todos los interruptores de mi apartamento. Y no olvidéis que de mí se esperaba que ayudase a Reg Thorpe. ¿No os parece divertido?

»Aquella misma noche decidí abandonar Manhattan. Mi familia poseía una vieja casa, deshabitada durante la mayor parte del tiempo, en los montes Adirondacks, y me pareció el lugar ideal para empezar una nueva vida. Lo único que me retenía en Nueva York era el cuento de Reg Thorpe. «*La balada del proyectil flexible*» era el salvavidas que mantenía a Reg a flote en un mar de

demencia. Pero era también mi propio salvavidas. Me propuse publicar el relato en otra revista y, una vez hecho eso, salir de la ciudad como alma que lleva el diablo.

»Fue en este punto de la no demasiado famosa correspondencia Wilson-Thorpe cuando por fin estalló la tragedia. Éramos como un par de drogadictos en plena agonía comparando los méritos de la heroína con los de la mescalina, por ejemplo. Reg tenía Fornits en su máquina de escribir. Yo los tenía en las paredes. Y los dos, los teníamos en la cabeza.

»Además, estaban *ellos*, no lo *olvidéis*. Al cabo de un tiempo de ir con el relato a cuestras por las redacciones de otras revistas, decidí que entre *ellos* se contaban todos los editores de revistas de ficción de Nueva York, que, hacia finales de 1969 no eran muchos. De haberlos reunido, se los habría podido eliminar a todos con una sola bomba, idea que cada vez me parecía más brillante.

»Tardé cinco años en entender las cosas desde el punto de vista de *ellos*... Me peleé con el portero, al que sólo veía cuando se me estropeaba la calefacción y por Navidades, cuando subía a buscar su aguinaldo. Y los otros... Lo irónico del caso es que, en su mayoría, *eran* amigos míos. Jared Baker era redactor auxiliar de *Squire* por aquel entonces y él y yo habíamos formado parte de la misma compañía de tiro durante la segunda guerra mundial, por ejemplo. Aquellos tipos, al enfrentarse a mi nueva personalidad, no sólo se sentían incómodos: estaban estupefactos. Si me hubiera limitado a enviar el relato de Reg por correo, con una carta de presentación en términos elogiosos, es probable que hubiera logrado publicarla en poco tiempo. Pero no, eso no bastaba. Al menos, para aquel relato. Tenía que lograr *lo mejor de lo mejor*. En consecuencia, me dediqué a hacer visitas y ¿qué es lo que veían? Un exredactor despeinado, sudado, apestando a alcohol, con caspa en el abrigo y un hematoma en la mejilla, producto de un encontronazo con la puerta del baño una noche en que me levanté a buscar la botella a tientas. Seguro que no les hubiese sorprendido en absoluto verme con una camisa de fuerza.

»Por si fuera poco, me negaba a conversar en sus oficinas. De hecho, no podía. El tiempo que había que pasar en un ascensor para subir cuarenta pisos me resultaba excesivo. Así que concertaba entrevistas con ellos como lo hacen los traficantes de drogas: en parques, en escaleras, en casa de Jared Baker o en una hamburguesería de la Cuarenta y Nueve. Jared, al menos, se hubiera sentido encantado de invitarme a comer en un lugar decente, pero corría el riesgo de que, por mi aspecto, nos impidieran la entrada en el restaurante del caso.

»Obtuve vagas promesas respecto del relato, seguidas por preguntas acerca de cómo me encontraba, si bebía mucho... Recuerdo, de una manera algo brumosa, haber explicado a unos cuantos redactores cómo la electricidad y las radiaciones

afectaban el cerebro de la gente. Y cuando Andy Rivers, que era redactor de *American Crossing*, me dijo que debería ir a ver a un psiquiatra, le contesté que el que necesitaba un psiquiatra era él.

—¿Ves la gente ahí fuera? —le pregunté. Estábamos en Washington Square —. Muchos, tal vez las dos terceras partes, tienen un tumor en el cerebro. Apostaría a que no comprarás el relato de Thorpe, Andy. No lograrás entenderlo. Tienes el cerebro hecho papilla y ni siquiera te has enterado.

»Traía una copia del relato en la mano, enrollada como un periódico. Le di con ella en la nariz, como se le hace a un perro para castigarlo cuando se hace pipí en la alfombra, y me marché. Recuerdo que me gritó, pidiéndome que volviera y que tomásemos un café juntos para seguir hablando del asunto, y que, en la calle, pasé por delante de una tienda de discos, con toda aquella música en la acera, a pleno volumen, y los fluorescentes dentro, y poco a poco las palabras de Andy se fueron confundiendo con el ruido de dentro de mi cabeza y me dije una vez más que tenía que abandonar la ciudad lo antes posible o me encontraría yo también con un tumor en el cerebro y que lo único que deseaba, en aquel momento, era otro trago.

»Aquella noche, al entrar en el apartamento, encontré una nota que alguien había deslizado por debajo de la puerta: «Váyase de aquí. Está usted loco de remate».

»La arrugué y la tiré a un rincón, sin inmutarme. ¿Sabéis? Los locos de remate tienen cosas más importantes por las que preocuparse que las notas anónimas de los vecinos.

»Estaba pensando en lo que le había dicho a Andy sobre el relato de Thorpe. Cuanto más pensaba en ello y cuanto más *whisky* me echaba entre pecho y espalda, más razonable me parecía. «La balada» era divertida y fácil de leer, pero, bajo esta superficie, era realmente compleja. ¿Estaba yo verdaderamente convencido de que había otro redactor en la ciudad capaz de entenderla en todos los niveles? Tal vez antes lo creyera, pero ahora, después de haber abierto los ojos... Dudaba que hubiera lugar para entender y apreciar aquella pieza literaria en una ciudad tan llena de cables como la bomba de un terrorista. ¡Dios mío, no había más que cables sueltos por todos lados!

»Me puse a leer el periódico con la poca luz diurna que quedaba, tratando de olvidar por un rato todo aquel maldito asunto, cuando mis ojos tropezaron en el *Times* con una información acerca de sustracciones de material radiactivo de diversas centrales nucleares.

»Allí estaba yo sentado, en la mesa de la cocina, dominado por la imagen de ellos en busca de plutonio como los buscadores de oro de 1849. Pero ellos no sólo pretendían volar la ciudad, no, sino que, no contentos con eso, trataban de

fastidiar la cabeza de todo el mundo con una lluvia de plutonio. Eran los Fornits perversos y toda aquella radiactividad no era más que Fornus pernicioso, el peor de todos los tiempos.

»Decidí que no, que no quería vender el relato de Thorpe después de todo. Al menos, no en Nueva York. Pensaba largarme de la ciudad en cuanto recibiera los cheques que había pedido. Cuando estuviera en otro lugar, podría empezar a enviarlo a revistas de otras ciudades. *Sewanee Review* podría ser un buen punto de partida. O tal vez *Iowa Review*. Después, podría explicarle las cosas a Reg. Reg comprendería. Eso parecía resolver el problema y me tomé un trago para celebrarlo. Después, el trago tomó un trago. Después, el trago se tomó al hombre. Es lo que se suele decir. Me quedaba un solo apagón más.

»Al día siguiente llegaron los cheques de la compañía Arvin. Rellené uno y fui a ver a mi amigo, el cofirmante. Naturalmente, tuve que soportar un nuevo interrogatorio casi policiaco por su parte, pero mantuve la calma. Yo sólo pretendía que me firmara el cheque, cosa que al fin hizo. A continuación me dirigí a una imprenta rápida e hice hacer papel de oficina con el membrete de la nueva empresa y sobres con una dirección de remitente. Escribí las señas de Reg a máquina (con alguna dificultad, ya que, si bien el azúcar para los Fornits había desaparecido, las teclas tenían tendencia a protegerse). Agregué una breve nota personal, diciendo que nunca había experimentado mayor satisfacción al enviar un cheque a un autor, cosa que era cierta, de todas maneras. Y que todavía lo es. Esto sucedía casi una hora antes de que lograra llevarla al correo. Estaba orgulloso de mi creación y del aspecto tan *oficial* que tenía, y no quería perder el contacto con ella. Nadie hubiera adivinado que un borracho maloliente, que no se había cambiado la ropa interior en diez días, hubiera sido capaz de una *impostura* tan perfecta.

Henry hizo otra pausa, apagó el cigarrillo, miró su reloj. Entonces, con una extraña inflexión en la voz, como si fuera el revisor de un tren anunciando la llegada a una ciudad, añadió:

—Hemos llegado a lo inexplicable.

»Éste es el punto de mi historia que más interesó a los dos psiquiatras y a los diversos especialistas en trastornos mentales con los que me vinculé durante los treinta meses siguientes de mi vida. Era lo único de lo que querían que me retractara, como prueba de recuperación mental. Uno de ellos llegó a decirme que era la única parte de mi historia que no podía ser explicada como una inducción errónea, una vez, claro está, restablecido mi sentido de la lógica. Al final me *retracté* porque sabía, aunque ellos no estuviesen de acuerdo, que realmente me estaba recuperando y ansiaba desesperadamente abandonar aquel sanatorio. Estaba convencido de que si no salía pronto de entre aquellas cuatro paredes,

volvería a enloquecer. Así que me retracté, lo mismo que Galileo cuando le pusieron los pies en el fuego, pero jamás me retracté en mi interior. No quiero decir que todo lo que voy a relatar a continuación sucediera realmente, pero sí que *creo* que ocurrió. Es un pequeño matiz, pero es crucial para mi...

»Así que, amigos míos, he aquí lo inexplicable:

»Me pasé los dos días siguientes haciendo preparativos para irme a vivir al campo. La idea de conducir un coche no me molestaba en absoluto, por cierto. De pequeño, había leído que, en caso de tormenta, el lugar más seguro contra los rayos es el interior de un coche, ya que los neumáticos actúan como aislantes casi perfectos. Todo lo que anhelaba era meterme en mi viejo Chevrolet, cerrar las ventanillas y alejarme rápidamente de la ciudad, que había empezado a ver como un inmenso relámpago. A pesar de todo, una parte de los preparativos consistía en quitar la bombilla de la luz interior, poner una cinta aislante en el porta bombillas y disponer las luces del coche de manera que no deslumbraran.

»La noche antes de mi partida no quedaba en el apartamento más que la mesa de la cocina, la cama y la máquina de escribir, que había puesto en el suelo. No tenía intención alguna de llevármela conmigo. No creía que me hiciera falta y las teclas tenían toda la intención de continuar pegándose hasta el día del Juicio Final. Pensé que sería un estupendo regalo para el próximo inquilino, la máquina y Bellis en su interior.

»Se ponía el Sol y todo el apartamento aparecía bañado por un extraño color. Yo estaba bastante borracho y llevaba otra botella en el bolsillo, para casos de emergencia. Pasé por mi estudio con la intención, supongo, de dirigirme al dormitorio y tenderme en la cama a pensar en los cables y la electricidad y las radiaciones y todos aquellos interesantes temas mientras tomaba otra copa y otra más y luego otra, hasta quedarme dormido.

»Lo que yo llamo mi estudio era en realidad la sala de estar. La había convertido en mi habitación de trabajo porque tenía la mejor luz de todo el apartamento. Un gran ventanal, hacia el oeste, con una vista que se prolongaba hasta el horizonte. Era lo más parecido al Milagro de los Panes y los Peces en un apartamento en Manhattan, pero la vista era magnífica. Me encantaba, aun en días lluviosos, cuando la luz tenía un punto de melancolía.

»Pero la cualidad de la luz era aquella noche inquietante. La puesta de Sol había bañado el apartamento con un resplandor rojizo. Luz de hoguera. La habitación vacía parecía excesivamente grande. Mis tacones resonaban sobre el *parquet*.

»La máquina de escribir estaba en el centro del estudio y, al pasar junto a ella, advertí que había un trozo de papel arrugado en el rodillo. Me sobresalté, porque sabía que no había papel en la máquina cuando salí a comprar mi botella.

»Miré a mi alrededor, preguntándome si habría alguien más conmigo en el apartamento, algún intruso. Aunque no pensaba en intrusos, ni en ladrones, ni en delincuentes, sino... en fantasmas.

»Vi que faltaba un trozo de papel de la pared, a la izquierda de la puerta del dormitorio. Al menos, comprendí de dónde había salido el papel de la máquina: alguien lo había arrancado de la pared.

»Estaba examinando el desgarrón en el papel, cuando oí un ruido, claro y definido, a mi espalda —¡*clac!*—. Di un salto y giré sobre mis talones con el corazón en la boca. Estaba aterrado, aunque sabía perfectamente de dónde provenía aquel sonido. Cuando te has pasado la vida trabajando con máquinas de escribir, reconoces inmediatamente el sonido de las teclas contra el rodillo, aunque estés a oscuras.

La noche se había cerrado casi por completo. Los oyentes de Henry no eran más que unos círculos borrosos, blanquecinos. Meg había estrechado entre las suyas una mano de su marido.

—Me sentí... fuera de mí. Irreal. Tal vez era lo que se siente cuando se enfrenta uno a lo inexplicable. Me acerqué a la máquina muy, muy lentamente. Mi corazón galopaba. En cambio, tenía la cabeza más fría que de costumbre, casi helada.

»¡*Clac!* Otra letra golpeó el papel. Esa vez la vi moverse. Era la tercera, empezando por la izquierda, de la fila superior.

»Me arrodillé lentamente, sin apartar los ojos de la máquina. Las piernas me flaqueaban y tuve que hacer un gran esfuerzo para no perder el equilibrio y seguir allí arrodillado, con el sucio abrigo extendido a mi alrededor, como una debutante en sociedad que hiciera su primera reverencia. La máquina se movió un par de veces más, sin detenerse, hizo una pausa y marcó otra tecla. Cada ¡*clac!* resonaba en la habitación vacía como mis pisadas.

»El papel estaba puesto en la máquina de modo que dejaba ver la cara encolada. Las letras eran poco claras, debido a la rugosidad de la cola, del papel y de los restos del yeso de la pared, pero pude leer: *rackn*. Pulsó una tecla más y la palabra quedó completa: *rackne*.

»Entonces... —Henry se aclaró la garganta y sonrió levemente—. Después de tantos años, aún me resulta difícil contar esta historia. Bueno. El simple hecho, sin adornos literarios, es éste: vi salir de la máquina una mano. Una mano increíblemente diminuta. Salió de entre las letras B y N, en la fila inferior, cerrada, en forma de puño, y golpeó la barra del espaciador. La máquina saltó un espacio, muy rápida, y el puño desapareció en el interior.

La mujer del agente lanzó una carcajada aguda.

—¡Cállate, Marsha! —La riñó su marido con dulzura.

—Las teclas empezaron a moverse un poco más de prisa —prosiguió Henry— y al cabo de un rato creí oír jadear a la criatura que movía las palancas, jadear como quien hace un tremendo esfuerzo final, casi al borde del colapso. Pasaron unos minutos. La cinta apenas imprimía nada, los tipos se habían llenado de cola del papel, pero distinguí los caracteres. Deduje: «*Rackne se está m*». La letra «u» se pegó a la cola. La contemplé un momento y la levanté con mi propio dedo. No sé exactamente si no lo hizo el mismo Bellis. Creo que no. Pero no quería ver aquella mano en miniatura otra vez. Ni hablar de ver al duende entero: hubiese perdido la razón. Y no tenía fuerza en las piernas para salir corriendo.

»¡*Clac-clac-clac-clac-clac-clac!* aquellos sonidos, y el jadeo del esfuerzo y, después de cada palabra, aquel puñito blanco y azul de entre la B y la N para golpear la barra del espacio. No sé cuánto duró aquello. Tal vez siete minutos. O diez. O tal vez toda la vida.

»Al fin, cesó el tecleo y dejé de oír aquellos bufidos. Tal vez se hubiese desmayado... o marchado... tal vez hubiese muerto... de un ataque al corazón o algo semejante. Todo lo que sé es que el mensaje no estaba completo. Decía, todo en minúsculas: «*rackne se está muriendo es el niño jimmy thorpe no lo sabe dile a thorpe el niño jimmy está matando a rackne bel...*». Eso era todo.

»Encontré la fuerza necesaria para ponerme de pie y salir de la habitación. A grandes pasos, de puntillas, como si Bellis se hubiera ido a dormir y el ruido de mis pisadas pudiera despertarlo para que volviera a escribir... y si eso ocurriera, yo empezaría a gritar hasta que me estallara la cabeza... o el corazón.

»Tenía el coche abajo, con el depósito lleno de gasolina y con todo lo que había decidido llevarme, de manera que me senté al volante y recordé que tenía una botella. Las manos me temblaban de tal manera que, al sacarla del bolsillo, se me cayó, con tanta fortuna que cayó sobre el asiento y no se rompió. Me acordé de mis «apagones» y, amigos míos, os juro que eso era lo que deseaba en aquel momento y lo que conseguí. Recuerdo que bebí el primer trago de la botella. También recuerdo el segundo trago. Y recuerdo que puse la llave en el contacto y encendí la radio. En aquel preciso instante, Frank Sinatra cantaba *Esa vieja magia negra*, lo que iba como un guante a la situación. Me puse a cantar a dúo con Frank y tomé unos cuantos tragos más de la botella. El coche estaba estacionado junto a la esquina, y desde mi asiento veía cómo el semáforo cambiaba de color. No podía quitarme de la cabeza el tecleo de la máquina y el color rojo del apartamento. Y los jadeos en la máquina, como si alguien estuviera haciendo gimnasia dentro. Y el trozo de papel con la superficie rugosa y todavía llena de cola. Quería imaginar lo que había sucedido en el apartamento antes de que yo volviera, cómo había conseguido Bellis arrancar aquel trozo de papel de la pared, porque no había en todo el piso, el esfuerzo que le había costado desprenderlo y

cómo se las habría arreglado para llevarlo hasta la máquina y colocarlo en el rodillo. Y nada de eso me producía el tan ansiado «apagón» y Frank había dejado de cantar, por lo que seguí bebiendo y después oí un anuncio de Eddy *el Loco* y después Sarah Vaughan empezó a cantar *Voy a sentarme a escribirme una carta a mi misma*, lo que también parecía muy adecuado a las circunstancias, porque eso era lo que creía haber estado haciendo hasta hacía poco o, al menos había creído, hasta aquella noche, cuando sucedió todo aquello que me dio que pensar y tuve que recapacitar sobre todo lo que me había estado sucediendo últimamente y seguí cantando a dúo con la buena de Sarah y seguramente fue a partir de aquel momento cuando empecé a despegar, porque en medio del segundo bis sin solución de continuidad empecé a devolver hasta las entrañas porque alguien me estaba golpeando en la espalda con las palmas de las manos y luego me levantaba los codos y los ponía detrás de mí y luego me los volvía a bajar y me bombeaba la espalda otra vez y era el camionero y cada vez que me apretaba con los puños sentía una gran arcada y todo subía y tenía ganas de vomitar y luego todo quería bajar otra vez, pero ya el camionero me levantaba los codos y todo salía fuera y no era *whisky*, sino agua de río y cuando por fin pude levantar la cabeza y mirar a mi alrededor eran las seis de la tarde, tres días después, y estaba tendido en la margen del río Jackson en Pennsylvania, a unos sesenta kilómetros al norte de Pittsburgh. El morro del coche había desaparecido en el agua. Todavía veía la pegatina de McCarthy en la ventanilla posterior.

—¿Queda algo fresco, Meg? Tengo la garganta seca. —Meg se levantó en silencio y fue a buscarle otro refresco. Dejándose llevar por un impulso se inclinó y le besó en aquella mejilla arrugada de viejo cocodrilo. Henry sonrió y sus ojos se iluminaron en las sombras. Meg era una mujer bondadosa, gentil, y aquel brillo en sus ojos no logró engañarla. No es la alegría la que hace brillar así los ojos.

—Gracias, Meg.

Tomó un largo sorbo. Luego tosió, rechazando un cigarrillo que le tendían.

—Ya he fumado bastante para toda la semana. Además, quiero dejarlo del todo. En mi próxima encarnación, claro.

»El resto de mi historia no necesita ser contado. Tiene el único defecto que nunca debe tener un relato: es previsible. Bien, pescaron unas cuantas botellas de *whisky* del coche, buen número de ellas, vacías. Yo empecé a farfullar una interminable letanía de cables y de Fornits y de radiaciones y de Fornus y de radiactividad y de electricidad y, naturalmente, llegaron a la conclusión de que estaba loco de atar, y precisamente así era como estaba entonces.

»Mientras yo conducía borracho por las autopistas de cinco estados, a juzgar por los recibos de gasolina que se encontraron en el coche, en Omaha estaban sucediendo otras cosas. Todo esto lo sé, naturalmente, porque me lo contó Jane

Thorpe en sus cartas, ya que mantuvimos una prolongada y penosa correspondencia antes de vernos personalmente en New Haven, donde vive en la actualidad, poco después de que me dieran de alta en el sanatorio, tras mi retractación. Al final de aquella entrevista lloramos, el uno en brazos del otro, y fue entonces cuando empecé a creer que podría reconstruir mi vida y tal vez hasta mi felicidad.

»Aquel día, hacia las tres de la tarde, alguien llamó a la puerta de Reg. Era un repartidor de telegramas. El telegrama era mío, el último elemento de nuestra desgraciada comunicación. Decía: REG TENGO INFORMACIÓN CONFIABLE. Alto. RACKNE ESTÁ MURIENDO. Alto. SEGÚN BELLIS ES EL NIÑO. Alto. SE LLAMA JIMMY. Alto. FORNIT SOME FORNUS. HENRY.

»Si os estáis preguntando *qué sabía y cuándo lo había sabido*, os diré que estaba al tanto de que Jane había contratado una mujer para la limpieza. No sabía (excepto por Bellis) que ésta tuviera un hijo que era como un diablo y que se llamaba Jimmy. Ya sé que es difícil creerme, pero no puedo probar lo que digo. En honor a la verdad, debo confesar que los psiquiatras que me visitaron durante dos años y medio tampoco me creyeron nunca.

»Cuando llegó el telegrama, Jane había salido a hacer unas compras. Lo encontró en uno de los bolsillos de Reg, después de muerto. Tenía anotadas las horas de recepción y entrega, junto a una línea que decía: «Sin teléfono. Entregar original». Jane me dijo que, aunque el telegrama sólo tenía un día, estaba tan manoseado que parecía haber llegado un mes antes.

»En cierto sentido, el telegrama, esas cuatro frases, fueron el proyectil flexible que se alojó en el cerebro de Reg y fui yo quien lo disparó, desde Paterson, Nueva Jersey. Estaba tan completamente borracho que ni siquiera recuerdo haberlo hecho.

»Durante las dos últimas semanas de su vida, Reg había llevado una vida que era el paradigma de la normalidad. Se levantaba a las seis, preparaba el desayuno para él y para su mujer y se ponía a escribir durante una hora. Alrededor de las ocho cerraba su estudio con llave y se iba a dar un largo paseo con el perro por los alrededores. Según parece, sus paseos eran de lo más apacible. Se detenía a charlar con cualquiera, llegaba a un bar cercano, ataba al animal fuera y se tomaba un café. Luego, seguía su camino. Raras veces volvía a casa antes de las doce. Muchos días, a las doce y media o la una. Al parecer, se esforzaba por no encontrarse mucho tiempo con Gertrude Rulin, que era una charlatana empedernida. Según Jane, su conducta nunca había sido tan rutinaria como empezó a serlo un par de días después de que Gertrude empezara a trabajar para ellos.

»Hacía una comida ligera a mediodía, se tumbaba durante aproximadamente

una hora, y luego escribía otras dos o tres horas. Por las noches, solía ir a visitar a los chicos de al lado, solo o con Jane, o iban al cine juntos, o bien se quedaban en casa leyendo. Se acostaban temprano; Reg, por lo general, un poco antes que Jane. Ella me escribió una vez que hacían muy poco el amor y casi siempre era insatisfactorio para ambos. Jane dijo: «Pero el sexo no tiene demasiada importancia para la mayoría de las mujeres. Reg estaba trabajando intensamente y ése era un sustitutivo razonable para él. Diría que, vistas las circunstancias, aquéllas fueron las dos semanas más felices en cinco años». Estuve a punto de echarme a llorar al leer eso.

»Yo no sabía nada acerca de Jimmy, pero Reg, sí. Reg lo sabía todo, salvo lo más importante: que el chico había empezado a acompañar a su madre al trabajo.

»¡Qué furioso debe de haberse puesto al recibir mi telegrama! Después de todo, *ellos* habían llegado. Y, a juzgar por las apariencias, su propia mujer era uno de *ellos*, puesto que *ella* estaba en la casa cuando Gertrude y Jimmy se encontraban allí, y nunca le había mencionado la existencia del chico. ¿Qué es lo que me había escrito en una de sus primeras cartas? «A veces desconfío de mi mujer.».

»El día del telegrama, cuando Jane llegó a casa, Reg había salido. Había una nota sobre la mesa de la cocina: «Cariño, voy a la librería. Volveré para la cena». Aquellas palabras no despertaron sospecha alguna en Jane. Aunque, creo que, de haber leído el telegrama, precisamente la inocuidad de la nota podría haberle dado un susto mortal. Se habría dado cuenta de que Reg pensaba que se había pasado al enemigo.

»Naturalmente, Reg no fue a ninguna librería. Fue a una armería del centro de la población. Compró un 45 automático y dos mil rondas de municiones. Habría comprado una ametralladora si hubiese estado a la venta. Pretendía proteger a su Fornit, ¿os dais cuenta?, protegerlo de Gertrude, de Jimmy e incluso de Jane. De todos *ellos*.

»A la mañana siguiente, todo se desarrolló según la rutina de cada día. Jane notó que Reg se había puesto un jersey excesivamente grueso para el tiempo que hacía, pero nada más. El jersey le servía, claro está, para ocultar su pistola debajo. Se fue a pasear el perro con la pistola y las municiones.

»Sólo que esta vez fue directamente al bar donde acostumbraba a tomar su café matutino, con el perro y sin detenerse en el camino para charlar con nadie. Ató el perro a la puerta trasera, donde se recibían las mercancías, y volvió a casa por calles apartadas.

»Conocía el horario de los estudiantes y sabía que, a aquella hora, estaban todos fuera. Sabía también dónde guardaban la llave. Él mismo abrió la casa, se introdujo sin ser visto, subió al piso de arriba y desde allí empezó a vigilar su

propia vivienda.

»A las ocho y cuarenta vio llegar a Gertrude Rulin, que no estaba sola. La acompañaba su hijo. Jimmy Rulin, era un niño tan problemático, tan travieso, que el director de la escuela le había dicho a su madre que sería mejor que esperase otro año para empezar la enseñanza básica, con total desconsuelo de Gertrude, que hubiera deseado con toda su alma tener al niño bien lejos unas cuantas horas al día. Jimmy no tuvo más remedio que volver al jardín de infancia y durante la primera mitad del año fue a las clases de tarde. Las dos escuelas de su zona estaban llenas y no había plazas disponibles. Gertrude, por otra parte, no podía ir a casa de los Thorpe por la tarde, porque tenía otra ocupación de dos a cuatro. De manera que convenció a Jane de que le permitiera ir con su hijo al trabajo hasta que encontrara una solución. Jane accedió, no sin cierta resistencia. Sabía que a Reg no le gustaría aquel arreglo, tal como, fatalmente, ocurrió.

»Jane *esperaba* que Reg no le diese mayor importancia. Había estado tan amable últimamente... Pero, por otro lado, era posible que le diera un ataque. Y, si se llegaba a ese extremo, habría que *introducir* algunos cambios. Gertrude dijo que lo comprendía. Y Jane añadió: «Por el amor de Dios, no deje que el niño toque ninguna de las cosas de Reg». Gertrude respondió que no se preocupara, que el estudio estaba bien cerrado y que bien cerrado continuaría.

»Reg debió de cruzar los patios de las dos casas como un pistolero cruza la tierra de nadie. Al pasar, vio a Jane y a Gertrude lavando ropa de cama en la cocina. No vio al pequeño. Se deslizó por un lado de la casa. No había nadie en el comedor. Tampoco en el dormitorio. Por fin, encontró al niño en el estudio, precisamente donde Reg esperaba encontrarlo. El chico se lo debía estar pasando en grande y Reg debió de haber considerado indudable que tenía delante a un agente de *ellos*.

»El chico apuntaba al escritorio con una especie de pistola de rayos X. Reg oyó perfectamente los gritos de terror de Rackne dentro de la máquina.

»Tal vez creáis que estoy añadiendo detalles de mi propia cosecha a la historia de alguien que ya ha muerto o, para decirlo de una manera más clara, que me lo estoy inventando. Pues os juro que no es así. Jane y Gertrude oían desde la cocina el ruido de la pistola de plástico que Jimmy blandía. Hacía unos cuantos días que no hacía más que correr por toda la casa disparando el maldito invento cada cinco segundos. Jane deseaba con toda su alma que se le acabaran las pilas al juguete. Tampoco había dudas respecto del lugar del que provenía el sonido: el estudio de Reg.

»El chico *era* realmente una plaga bíblica, ya os lo podéis imaginar. Si se le prohibía entrar en algún sitio de la casa, no paraba hasta entrar precisamente allí, o morir de curiosidad. No tardó mucho en descubrir la llave del estudio de Reg

que Jane dejaba sobre la repisa de la chimenea del comedor. Jane estaba segura de que Jimmy había entrado en el estudio varias veces. Recordó haberle dado una naranja cuando, días después, limpiando la habitación, encontró restos de la cáscara bajo el sofá. Reg no comía naranjas. Decía ser alérgico.

»Jane dejó caer la sábana que estaba lavando en el fregadero y corrió hacia el dormitorio. Oyó el *tacatacataca* de la pistola iónica de Jimmy. El niño gritaba: «¡Te cogeré! ¡No puedes escaparte! ¡Te veo a través del CRISTAL!». Jane me dijo que oyó gritar algo. Un grito agudo, agudo, tan doloroso que era casi insoportable.

»«Cuando oí aquello» —me dijo—, «supe que tenía que dejar a Reg costase lo que costase, porque, al final, los cuentos de brujas resultaban ciertos: la locura me estaba ganando. Porque era a Rackne a quien oía, aquel maldito niño estaba asesinando a Rackne con una pistola iónica de plástico que no costaba más de dos dólares».

»La puerta del estudio estaba completamente abierta, la llave todavía en la cerradura. Aquel mismo día, un poco más tarde, vi una de las sillas del comedor junto a la chimenea, con huellas de las zapatillas de Jimmy por todas partes. Jimmy se había inclinado sobre la máquina de escribir, que era una de esas antiguas, de oficina, con los lados de cristal. Apuntaba con el cañón de la pistola por uno de los cristales laterales y disparaba dentro de la máquina, *taca tacataca*... De la máquina surgían leves pulsaciones luminosas. De pronto, entendí todo lo que Reg me había dicho sobre la electricidad, porque, a pesar de que aquel juguete funcionaba con unas sencillas pilas, percibí que de él salían oleadas de veneno que me atravesaban el cerebro, destrozándolo.

»«¡Ya te veo!» —gritaba Jimmy con todo el entusiasmo de un chico de su edad, a la vez lleno de belleza y de horror—. «¡No te puedes escapar del Capitán Futuro! ¡Estás muerto, marciano!» —y los gritos se fueron apagando, haciéndose cada vez más débiles, más lejanos...

»«¡Jimmy, deja eso inmediatamente!» —grité.

»Jimmy dio un salto, asustado. Pero se volvió, me vio y me sacó la lengua. Entonces, volvió a disparar con la pistola a través del cristal. *Tacataca taca* y otra vez la maldita luz violeta.

»Gertrude se acercaba por el pasillo gritándole a su hijo que dejara aquello inmediatamente, que saliera del cuarto enseguida, que le iba a dar la paliza de su vida cuando, de pronto, la puerta de la casa se abrió violentamente y Reg apareció en ella vociferando como un poseso. Nada más verlo comprendí que se había vuelto loco del todo, que ya no había retroceso. Llevaba la pistola en la mano.

»«¡No le dispare a mi niño!» —gritó Gertrude al verlo, tratando de arrancarle el arma de las manos, pero Reg le dio un golpe, lanzándola contra la pared.

»Jimmy parecía no darse cuenta de lo que estaba ocurriendo. Seguía

disparando con la pistola iónica, a través del cristal. Yo veía aquella luz púrpura metiéndose entre los oscuros mecanismos de la máquina y pensaba en esos arcos eléctricos que hay que mirar con gafas especiales para no quedar ciego. Reg entró en el estudio y me apartó de un manotazo, tirándome al suelo.

»«¡RACKNE! ¡ESTÁS MATANDO A RACKNE!» —gritó.

»Aun cuando Reg irrumpió en el estudio, aparentemente con la intención de matar al niño —me dijo Jane—, tuve tiempo para preguntarme cuántas veces habría entrado allí Jimmy, disparando sobre la máquina, mientras su madre y yo lavábamos sábanas o tendíamos ropa en el patio sin oír los gritos de desesperación de Rackne... del Fornit.

»Jimmy no se detuvo siquiera cuando Reg entró como una tromba. Disparaba sobre la máquina, como si no quisiera perder su última oportunidad. Muchas veces, recapitulando los hechos de aquel día, he llegado a preguntarme si Reg no tendría razón respecto de *ellos* también; sólo que tal vez *ellos* estén siempre por allí y de vez en cuando se metan en el cerebro de alguien y le hagan hacer el trabajo sucio y se esfumen cuando lo han conseguido. Entonces, el que ha perpetrado el hecho mira a su alrededor, sorprendido, y dice: ¿Qué? ¿Yo? ¿Qué he hecho? ¿Qué?

»Y un segundo antes de la entrada de Reg en el estudio, el grito dentro de la máquina se convirtió en un chillido breve, agudísimo y vi salpicaduras de sangre en la cara interna del cristal, como si lo que hubiera allí dentro acabara de estallar, como dicen que estallaría un animal vivo si se le metiera en un horno microondas. Ya sé que parece increíble, demencial, pero te juro que vi el chorro de sangre contra el cristal, y luego su caída en un reguero lento y espeso.

»«¡Lo maté!» —decía Jimmy, satisfecho—. «¡Lo maté!».

»Reg agarró al niño y lo lanzó de un solo golpe hasta el fondo del estudio, contra la pared. La pistola saltó de su mano, cayó al suelo y se partió en mil pedazos. Plástico y pilas, como era de esperar.

»Reg vio la máquina de escribir y empezó a gritar. No era un grito de dolor o de furia, aunque algo de furia había en él, sino un grito de auténtica desolación. Se volvió hacia el chico, que había caído al suelo. Jimmy era una plaga bíblica, sí señor, pero, en aquel momento, no era más que un niño de seis años dominado por el más intenso terror. Reg apuntó al chico con la pistola y ya no recuerdo nada más.

Henry acabó su bebida y colocó la botella a un lado, cuidadosamente.

—Gertrude Rulin y su hijo recuerdan lo suficiente como para reconstruir lo que sucedió a continuación —siguió su relato.

»Jane gritó: «¡Reg, NO!». Reg se volvió al oírla y Jane empezó a forcejear con él para arrancarle la pistola de las manos. Reg disparó, rozándole el codo

izquierdo, pero Jane no cedió. Gertrude llamó a su hijo y éste corrió hacia las faldas de su madre.

»Reg apartó a Jane y volvió a dispararle. La bala, esta vez, pasó junto al lado izquierdo de su cabeza. Un centímetro más a la derecha y la habría matado. No hay ninguna duda de que, de no haber sido por su intervención, Reg hubiera matado al niño y, con toda probabilidad, a la madre también.

»Reg realmente *disparó* sobre el pequeño cuando éste corría hacia los brazos de su madre, ya en el pasillo. La bala perforó la nalga izquierda del niño, en trayectoria descendente, pero sin tocar el hueso, salió y atravesó la pierna de Gertrude Rulin a la altura de la pantorrilla. Hubo muchísima sangre, pero, afortunadamente, las heridas no fueron graves.

»Gertrude cerró la puerta del estudio de golpe y salió corriendo a la calle con el niño en sus brazos.

Henry hizo una nueva pausa, pensativo.

—O Jane estaba inconsciente en aquellos momentos o decidió olvidar deliberadamente todo lo sucedido. Reg se sentó en su sillón y apoyó el cañón del 45 contra su propia frente. Después, apretó el gatillo. La bala, no atravesó su cerebro convirtiéndole en un vegetal para toda la vida, ni rodeó el cráneo para salir por el otro lado sin lesión alguna. No. La fantasía era flexible, pero la bala final era todo lo rígida que puede llegar a ser una bala. Reg cayó de bruces sobre su máquina de escribir, muerto.

»Cuando la policía irrumpió en el estudio, lo encontraron así. Jane estaba sentada en el suelo, en un rincón, semiinconsciente.

»La máquina de escribir estaba cubierta de sangre, y presumiblemente también llena de sangre por dentro. Las heridas en la cabeza son muy escandalosas y muy feas.

»Toda la sangre era del tipo O.

»Ése era el tipo de Reg Thorpe.

»Y ésta, señoras y caballeros, es mi historia. No puedo añadir nada más.

En realidad, la voz de Henry se había convertido en un susurro grave y ronco.

Hubo un silencio prolongado. Nadie se atrevió a decir una palabra, cosa que sucede a veces, cuando se quiere ignorar una revelación no deseada, o una situación embarazosa.

Cuando Paul acompañó a Henry hasta el coche, no pudo evitar hacerle una pregunta que le estaba rondando por la cabeza.

—El relato —dijo—. ¿Qué pasó al fin con el relato?

—¿Te refieres al relato de Reg?

—Sí, «*La balada del proyectil flexible*». La causa de tanta desgracia. Ése era el verdadero proyectil, al menos para ti, ya que no para él. ¿Qué demonios pasó al

final con un relato tan increíblemente bueno?

Henry abrió la portezuela del coche. Era un Chevette pequeño, de color azul, con una pegatina en el guardabarros que decía: NO PERMITAS A TUS AMIGOS CONDUCIR BORRACHOS.

—No, nunca llegó a publicarse. Si Reg tenía alguna copia, debió de destruirla al recibir mi carta de aceptación. Teniendo en cuenta sus sentimientos paranoicos respecto de *ellos*, sería lo más lógico.

»Yo llevaba conmigo el original y tres fotocopias cuando caí al río Jackson. En una carpeta. Si hubiera guardado la carpeta en el maletero, ahora tendría el relato, porque sólo se hundió la mitad delantera del coche. Aunque se hubieran mojado, se podrían haber secado después. Pero quería tenerlos cerca de mí, de manera que estaban sobre el asiento. Las ventanillas estaban abiertas cuando caí al agua, supongo que salieron del coche flotando y la corriente los arrastró hasta el mar. Prefiero pensar eso a creer que se pudrieron en el fondo del río, en medio de todos los desechos, o que se los comieron los peces, o cualquier otra posible y antiestética explicación. Pensar que el río los entregó al mar es mucho más romántico y bastante más improbable, pero todavía soy muy flexible en cuanto a lo que quiero pensar.

»Por decirlo de alguna manera.

Henry entró en el coche y se alejó. Paul se quedó allí, contemplando las luces traseras hasta que desaparecieron. Meg esperaba en la entrada de la casa, sonriendo indecisa. Tenía los brazos fuertemente cruzados sobre el pecho, a pesar de la calidez de la noche.

—Se han ido todos —dijo—. ¿Vamos dentro?

—Vamos.

A medio camino, Meg se volvió y dijo:

—Tú no tendrás ningún Fornit en tu máquina de escribir, ¿verdad, Paul?

Y el escritor, que algunas veces —a menudo— se preguntaba de dónde nacían las palabras, respondió con firmeza:

—De ninguna manera.

Entraron en la casa con los brazos entrelazados y cerraron la puerta a la noche.

Notas

NO A TODO el mundo le interesa saber de dónde salen los cuentos, lo cual es perfectamente válido. No hay ninguna necesidad de saber cómo funciona un motor de combustión para conducir un coche. Ni tampoco hay por qué conocer las circunstancias que rodean la elaboración de una obra literaria para encontrar placer en su lectura. De la misma manera en que los motores interesan a los mecánicos, la creación de una novela interesa a los académicos, los lectores y los curiosos (los primeros y los últimos son casi sinónimos, pero no importa). He incluido aquí algunas notas referentes a varias de las narraciones, cosas que creo que podrían atraer al lector. Aunque, de no ser así, te aseguro que puedes cerrar el libro en este mismo instante sin pesar alguno. No vas a perder mucho.

La expedición.— En principio, estaba destinado a *Omni*, que lo rechazó con toda razón por lo deficiente de las descripciones científicas. La idea de los colonizadores buscando agua bajo tierra es de Ben Bova y la he incorporado a esta versión.

Superviviente.— Un día empecé a pensar en el canibalismo —que es el tipo de cosas en que piensan los chicos como yo— cuando mi musa evacuó una vez más sus mágicos intestinos sobre mi cabeza. Sé que suena grosero, pero es la mejor metáfora que conozco, elegante o no, y créeme que le daría un laxante si me lo pidiera. Bueno, empecé a preguntarme si sería posible que una persona se comiera a sí misma. La idea era tan absoluta y perfectamente nauseabunda que la satisfacción me impidió hacer otra cosa que pensar en ello durante días. Finalmente, un día en que mi mujer me preguntó de qué me reía mientras comíamos hamburguesas en el porche, decidí que, al menos, debía intentarlo.

Vivíamos entonces en Bridgton y me pasé una hora conversando con Ralph Drews, un médico retirado que ocupaba la casa contigua. Aunque al principio no dejó de mirarme lleno de recelos (el año anterior, mientras escribía otro cuento, le había preguntado si era posible que un hombre se tragara un gato), finalmente convino en que un hombre podría subsistir durante algún tiempo comiéndose a sí mismo. Como todo lo material, señaló, el cuerpo humano no es más que energía acumulada. Ah, le pregunté, ¿y qué hay del continuo *shock* traumático de las

amputaciones? La respuesta a la pregunta es, con algunos cambios, el primer párrafo de la historia.

Supongo que Faulkner nunca hubiera escrito algo semejante, ¿verdad? ¡Qué le vamos a hacer...!

Bien, eso es todo. No sé si a ti te ocurre lo mismo, pero cada vez que llego al final es como si me despertara. Es un poco triste perder de vista un sueño, pero lo que hay a nuestro alrededor —el mundo real— también merece la pena. Gracias por viajar conmigo. Me lo he pasado muy bien. Siempre disfruto. Espero que hayas llegado sano y salvo y que vuelvas otra vez porque, como dice ese mayordomo de Nueva York tan divertido, siempre hay más cuentos...

STEPHEN KING
Bangor, Maine



STEPHEN KING. El maestro indiscutible de la narrativa de terror contemporánea, con más de treinta libros publicados. En 2003 fue galardonado con la Medalla de la National Book Foundation, por su contribución a las letras estadounidenses, y en 2007 recibió el Grand Master Award, que otorga la asociación Mystery Writers of America. Entre sus títulos más célebres cabe destacar *El misterio de Salem's Lot*, *El resplandor*, *Carrie*, *Christine*, *La zona muerta*, *Ojos de fuego*, *It*, *Maleficio*, *La milla verde*, *Cell*, *Duma Key* y las novelas que componen el ciclo *La Torre Oscura*. Vive en Bangor, Maine, con su esposa Tabitha King, también novelista.

Notas

[1] Originalmente publicado en *The Twilight Zone Magazine* (Junio 1981) y más tarde como uno de los relatos de *Skeleton Crew* (Octubre 1985). [N. del E. D.] <<

[2] Originalmente publicado en la revista *Terrors* (Julio 1982) y más tarde como uno de los relatos de *Skeleton Crew* (Octubre 1985). [N. del E. D.] <<

[3] Originalmente publicado en la revista *Weirdbook* (Primavera 1984) y más tarde como uno de los relatos de *Skeleton Crew* (Octubre 1985). [N. del E. D.] <<

[4] Originalmente publicado en *The Magazine of Fantasy & Science Fiction* (Junio 1984) y más tarde como una de las novelas cortas de *Skeleton Crew* (Octubre 1985). [N. del E. D.] <<